

REVISTA CONTEMPORANEA

SUMARIO

- I. FRAGMENTOS DE UNA HISTORIA QUE PARECE NOVELA, por *D. Adolfo de Sandoval*.
- II. EL ESTUDIO DEL GRAN PINTOR CASADO, por *D. Ricardo Becerro de Bengoa*.
- III. MIS MEMORIAS (continuación), por *D. Joaquín María Sanromá*.
- IV. CARTAS DE PARÍS, por *D. Leopoldo García-Ramón*.
- V. REVISTA DE TEATROS, por *Ramiro*.
- VI. EL MOSÉN (novela, continuación), por *D. Antonio Vascáno*.
- VII. CRÓNICA POLÍTICA, por *A.*
- VIII. REVISTA EXTRANJERA, por *S.*
- IX. BOLETÍN BIBLIOGRÁFICO: *Lecciones de Geometría descriptiva*, por *R. Alvarez Sereix*.—*Les mammifères dans leurs rapports avec leurs ancêtres géologiques*.—*Miscelánea literaria*, por *A.*—*Tierra euskara*.—*Discurso inaugural del curso académico de 1886 á 1887*.—*Memoria sobre las obras públicas*.—*Memoria sobre el estado de las carreteras en el año 1884*, por *D. Ch.*
- X. ANUNCIOS.

DIRECCION Y ADMINISTRACION

CALLE DE PIZARRO, NÚM. 17, PRINCIPAL, MADRID.

OFICINAS

PARIS, R. SERRANO, 42, RUE LAFONTAINE

MÉJICO

J. E. Parres y Comp.^ª

VENEZUELA

E. Fombona

BUENOS-AIRES

Manuel Reñe

BRASIL

Bellarmino Carneiro

Pernambuco

CUBA

D. Miguel Alorda

O'Reilly, 96

Habana.

(DERECHOS RESERVADOS)

REVISTA CONTEMPORANEA

Sale dos veces al mes en cuadernos de 112 páginas en 4.º, y forma cada tres meses un abultado volumen de cerca de 700 páginas.

MADRID	<u>Pts. Cs.</u>	PROVINCIAS	<u>Pesetas.</u>	EXTRANJERO Y ULTRAMAR	<u>Pesetas</u>
Tres meses.....	7,50	Tres meses.....	8		
Seis meses.....	15,00	Seis meses.....	15	Seis meses.....	20
Un año.....	30,00	Un año.....	30	Un año.....	38

Número suelto, 2 pesetas en toda España.

CENTROS DE SUSCRICIÓN:

MADRID: LIBRERÍAS DE GUTTENBERG, PRÍNCIPE, 14, Y FE, CARRERA DE SAN JERÓNIMO, 2.

BANCO HIPOTECARIO DE ESPAÑA

Préstamos á largo plazo al 5 1/2 por 100 en metálico.—El Banco Hipotecario hace actualmente, y hasta nuevo aviso, sus préstamos al 5 1/2 por 100 de interés en efectivo.

Estos préstamos se hacen de cinco á cincuenta años, según la amortización que se estipule, con primera hipoteca sobre fincas rústicas y urbanas, dando hasta el 50 por 100 de su valor, exceptuando los olivares, viñas y arbolados, so-

bre lo que sólo presta la tercera parte de su valor.

Terminadas las cincuenta anualidades, ó las que se hayan pactado, queda la finca libre para el propietario, sin tener entonces que reembolsar parte alguna del capital.

Además de estos préstamos hipotecarios abre créditos reembolsables á corto plazo para la construcción de edificios.

SUPERIORES CAFÉS

DE

MATIAS LOPEZ Y LOPEZ

MADRID-ESCORIAL

AROMA CONCENTRADO

EN

ELEGANTES BOTES DE 100 Y 200 GRAMOS

Café molido superior, á.....	2 pesetas los 400 gramos
Puerto Rico y Caracolillo.....	2,50 — —
Puerto Rico y Moka.....	3 — —
Moka puro.....	4 — —

Tés de 8 á 20 pesetas libra en botes de 2 y 4 onzas.

Tapioca del Brasil en botes de 200 gramos.

NOTA. Los botes de CAFÉ y TAPIOCA de 200 gramos contienen una sorpresa cada uno. De venta en todas las tiendas de ultramarinos de Madrid y Provincias.

DEPÓSITO CENTRAL, PUERTA DEL SOL, 13

DANIEL CORTEZO Y C.^a EDITORES, BARCELONA

ARTE Y LETRAS

SUSCRICIÓN PERMANENTE

Sección 1.^a—Biblioteca ARTE Y LETRAS. Un tomo lujosamente encuadernado é ilustrado, con su correspondiente volumen de la Biblioteca clásica Española: *16 reales*.

Sección 2.^a—BIBLIOTECA DE MARAVILLAS: un tomo mensual, encuadernado en tela con relieves y profusamente ilustrado: *8 reales*.

Sección 3.^a—NOVELISTAS ESPAÑOLES CONTEMPORANEOS. Se publica en tomos, á *10 reales* por suscripción.

ESPAÑA

SUS MONUMENTOS Y ARTES. — SU NATURALEZA É HISTORIA

UN CUADERNO SEMANAL DE 100 PÁGINAS, CON PROFUSA ILUSTRACIÓN

Se suscribe en los principales centros y librerías de España y Ultramar. —Representante en Madrid: Juan E. de Bona, Preciados, 33, bajo.

Han salido ya á luz en la biblioteca ARTE Y LETRAS más de 50 tomos de autores tan notables como Andersen, Schiller, Daudet, José M. de Pereda, Emilia Pardo Bazán, D. Ramón de la Cruz, Goethe, Campoamor, Víctor Hugo, Cherbuliez, Heine, Farina, etc., y en la CLASICA ESPAÑOLA otros tantos, escritos por Cervantes, Quevedo, Fray L. de León, Moratín, Feijóo, Jovellanos, Cadalso, Melo, Rojas, Rivadeneira y Zabaleta.

PÍLDORAS Y UNGUENTO HOLLOWAY

ESTOS MEDICAMENTOS obtienen una aceptación y una venta mas universales que las de ningun otro remedio en el mundo.

LAS PILDORAS son el mejor purificante conocido para la sangre, corrigen todos los desórdenes del hígado y del estómago, y son igualmente eficaces en los casos de disentería: en fin, no tienen rival como remedio de familia.

EL UNGUENTO cura pronto y radicalmente las heridas antiguas, las llagas y las úlceras (aun cuando cuentan veinte años de existencia), y es un específico infalible contra las enfermedades cutáneas, por malignas que sean, tales como la lepra, el escorbuto, la sarna y todas las demas afecciones de la piel. Cada caja de Píldoras y bote de Ungüento van acompañados de amplias instrucciones para el uso del medicamento respectivo, pudiendo obtenerse estas instrucciones impresas en todas las lenguas conocidas.

LAS PREPARACIONES HOLLOWAY se hallan de venta en todas las principales boticas y droguerías del mundo, y en Londres, 533 Oxford Street, en el Establecimiento central del Profesor HOLLOWAY.

RESUMEN DEL 41 BALANCE ANUAL

DE

LA NEW-YORK

COMPañÍA MUTUA DE SEGUROS SOBRE LA VIDA.—FUNDADA EN 1845

1.º DE ENERO DE 1886

INGRESOS EN 1885	Por primas de seguros.....Pesetas.	61.198.628,64	
	» capitales para rentas vitalicias.....	4.733.670,31	
	» intereses y alquileres, incluyendo los beneficios realizados por ventas.....	17.615.678,77	
	TOTAL DE INGRESOS.....	Ptas.	[83.547.977,72
PAGOS EN 1885	Por fallecimientos..... Pesetas.	15.542.885,71	
	» seguros mixtos vencidos ó descontados.....	3.844.194,37	
	» rentas vitalicias.....	4.660.471,13	
	» rescate de pólizas.....	8.764.099,46	
	» beneficios distribuidos entre los asegurados.....	6.998.760,04	
	TOTAL PAGADO Á LOS ASEGURADOS.	39.811.310,71	
PAGOS EN 1885	Por contribuciones y premios de reaseguros. Pesetas.	1.296.362,57	
	» comisiones, honorarios á los médicos y gastos de agencias.....	10.489.849,02	
	» sueldos, anuncios, impresos y gastos de admi- nistración.....	2.531.374,61	
	TOTAL DE PAGOS.....	Ptas.	54.128.896,91
ACTIVO	Efectivo en caja y Bancos de depósito..... Pesetas.	10.585.477,03	
	En valores mobiliarios (valor según cotización actual, 191.710.645,51 pesetas).....	174.340.443,05	
	» inmuebles.....	35.528.797,86	
	» préstamos sobre primeras hipotecas (inmuebles asegurados por 85.111.250 pesetas en pólizas trasferidas á la Compañía á título de garantía suplementaria).....	94.111.608,75	
	» préstamos á corto plazo (con garantía suplemen- taria de valores mobiliarios, importantes al pre- cio corriente 3.080.892 pesetas).....	2.339.898,75	
	» anticipos de primas sobre pólizas vigentes (la re- serva hecha sobre estas pólizas asciende á pese- tas 10.000.000).....	2.156.096,98	
	» primas semestrales y trimestrales correspondien- tes al ejercicio y que vencen después de 31 de Diciembre de 1885.....	4.551.072,75	
	» primas por cobrar y en vía de trasmisión.....	2.983.562,66	
	» saldos en poder de representantes.....	301.324,70	
	» intereses acumulados ó vencidos en 31 de Di- ciembre de 1885 de capitales colocados.....	2.255.860,26	
	» aumento de precio en los valores mobiliarios se- gún cotización de 31 de Diciembre de 1885....	17.370.202,46	
	TOTAL DEL ACTIVO.....	Ptas.	346.524.345,25
	PASIVO	Reserva para los capitales asegurados (al 4 por 100).	251.662.982,56
Reserva para las rentas vitalicias.....		39.598.052,13	
Beneficios que quedan por pagar á los asegurados, siniestros, seguros mixtos pendientes de liqui- dación y atrasos no reclamados.....		2.307.748,54	
Beneficios acumulados correspondientes á pólizas de acumulación.....		16.188.796,91	
Primas anticipadas.....		155.133,11	
TOTAL DEL PASIVO.....	Ptas.	309.912.713,25	
Excedente del Activo sobre el Pasivo, según el tipo de evaluación de la Compañía (Reserva del 4 por 100).....			36.611.632
Excedente del Activo sobre el Pasivo, según el tipo de evaluación del Estado de New-York (Reserva del 4 ½ por 100).....			68.538.842
EN 1885 LA COMPAÑÍA HA EMITIDO 18.566 PÓLIZAS ASEGURANDO... Pesetas.			355.112.425
EN 1.º DE ENERO DE 1886 EL TOTAL DEL CAPITAL ASEGURADO ERA.....			1.345.763.096

SEGUROS para casos de vida y muerte, dotes, capitales para menores y para viudas, pólizas para garantizar débitos, préstamos y operaciones comerciales, rentas vitalicias, pensiones y seguros sobre dos ó más personas ó asociados.

Direcciones generales en New-York y París. Sucursales en todas las capitales de Europa y América.

Sucursal en España, autorizada por real orden, calle de Alcalá, 12, principal, MADRID, donde podrán dirigirse para informes y prospectos, ó á los Agentes de la Compañía en provincias.

Dirección general para Europa: PARÍS, 16, Boulevard des Italiens, y 1 y 3, Rue le Peletier.

Director para ESPAÑA: **DWIGHT T. REED**, exsecretario de la Embajada, cónsul general y encargado de Negocios de los Estados Unidos de América en Madrid.



FRAGMENTOS

DE

UNA HISTORIA QUE PARECE NOVELA⁽¹⁾

A MI AMIGO EL MARQUÉS DE FIGUEROA

autor de *El último estudiante* y *Antonia Fuertes*,
maestro en el arte de novelar

VIII

DE FERNANDO VALDESANTO Á AMPARO DE *** EN UBIRANZU

URBONA 23 de Agosto de 188...

AMPARO, amor mío, bien mío, esperanza mía; acabo de leer tu carta, tu carta bendita que por algunos momentos ha vuelto á reconciliarme con la vida. Yo no podré decirte ni explicarte todas las sacudidas que han torturado mi alma, desde la noche aquella de tu partida. Todavía mi pensamiento es informe como el caos, y apenas puedo sacar de sus hondos senos ni

(1) Estos dos capítulos que hoy publica la REVISTA, forman parte de una novela psicológica, que con el título de *Amparo*, tiene en cartera nuestro colaborador el Sr. Sandoval (D. Adolfo), y de la cual nos complacemos en adelantár á nuestros lectores esta gallarda muestra.

una ráfaga de luz... Lo que te diré, Amparo, ángel mío, es que á la agitación delirante sentida en los días oscuros de *Villalegre*, ha sucedido un período de inquietud y de abatimiento indecibles. Es la mortal tristeza de tu ausencia... Reclinado todo el día en un diván, ó en el regazo de mi madre, ni tengo fuerzas para trabajar, ni ánimo para salir de casa. He llegado aquí el miércoles á las once de la mañana, y desde entonces no he vuelto á ver la calle... ¡Cuánto he sufrido desde que tú te fuiste, Amparo, amparo también de mi pobre y oscurísima existencia!

Cuando lo recuerdo, parece que me arrancan el corazón, para analizar una por una, hasta la más oculta de sus fibras. Pero quiero decirlo todo, aunque al evocar nuestros recuerdos, sienta como que se desquicia algo enderredor mío. ¡Inmortales noches iluminadas por el resplandor de la luna llena, é inmortales conversaciones que las brisas del mar y las estrellas del firmamento escuchaban! Eso, ¡ah!... no podremos, no, olvidarlo, ni aun en las soledades de la tumba, que el recuerdo de esas noches constituye ya como la levadura impalpable de nuestras almas, y como el principio vital que sacude nuestros nervios... Miércoles, jueves, viernes, sábado, domingo...; cinco noches, cinco noches inolvidables, cuya memoria quedará con resplandor inextinguible en nuestro espíritu, aun cuando se apague la luz de las estrellas, y el rumor de los mares que ahí arrullaban nuestras íntimas apasionadísimas palabras... La última noche, la noche del domingo, en que tu familia se había ido al teatro, tú me diste, como símbolo de nuestro amor, una cruz, acaso la que colgaba de tu cuello en el colegio de Granada... Aquí la tengo ante mi vista. La he puesto una cadenita dorada, y pendiente de la garganta, cae por no sé qué casualidad misteriosa sobre mi corazón. Jamás, jamás se apartará de mí, Amparo de mi vida. Ella será la que besen mis labios cárdenos cuando á la orilla del sepulcro vacío oiga ya los rumores de la eternidad abrumadora; con ella me enterrarán, bajo la tierra tapizada de silvestres florecillas; con ella resucitaré en el último día del universo, y con ella subiré á la gloria, redimido por el amor, y donde junto á Dios he de

adorarte... ¡Qué bendita, qué inmensa, qué incomparable tu alma! Otra señorita, en los momentos de la separación, me hubiera dado un pañuelo, un anillo, algo siempre muy querido, pero exento de toda sublime intención, y de todo pensamiento espiritualista. Tú me diste una cruz... ¡La Cruz!... Siempre me ha sido eminentemente simpática la idea del dolor, del padecimiento, de la tribulación, porque todo esto exalta las almas á grandezas jamás medidas ni vislumbradas por los ciegos espíritus que no aciertan á levantarse sobre el polvo del camino... Pero desde que me diste la cruz, quiero sufrir, y quiero sufrirlo todo por ti, por evitarte hasta el dolor de una sola lágrima. Tú me das la cruz; venga, venga; yo la coloco sobre mi corazón, la cargo sobre mis hombros, y comienzo á emprender contigo, hasta que Dios disponga, la calle de la Amargura... Los emblemas de tu cruz, ¡ah! son los símbolos de nuestro amor; espinas, hogueras, clavos, sangre...

M. A., dice en uno de sus brazos; y *Muerto de amor*, traduzco yo... En cuanto me diste la cruz, me fuí para casa. Como soy muy curioso, y porque ví que en uno de sus extremos tenía un pequeño tornillo, como para abrirla, la abrí. Me quedé absorto, inmóvil, helado, como si á mis pies viera abrirse mi propia tumba, ó la tumba de alguna persona bien querida. Dentro de la cruz, y escrito sobre papel decía: «¡Adiós, adiós, Fernando!...» Yo no podré decirte el vuelco de la sangre, la emoción vivísima que sentí en aquellos instantes. Parecía que me tiraban por el alma, y que con ella iba mi vida. Figurábame también, que tú, Amparo, te habías muerto, y que desde el fondo de la tumba, me mandabas el último *adiós*. Lo primero que pensé, vuelto á la claridad del discurso, fué que tú dabas por concluídas nuestras relaciones, y que encerrabas tu *adiós* en la cruz para que con ella me consolara en el abismo de mis tristezas insondables. Pero eso no, no lo esperaba de ti... ¡Qué inefables delicias, cuando estaba hablando contigo, hacía algunos minutos, y qué congojas al abrir la cruz y leer en ella tu *adiós*, que me parecía como el *adiós* de los que se despiden de la tierra! Yo no dormí nada en esa noche, la noche del domingo. Además,

al retirarme del balcón, ví á Carmen en el tuyo, y el temor de que por ella pudiera saberse algo, me había puesto muy intranquilo. Sentí que Carmen y tu tío volvían del teatro. Tú con ella, entraste en la alcoba donde dormías, y como tomando en tus manos un libro, dijiste en alta voz: *¡Margarita la Tornera!...* Luego á Carmen: «Cuando concluyas, apágame la luz.» Y no oí más.

Era la última noche en que te hablaba. Tú lo sabías y nada me revelaste. ¿Por qué, Amparo? Me dijiste que te marchabas el martes en el vapor *Sofía*. Yo, el lunes, pregunté que cuando salía ese vapor, y me contestaron que el mismo lunes á las nueve de la noche. Adiviné que tú te ibas... Por la tarde de ese día fuí con Enrique á visitar el vapor que había de llevarte á San Sebastián. Sobre cubierta, en la cámara, en el comedor, en cada uno de los aparejos yo creo que ha quedado como la estela de mi alma, para acompañarte por las olas del Océano. Al oscurecer ví á Ricardo y á Julio que llegaban de Valmarino para despedirte. Volví triste, enfermo, agitadísimo al muelle, y allí supe que el vapor sólo esperaba por dos pasajeros para hacerse á la mar... Eras tú, Amparo, y tu hermano, tu hermano que tanto me odia y que tanto me ha ofendido, y á quien con todo el corazón perdono para siempre... Confundido entre la muchedumbre ávida de presenciar la entrada y la salida de los buques, te ví llegar al muelle, subir la frágil escalera que allí habían puesto, y penetrar en el vapor. Después oí tu voz que decía á tu familia: «adiós, adiós, ya escribiremos...» ¡Oh Amparo! Allí todos te despedían, todos te saludaban, todos iban para decirte *adiós...*

Yo que te adoro, alma gemela de tu alma; yo destinado por la bendición del cielo, y por la bendición de tu santa madre (q. e. p. d.) á hacer contigo la carrera de este mundo; yo que al decirte *adiós* te daba mi sér, mi vida, ¡ah! por el capricho de tu familia, allí solo, silencioso, medio muerto, viendo cómo te alejabas de mí... El vapor *Sofía* comenzó á maniobrar y á rugir como aprisionada fiera. ¡Y qué noche, Dios mío, qué noche!... Las sombras habían caído sobre el mar en el que se miraban las estrellas del firmamen-

to; el profundo silencio de la naturaleza adormecía la tierra; la luna llena alumbraba en los altos cielos, con claros y apacibles resplandores... Por no sé qué casualidad, allá, junto á la punta de Iturralde, en el vapor *Hernani* sonaban arrancadas á las teclas de dulce *armónium*, las primeras inolvidables notas de *Il sol dell anima...*, esa suavísima balada del *Rigoletto*, que tantas veces he tocado delante de ti al piano. El fulgor de la luna permitía distinguir los objetos aún á bastante distancia. Yo me fuí, para verte mejor cuando pasara el buque, junto á la aduana. Te ví. Ibas sobre cubierta, mirando al mar... Rodrigo, que allí estaba, saludó á tu hermano diciendo: «Adiós, Juanito.» Él contestó al saludo, y tú te volviste hacia nosotros exclamando: «¡Buenas noches, buenas noches!...» Te dije adiós con mi pañuelo, y todo quedó luego en silencio...

Solamente se escuchaban el ruido del mar, que la quilla del vapor cortaba, y las palpitations de mi corazón próximo á quebrantar su estrecha cárcel... Corrí á los más altos muros del muelle para ver de nuevo el vapor *Sofía*, tu sombra, la estela que tú debías de dejar en los cielos y en las aguas. Ya todo noche...

Apenas una sombra larga se dibujaba sobre la superficie del Océano, manso y apacible, como si las tempestades del espíritu y los furiosos de la naturaleza se disiparan al claro y celeste resplandor de tus miradas. Tu familia se había ido á la punta de Iturralde para verte al pasar. ¡Adiós, adiós! dijiste, contestando á los saludos que todos te dirigían, y entre los que se destacaban las atipladas chillonas voces de Julio y de Carlitos. Yo no acertaba á separarme de aquellos sitios, como si quedara algo de ti en las piedras del muelle, en las olas del mar, en las ráfagas del aire, en la luz de las estrellas... Por fin ya nada se divisó... Tú te ausentabas de *Villalegre*, pero no te ausentabas de mi alma, de mi alma, que te sueña, que te espera, que te busca, que te ansía, que te adora, con adoración inacabable, como los ángeles á las plantas de la Virgen en los humildes retablos de nuestras iglesias. ¡Qué hermosa noche! Pero para mí todo sombra...

El muelle, el cielo, el mar, todo se vestía con el fúnebre

luto de mi espíritu... Al llegar á la calle Real, la gente comenzaba á pasearse en animados grupos por el favorecido boulevard, amenizado con los acordes de bullanguera música... Todos alegres, y en torno mío la soledad, más grande que la misma soledad de los sepulcros... La música parecía tocar como mi responso, pues ya era llegada la hora de mi muerte, al quedarme solo y enfermo, con las espinas de mis dolores y de mis recuerdos. Mi hermano Enrique me esperaba para comer. Yo no comí nada... Luego salí de casa y fuí á sentarme al *malecón*, como todas las noches, esperando que la espiritual silueta de tu cuerpo se dibujara al través de los cristales de tu cuarto. ¡Qué locura! Me hacía la ilusión de que ibas á salir á hablarme, como si tu partida fuera, más que triste realidad, desasosegado sueño... Allí estuve hasta muy tarde. Me acosté con fiebre, y me levanté ya bien entrada la mañana... La luz que penetraba por el balcón de mi gabinete me hacía daño; yo ambicionara estar sumergido entonces entre las sombras de noche perdurable... Salí de casa para despedirme. Mi primera visita fué para ese santo, para ese ilustre P. Federico, alma gemela de Santa Isabel de Hungría y de San Francisco de Asís; seres todo espíritu, que se dan en holocausto á los demás, á trueque de la corona de espinas que ha de taladrar sus sienes, y de la cruel indiferencia que ha de perseguirlos hasta en los confines de la muerte... ¡Cuántos consuelos hallo siempre en la presencia de ese humilde jesuita! Me recomendó confianza en Dios nuestro Padre, que lo mismo cuida de las florecillas de los campos que de las almas que caminan por la peregrinación de este mundo; y me repitió varias veces su arraigado presentimiento de que nuestro amor, inmaculado y firme, quebrantaría la violencia de la tenaz oposición, preparada por las malas pasiones de los hombres.

Palabras muy elocuentes y muy bellas salieron de sus labios, pero no pretendo decírtelas todas, para no hacer interminables, con menudencias y detalles, estos renglones... Al salir de aquella pobre y tranquila celda, se me oprimió el corazón. ¡Cuántos perdurables recuerdos en aquellas paredes, en aquellos cuadros, en aquel jardín por donde cruzaban ale-

teando las voladorasavecillas! Allí había revelado yo un día todos mis sentimientos... A ese, á ese desconocido jesuita dijiste tú también todos los secretos de tu alma, excelsa y benditísima... «Adiós, adiós, Fernando, que sea V. feliz;» así me despidió el P. Federico... Luego llegué á la casa de baños donde tú ibas todas las mañanas, y soñando con verte estuve mucho tiempo sentado en aquellos asientos, desde los que admirábamos, mudos y extáticos, la azul inmensidad del Océano... Más tarde fuí al convento de las Agustinas, por besar el sitio en que te habías arrodillado para confesar con el P. Federico, y después de despedirme de algunos amigos torné á casa... Por la tarde emprendí el camino del Robledal, para decir adiós á tus parientes. ¡Qué tristeza, Amparo, qué mortal tristeza la que cayó sobre mi espíritu durante esa fatigosísima jornada! Todo, todo me hablaba de ti, como si tu propia imagen, espiritual, luminosa, se hubiera eternizado en aquellos sitios, consagrados por tu presencia y por mis lágrimas... Allí, allí estaba, entre las aguas de la marea que invade los campos de *Valmarino*, el lanchón carcomido y abandonado, sobre cuyas tablas tú y tu prima Elena os sentasteis en aquella tarde en que la tempestad nos sorprendió bien lejos del castillo. Allí la casita blanca y solitaria, como brindando con amor y reposo, para mí sobre la tierra negado...

¡*Robledal!* Todo claro, luminoso, sonriente, como la tarde en que tú me esperabas, pero yo todo lo veía horrible y oscuroísimo, como si en los cielos y en la tierra se reflejaran las sombras y las amarguras de mi alma! Amables, muy amables en verdad estuvieron conmigo tus parientes. Me despedí del artístico gabinete donde está el piano, y en el que tú me esperabas cuando llegué de *Villalegre*, el 27 de Julio; de la sala del billar; del cuartito de lectura; del jardín, cuya húmeda hierba conservaba las huellas de tu paso; de la *Carbayeda*, del patio, del comedor; de la capilla henchida aún por el rumor de tus plegarias; de todo lo que evocaba en el corazón y en la memoria tu recuerdo... Triste, silencioso, caminando poco á poco, como el que marcha hacia el suplicio, arribé á la casa de *Valmarino*. En la salita del piano estaban Ricardo y Carmen... Todo fal-

taba, porque no estabas tú, cuyo espíritu, como el de Dios, lo anima y embellece todo con sus efluvios... Merendaron en la rústica mesa que sombrea el venerable cedro. Carmen, don Álvaro y Ricardo tenían que ir a *Villalegre* para saludar á varios amigos reciénvenidos, y me invitaron á regresar en su coche, con ellos... Yo, mientras tu tía y tu prima se aderezaban, sin poder con el peso de mi espíritu, transido por el dolor, delirando y ardiendo en las hogueras de voraz calentura, medio muerto, sin poder respirar apenas, salí del jardín, para bautizar con mis adioses y mis lágrimas todos esos lugares que tú habías ya consagrado y eternizado con tu presencia... Para reasumir los sentimientos y las emociones allí avivadas, penetré en la sala del piano, llena por el resplandor inextinguible de tu sombra... En ella me oíste tocar muchas veces la sonata *Clair de lune*, entre cuyas notas caldeadas por la pasión, palpitaba mi alma, muerta de amor á ti.....

Salí, salí como loco, después de regar con mis lágrimas de fuego las teclas del piano ahora mudo, y subiendo al coche que ya nos esperaba, partimos para *Villalegre*. Afectuosamente se despidieron de mí en el *Hotel de España*, Carmen, D. Álvaro y Ricardo. Entonces, solo, torturado por voluptuoso nostalgia, queriendo ya arrojarme á los senos del Océano, ó bien perderme por sus inmensas soledades en tu busca, comencé á pasearme por la orilla de ese *divino mar*, de que tú me hablabas en la primera carta escrita en *Villalegre*. Fatigado, exaltadísimo, caí rendido sobre el asiento de piedra, en el que tantas veces había buscado un momento de reposo, debajo de tus balcones... Aún soñaba con verte.

Noche clara y serena; noche de amor, esa noche... ¡Qué contraste entre la apacible calma de la naturaleza, y el oleaje tumultuoso del espíritu, por la fuerza de todas las tempestades combatido! ¡Ah! El vapor de todas nuestras cotidianas lágrimas, no es bastante, no, para formar la más pequeña nubecilla en el espacio azul del firmamento. El ruido del Océano tempestuoso, ó el fragor del huracán embravecido, apagan entre sus voces los espasmos de nuestro dolor, y las lamentaciones de nuestros labios... Allí estuve mucho tiempo, debajo de tus balcones. La música del baile, que como martes

se celebraba en el Casino, despertó en mi memoria universo de recuerdos... Sonaban en el piano, en ese piano tantas veces por mí tañido para hablarte, cuando no podía hacerlo ni con mis ojos, ni con mis palabras, los primeros compases de aristocrático rigodón... Hacía ocho días..., no, no; yo no quiero recordarlo; tú lo sabes... Cuando el reloj de la Colegiata vibró doce campanadas, me volví para casa, arreglé mis ropas y mis libros, besé la cruz y el pelo que tú me habías dado; recé una *salve* á la Virgen Inmaculada, y caí fatigadísimo en mi cama, tantas veces regada por mis lágrimas... Dormí muy poco, apesar del cansancio que me agobiaba... Á las nueve vino el coche para llevarme á la estación, y á las once estrechaba entre mis brazos á mi santa madre. Desde que estoy aquí, me figuro que ya no tengo fuerzas para nada... Mi casa tiene admirables vistas al campo, y al contemplarlo, echado perezosamente en una mecedora, aún me creo por los olientes senderos de *Valmarino*... He tocado en el piano el *Impronptu* de Chopín, para nosotros inolvidable, y por no sé qué íntima simpatía, mis hermanos se han aficionado tanto á él, que Enrique y Rosario apenas dejan de repetirlo todas las noches. Yo no les digo nada, ¡pero qué profunda la agitación que me causan esas notas!... Estos días que siguieron á mi regreso de *Villalegre*, parecía como que me arrancaban el alma poco á poco, y que iba descendiendo por grados á las oscuridades de la tumba... Solamente doy tregua á mis dolores cuando mi hermanita Consuelo se pone sobre mis rodillas y comienza á prodigarme mil caricias. Todos, todos con las expansiones de su cariño quieren disipar esta melancolía invencible que se refleja en mis ojos, en mis palabras, y hasta en el sonido de mi voz.....

.....
.....
Cumpliendo lo prometido, te mando los primeros versos que escribí en tu álbum, y de los que me pides copia. Acógelos benignamente.

IDEAL

Como sombra de sombra que atraviesa
de bajo mundo las oscuras playas,
como la débil hoja que los vientos
en torbellino arrastran,
como tenue suspiro inacabable
que por las ondas del espacio vaga,
así cruzaba, solitario y triste,
la tierra desolada.

—
Puras aspiraciones, ideales
que con su fuego inextinguible abrasan,
recuerdos, vaguedades, todo un mundo
en mi sér gravitaba;
y encerrado en abismos de tristezas
y consumido por mortal nostalgia,
buscaba en los abismos de la tumba
la celeste alborada.

.....
Ví su hermosura en quien tomaba cuerpo
el anhelo sin fin, la inmaculada
castísima ilusión, eso inefable
que presienten las almas.
¿Cómo no amar entonces la existencia?...
¡Oh! si el amor al pensamiento llama,
surge espléndida luz, y ábrese el cielo
á la dulce esperanza.

—
De entonces fué mi vida eterno culto,
adoración tranquila y soberana,
himno perenne que en sus vagas notas
la bendice y la canta.

Hacia *ella* voy por atracción divina
como el ángel á Dios, la ola á la playa,
el ave á los espacios y al empíreo
la mística plegaria.

Quisiera penetrar en lo más hondo
del misterioso abismo de su alma
transparente en sus ojos, como el cielo
en el fondo del agua...
Y sorprender allí lo más oculto
del sentimiento, la ilusión soñada,
esos vagos rumores que no acierta
á explicar la palabra.

Luego decirle los ensueños vagos
que nos torturan, perdurables ansias,
algo infinito que con su grandeza
desasosiega y mata.
En mi esencia sentir su propio espíritu,
anegarme en la luz de su mirada,
palpar con el fuego de su vida
y morir por amarla.

Después bajar á los profundos antros
da negra tumba donde todo acaba,
como los dos amantes de famosa
tragedia *shakespiriana*.
Y confundida allí de nuestro polvo
la luz, como el fulgor de nuestras almas
se confundió en la vida, subir juntos
á la gloria soñada.

Y vivir y morir sólo pensando
en el instante de volver á hallarla,

del celeste Tabor del Paraíso
 en la cumbre sagrada,
 y allí junto á los ángeles alados,
 en presencia de Dios, libre de mancha,
 de rodillas, en éxtasis perpetuo
 para siempre adorarla.

—

Si es sombra el ideal que ha de trocarse
 en implacable realidad amarga,
 si este fuego de amor que me consume
 nunca, nunca se acaba,
 si he de cruzar sin *ella* los oscuros
 senderos de la tierra solitaria,
 quiero más bien llamar á los umbrales
 de la eternal morada.

Madrid, Marzo 188 ..

XVIII

DEL MISMO Á LA MISMA

URBONA 4 Noviembre 188... A las cuatro de la tarde.

Sunt lacrimæ rerum.

Ayer tarde, saliendo de paseo con mi hermano Enrique, y al atravesar por oscura solitaria plazuela, donde por las noches reverbera piadoso farolillo ante dolorida imagen de la Virgen de las Angustias, he contemplado con pesar indecible cómo unos cuantos trabajadores demolían el antiguo Convento de las Dominicanas, verjel fecundo de santidad, y joya artística inestimable. La revolución sacrílega, en nombre de la igualdad y del derecho, se había incautado de él, para convertirlo en inmunda cuadra; y las desenfrenadas turbas de-

magógicas, ebrias por los vapores de la orgía, habían profanado los sepulcros, el altar y el templo, al conjuro de sus abominaciones babilónicas.....

Los altares caídos por el polvo, como las majestades de la tierra; las imágenes arrojadas de sus pedestales, como la fe que las había animado de las conciencias; las ojivas por donde penetraba la luz de lo infinito, y las bóvedas por donde se extendieran las nubes del incienso, trocadas en triste, solitaria ruina; los sepulcros, rociados por lágrimas ardientes y santificados con tantas oraciones, con tanta agua bendita como descendiera sobre sus piedras, pisoteados y abiertos, para aventar por los aires sus cenizas; el coro aún henchido por el rumor de los místicos rezos, y por los graves clamorosos acentos del órgano, despojado de la pesada reja y de los artísticos sitaliales; los claustros, antes llenos de piadosas imágenes, de abadesas y de reinas que duermen sobre los góticos sepulcros alumbrados por lámpara agonizante, y por cuyas encrucijadas aún se divisan las fantásticas, espirituales sombras de las religiosas que tornan á sus celdas, convertidos en montón de piedras, donde crecè el jaramago, y canta, en la callada noche, la canción de los sepulcros, plañidera ave; la torre, la torre aflagranada, sutil, aérea, cuyas alegres campanas, volteando en las solemnes festividades sonaban á gloria, y cuya cruz altísima detenía las tempestades de los cielos, reducida á liviano polvo que las brisas del crepúsculo arrebatan; los atrios, por donde gemía el viento al caer la tarde, y aleteaban las aves en busca de chapitel para guarecerse, mientras que las sombras de la noche agrandaban las estatuas de piedra, de vírgenes, de bienaventurados, de doctores que leen, sin acabar nunca su lectura, por las páginas de misterioso libro, oscurecidos entre la sucia tierra, como fragmento de mundos desquiciados; todo ruina, desolación, tristeza, sobre las que parecían mecerse las lamentaciones del Profeta, llorando sobre los muros de Jerusalem caída..... ¡Cuántas lágrimas sobre esas piedras cubiertas de musgo!..... ¡Cuántos éxtasis al pie de esos altares ya derrumbados!..... ¡Cuántas plegarias subiendo, como las almas, á los cielos!.....

¡Cuánta luz, cuánto incienso, cuántos cánticos religiosos

en las sagradas solemnísimas fiestas de ese convento, asilo de las humanas angustias, y cuyas torres parecían penetrar por el brumoso cielo, con las plegarias que se remontaban de la baja tierra, creyéndose duraderas y fuertes como la misma eternidad!... Y ya todo soledad y muerte... ¡Ah! Pero hay algo ahí, como si fuera el espíritu divino, resucitándolo y eternizándolo todo con su soplo. Sí; sí... Podrán haber rodado por el suelo, al ímpetu de la piqueta demoledora las cruces y los altares... Todo en vano, porque hay en ese recinto abandonado y desierto, más espíritu, más oraciones, más perfumes, más vida, más claridad, más cánticos que en el inmenso santuario de la naturaleza, poblado por el ruido de los Océanos, por el centelleo de las estrellas, por la serenata de las aves, por el eterno himno del amor que anima con sus corrientes desde la luciérnaga que en las estivales noches resplandece por nuestros valles, hasta la luna que besa la frente de la mujer amada; desde el grano de arena que la onda remueve, hasta los soles de la Vía Láctea, ya cansados de bogar por los espacios... Esa piqueta que destruye los conventos, refugio de las almas, ¡ah!... es la imagen del frío racionalismo que pretende quebrantar la fe, refugio de la humana conciencia. ¡Qué grande error, Amparo! Verdad, y verdad desconsoladora, que se han caído á la tempestad de las ideas, como las tablas del buque á las sacudidas del mar, templos donde se congregara la humanidad, y altares donde se consolaran los cotidianos padeceres... Pero nuevas catedrales levantan hasta el arrebol de los espacios la aguja de sus afligranadas torres; nuevas almas se aperciben para abrevarse con las aguas del espiritualismo, en las soledades de los claustros; nuevos peregrinos pueblan con el rumor de sus salmodias las ciudades y los campos; nuevos pueblos se congregan á la sombra de la Iglesia, soñando, como los pueblos de la Edad Media, con la inmortalidad y con la gloria; nuevos filósofos iluminan sus sistemas con los fulgores de lo sobrenatural, y nuevos artistas clarean su fantasía con las reverberaciones de lo infinito; nuevos cánticos de *Aleluya* resuenan por la dilatación del Universo, de tal modo, que ya se nos figura escuchar las alegres campanas de la Pascua, y asistir á

la resurrección de la prevaricadora humanidad que sale del sepulcro, pura, luminosa, transfigurada como Cristo, para eterna confusión de los impíos...

Lo ha dicho escritor ilustre, en admirable obra que tú bien conoces. El escritor es el Conde de Montalembert, y el libro *Santa Isabel, Condesa de Turingia*. «Imposible que para siempre muera ninguna de cuantas cosas llegó á tocar la religión con sus manos, ó á inspirar con sus alientos.» Así, el polvo de ese convento, parecíame como el germen fecundo de la inmortalidad paradisiaca... Yo no podía separarme ni de aquellas ruinas ni de aquellos sepulcros, como si por evocación mágica me hubiera convertido en triste planta brotada entre las junturas de las piedras, para poetizar la soledad de ese recinto. Recordaba entonces los innumerables momentos allí pasados cuando niño; la animada procesión del patrono del convento, Santo Domingo, en si esta calurosísima de Agosto; la tarde de *Todos los Santos*, henchida por el clamor de las campanas que lloran desde lo alto de la torre, y por el silabeo de las oraciones que descenden sobre las tumbas queridas; la hermosa festividad de las *Palmas*, en la que íbamos, encaminados por nuestros padres, con el ramo de laurel y de romero, en busca del Salvador divino que había de venir hasta nosotros montado en paciente asnilla; sobre todo, el tradicional *Miércoles Santo*, día esperado sobre todos los días del año, cuando en presencia del *monumento* preparado por la solicitud de las buenas madres, ante la vetusta *tenebraria* donde ardían doce amarillas velas en memoria de los doce Apóstoles, y una vela blanca en memoria de la Virgen Madre, escuchando las lamentaciones del Gran Profeta, que descendían sobre mi alma como cascada de lágrimas, de rodillas, palpitante, excitadísimo, sentía, ya niño, sobre mis hombros, el peso de la Cruz de Cristo, como adivinando las agonías y las desolaciones que han de consumirnos y de crucificarnos, al dejar en las tortuosidades del camino, con las ilusiones de la niñez y la vestidura de la inocencia, los días de paz y de ventura, jamás reproducidos en el trascurso de nuestra oscura, tempestuosísima existencia. Luego, rezado con misterioso rumor el *Miserere*, apagadas todas las luces, y llegada la hora

del abandono y de las tinieblas, los muchachos que allí íbamos con nuestras familias, sonábamos con estrépito horrible y en pofiada competencia las *carracas*, como para ahuyentar á los judíos que en aquella sazón venían traicioneramente al huerto de Getsemaní para aprisionar á Jesucristo.

Al salir del templo y de vuelta para casa, con las rodillas bien manchadas de polvo, y los labios bien repletos de oraciones, las sombras cubrían la tierra; la brisa de la noche, brisa primaveral y tenue oreaba nuestra frente enardecida; por las estrechas calles atravesaban silenciosas las gentes, de regreso á sus hogares, después de haber asistido á las *tinieblas* en la próxima *parroquia*, ó en el cercano monasterio; en tanto que por las bóvedas de la Catedral apagábase ya el último versículo de sublime *Miserere*; y las muchedumbres que llenaban las capillas y las naves, desfilaban por los oscuros atrios, sintiendo sobre su pensamiento la gravitación de profundas y perdurables emociones... Nosotros tornábamos á la querida casa con silencio y gravedad, para nuestros gárrulos cotidianos alborozos desusada, con ánimo recogido y temeroso, como apercibiéndonos para celebrar con exaltación espiritualista la memorable hermosísima solemnidad del día siguiente, Jueves Santo... ¡Oh Amparo!... ¿Á qué mundo, á qué cielo, á qué alma habrán ido á parar las místicas caldeadas oraciones que se exhalaban de mi espíritu, en aquellos días memorables, al pie del viejo *monumento*, cuyos ángeles y profetas tantas lamentaciones y tantos *Misereres* escucharan?... ¿Lo sé yo, lo sabes tú, lo sabe alguien? ¿Por dónde vaga el primer suspiro brotado con la primera melancolía de mis labios, y en qué nubecilla flota el vapor de mi primera lágrima, caída de mis ojos escaldados? ¿Y qué se han hecho las candorosísimas plegarias que yo derramaba, siendo niño, al pie de esos altares destrozados, en el convento de las Dominicanas, ya desposeído, al tempestuoso oleaje de la revolución, de sus antiguos inolvidables esplendores?...

Lo ha dicho un gran poeta. «Camino de las almas, ¡qué desconocido eres de los míseros mortales!..... Sabemos la órbita de un astro en lo infinito material, y no sabemos la órbita del pensamiento en lo infinito moral.....» Al dejar en-

vueltas entre las sombras del crepúsculo esas tumbas, esas ruinas por tan sublimes recuerdos consagradas, por no sé qué íntimo inexplicable movimiento, levanté mis ojos al sereno espacio, donde brillaba ya, como la pupila de un ángel, el primer centellante lucero de la tarde..... Las campanas de las iglesias de Urbona tañendo al *Angelus*, parecían anunciar con sus clamores la ascensión misteriosa de las almas, á mundos luminosos y etéreos, vívidos é inmortales, sobre los soles que se eclipsan, sobre los dioses que se acaban, sobre las ideas que desaparecen de la humana conciencia, sobre la metamórfosis de los siglos que van á morir envueltos entre las olas del tiempo, en el grande Océano de la eternidad ignota. Yo de mí sólo sé decirte ¡oh Amparo! que sentí en aquellos dulcísimos momentos como el calor de un nuevo sol que se levantaba, alumbrándolo todo, por el fondo de mi alma; y ví entonces confundidos en un mismo culto, en un mismo cielo, en un mismo infinito, mi adoración por ti, y mi entusiasmo por la creencia, por la religión espiritualísima y católica que nos regenera al venir á los caminos de la vida, donde combatimos y lloramos, y recoge después nuestra alma, en medio de los horrores de la muerte, para subirla sobre las alas de los ángeles, y llevarla á regiones de luz, más claras y apacibles que los desiertos de nuestra baja y desolada tierra.

ADOLFO DE SANDOVAL.

En Oviedo Octubre 1886.





EL ESTUDIO DEL GRAN PINTOR CASADO

EN aquella zona septentrional extrema del viejo Madrid, que es ahora como el centro y arranque del moderno ensanche, donde la pendiente angosta de la Veterinaria iba á buscar la salida del vetusto y pobre portillo de Recoletos, se abre hoy la hermosa calle de Doña Bárbara de Braganza.

Álzase en ella el severo edificio de las Salesas, que ocupa con su fachada posterior la mayor parte de uno de sus lados, y frente á él se extienden modernas edificaciones particulares, de elegante aspecto. En una de éstas, en la que forma ángulo con la calle del Marqués de la Ensenada, y que lleva el núm. 16, tenía su estudio y habitación, donde ha muerto, el insigne artista D. José Casado del Alisal, gloria de la pintura española de nuestros tiempos.

Allí, sobre la alta vivienda, á la que se llega por el aristocrático ascensor moderno, ábrese el espacio del taller de la inspiración y del trabajo, que recibe además de la irradiación cenital, la luz fija del Norte, en cuya dirección se extiende su única gran ventana.

Desde ella se domina el agradable panorama de una porción del barrio de las nuevas construcciones del ensanche: la Ronda de Recoletos, los hoteles y casas de la calle de Fer-

nando el Santo, los de la Castellana, los jardines del palacio del Duque de Uceda, y en la línea de la calle del Marqués de la Ensenada, que hoy se está terminando, las múltiples subidas de los Tribunales de Justicia de la capital, en las que á todas horas del día se mueve un hormiguero de curiales, testigos, litigantes y curiosos.

Al pie del mirador, y frente á la casa, dilátase la mole del suntuoso monasterio, que alzara Fernando el Pacífico, como amparo de su sepultura, y que fué á la vez el templo más afamado y ostentoso de la villa, escuela y refugio de las damas más distinguidas y museo de las artes de su época, hoy mismo admiradas con especial encanto y complacencia. Allí, á pocos pasos de donde instaló Casado su centro de producción artística, en las Salesas, bajo las amplias bóvedas, que trazara Carlier, reunieron sus inspiradas obras pictóricas el veneciano Cignaroli, Gianquinto y Muro; y Olivieri y Gutiérrez, sus hermosos grupos de escultura, y los hermanos Velázquez, los arrogantes frescos que coronan las naves.

El nombre de Doña Bárbara de Braganza, la memoria de su esposo el Monarca fundador, la Iglesia y los detalles todos, recuerdan en aquel espacio la protección dispensada á las bellas artes, y dan atractivo y carácter al horizonte, en que se recogiera para trabajar en la madurez de su vida y de su talento el inspirado autor de *Laura y Flora*.

En aquel estudio, hoy por tantas gentes distinguidas visitado, brotaron del magistral pincel del inolvidable director de la Academia española en Roma, gran número de sus obras más celebradas, con las que ha enriquecido el catálogo de preciosas creaciones, en estos últimos cinco años.

Pocos placeres hay en el mundo de la cultura, entre las gentes de inteligencia escogida y de gustos artísticos, que puedan compararse con el que se experimenta al satisfacer la curiosidad de contemplar el *studio* de un pintor de fama. La descripción de los «talleres» de los grandes pintores extranjeros, intentada muchas veces, forma, aún en capítulos sueltos, uno de los libros más interesantes que puede devorar con afán la insaciable afición de los espíritus estudiosos, de esos que anhelan descubrir los secretos de la existencia ordinaria

de los hombres extraordinarios, y la vida íntima de los bienaventurados poseedores del genio.

Un estudio es una especie de capítulo preparatorio de una creación constante. El artista, con su personalidad propia y su inspiración, es el dios diminuto, que tiene allí, al alcance de su mano, el caos de todos los elementos necesarios para concebir una obra, darla forma, luz y color, y lanzarla, ya hecha, á que ruede por los espacios del mundo, de la curiosidad y de la gloria. Con la escogida riqueza de tantos objetos acumulados en aquel foco de actividad, decorará la escena de sus creaciones, y un par de modelos, bien dibujados por la madre Naturaleza, un Adán y una Eva, servirán, al través de la larga carrera de la existencia de un pintor, para que se transformen, ante la fantasía de su mente creadora y ante la habilidad de su pincel, en héroes de la historia, en santos, en guerreros, en Reyes, en mendigos, en Vírgenes, en mitológicas diosas y ninfas, en amorosas madres, en altivas señoras, en mártires con luminosos nimbos é inmaculadas palmas y en incitantes cortesanas, sin veló alguno y sin más poesía que la de la pasión desnuda.

Es el taller del pintor un escenario teatral maravilloso, en el que, no sólo se ven personajes de todos los tiempos y de todas las clases sociales, y decoraciones combinadas de todos los dramas y comedias de la vida, sino que en primero y principal lugar se contempla al autor de tanta maravilla, dirigiendo con su paleta en la mano el desfile de los tipos que crea sin cesar. No impera allí el silencioso recogimiento del gabinete del poeta, á quien sólo acompañan montones de volúmenes cien veces leídos y olvidados, y para cuya gloriosa labor bastan y sobran un pobre tintero, la cansada pluma y algunas cuartillas; no es aquella mansión como la solitaria, poblada de fugaces y repetidas armonías, en que el músico, en sí mismo reconcentrado, escucha atento la inspiración que á un tiempo acude á su cerebro y á su corazón, al pulsar el teclado y trasladar al pentágrama las melodías que brotan de su espíritu y de su pluma; no, en el *estudio*, todo cuanto es belleza y color, obra primorosa del lápiz, del cincel, de la aguja ó de la lanzadera, que bordan, tejen y pintan á un

tiempo, todo cuanto salió de otros talleres inspirados, destinado á la guerra, á las fiestas, á la ornamentación ó á la vida común, cuanto hermoso la naturaleza crea en los cálices de las flores, en las cristalizaciones de las piedras, en las cubiertas de los animales, y sobre todo en el rostro de la femenina hermosura, todo cuanto atrae é inspira, herido por la luz, allí está, en el animado centro que los amigos visitan, que la conversación y la alegría conmueven, que la educación y la cultura de alto vuelo esmaltan y perfuman con su exquisito *chic*, y cuyas expansiones sostienen y amplían á menudo las diminutas copas de añejos vinos ó las ruedas de amistosos tabacos de todas procedencias y categorías.

Aunque los pintores suelen ir formando poco á poco su estudio con todo aquello que, teniendo «carácter,» encuentran en la casual y variable marcha del tiempo, proceden al cabo por selección á agrupar, en torno de su caballete, el conjunto de objetos que están más en armonía con sus gustos personales é inclinaciones artísticas. Por esto, á la larga, un estudio suele ser el reflejo del carácter de su dueño. Y no ha de creerse, como suponen muchos, que la necesidad de formarlo, como lo forman casi todos los artistas, demuestra la necesidad de que éstos se circunscriban siempre á someter la inspiración á la copia servil de los objetos, sino que ha de entenderse que, por grande y extraordinaria que sea la potencia creadora ó la memoria de un pintor, nada hay tan magistral ni verdadero como la naturaleza y la forma, si se ha de reproducir con el color, para que lo que se pinte resulte verdad; y además, que así como al fin es cosa fácil copiar, por copiar como la fotografía copia, es difícilísimo en esta labor el saber ver cómo el artista debe ver, saber emplear el color y la luz para que la verdad resulte, saber escoger los objetos que con su variedad han de componer la armonía del conjunto de la obra y disponerlos de modo tal, que hasta en sus menores detalles se comprenda que el que los ha preparado y copiado es maestro intachable en tan comprometida como difícil tarea.

Además, en la mayoría, en casi la totalidad de los objetos reunidos en el estudio, está impresa la hermosa huella del

arte; son como positivos testimonios de la inspiración de otros desconocidos artistas de diversas épocas y gustos, que han ido á confundirse allí, cariñosamente adquiridos á costa de elevado precio tal vez, por el amor instintivo é invencible que el genio siente hacia todo aquello que, en su conjunto ó en sus detalles, revela la obra de otro genio; ó hacia aquellas reliquias viejas del tiempo, que parecen testigos elocuentes de inolvidables costumbres ó de famosas hazañas.

Y en la gran variedad de las adquisiciones llega á verificarse al fin, como queda dicho, una conjunción típica de cuantos objetos tienden á determinar por su significado las aficiones características del colector; y á constituirse una unidad, que fielmente, aunque de un modo simbólico, por decirlo así, le retrata y representa á maravilla.

En virtud de ese instinto, y como guiado por esa fuerza de selección artística, se ha rodeado el gran Alma-Tadema, por ejemplo, de un mundo de recuerdos de la epopeya del Imperio romano, de tal modo, que parecen su casa y su estudio, y sus habitaciones predilectas, verdaderos ejemplares de las casas de recreo de las montañas Sabinas, ó de las playas Parthenopeas, donde se cree que van á aparecer Augusto y Virgilio entre las estriadas columnas del impluvium, ó que la lujosa y cómoda exedra aguarda á que las orgullosas matronas acudan á reclinarse en ella.

Soñando entre las nieblas de Londres con los esplendores del sol de Andalucía, recordando con la imaginación la vida morisca, al verse rodeado por la severa etiqueta británica, impulsado por ese instinto creador, el eminente Frederick Leighton, director de la Academia de Pintura de Inglaterra, convierte su aristocrático taller en una mansión árabe, y en torno á los caballetes y á los lienzos, cree el que lo visita hallarse en presencia de los fantásticos caprichos de nuestra Alhambra, ó en solitario y misterioso palacio de Fez ó de El Cairo, donde las armas, los trajes, la decoración y el mobiliario todo resulta como escogido por algún sabio y poderoso adorador del Califa.

Ved en el *estudio* del gran paisista Vertuinni, abierto á todas las luces del incomparable cielo napolitano, la indumen-

taria del campesino y del montañés, sencillas en la forma, ricas de color, mezcladas con el apero de la labranza, con el remo y la vela del mar latino, con las macetas de flores y con cien estudios diversos de la naturaleza, que son manchas magistrales, fotografías instantáneas que hace el genio, de aquellos cielos, de aquellos horizontes, de aquellos divinos crepúsculos de la tarde, tomados desde la playa, desde la ladera del Apenino, desde los valles calabreses ó desde las mesetas volcánicas de las islas del golfo.

Hans Makart, el sublime pintor de las grandes apoteosis, históricas, mimado por los Emperadores y por los cortesanos, formó en su estudio uno de los más ricos museos que han existido, y que era reflejo verdadero de sus aficiones históricas, mosaico maravilloso de la etnografía guerrera de los siglos XV y XVI, completa exposición de trajes y atavíos, imperiales, con pródiga mano recogidos para él por sus protectores.

¿Quién olvidará aquella *Villa Martinori* del campo romano, donde el egregio y admirable Mariano Fortuny labró un nido de amor y de malograda dicha, esmaltado por la riqueza y buen gusto de su estudio? Y en él el arte árabe, las memorias de nuestra campaña africana, las reliquias y vestigios de aquel pueblo; y á su lado, los gráficos testimonios de sus contemplaciones granadinas, y mil impresiones curiosas de la hermosa comarca meridional, y entre tanta riqueza, numerosos vestigios de nuestro característico tiempo de Goya, representados por variadísima colección de trajes y objetos, que componían un estudio completo de la típica fisonomía de la sociedad española de ayer, con todas sus extravagancias y sus lujosas pompas.

¿No han sido verdaderos reflejos de la personalidad de sus dueños, estudios tan celebrados y de tan justa fama como los Pilotty, Bonat, Bretón, Meissonier y Kaulbach? ¿No están en cada uno de ellos marcadas de relieve la tendencia y la manera de ser del genio de estos maestros eminentes?

Así representó también, con todos sus caracteres á don José Casado de Alisal, aquel espléndido estudio de San Pedro de Montorio, en Roma, residencia de la Academia de pensionados españoles, cuando el malogrado y gran maestro

pintaba *La Leyenda del Rey Monje*, cuando llegó á la cumbre de su valer y de su renombre.

Él era por su carácter y por sus aficiones de toda la vida, pintor de historia, y entre nuestros pintores de historia, opinábase por muchos inteligentes, que no tenía rival. En su taller de Montorio, decorado con un espléndido mobiliario alemán, hubo siempre un verdadero museo de artes militares y suntuarias, de nuestras épocas de la Reconquista y del Renacimiento. Con el esquisito cuidado y atildamiento propio de su especial manera de ser, tenía distribuídos en los muros, colgados de antiguas telas, y entre los muebles, en aparente desorden, pero en armónicos grupos, armas, banderas y bohordos, propios ó imitados, de diversos siglos; capelletes y gorros con doradas plumas, sayos de morete, mantos de arange, paños de finísima labor, adobados con aljófar, entramadas lorigas, amplias aljubas, cíngulos cuajados de ricos morlanes, espadas envueltas en artísticos talabartes; pelotes, briales de regia hechura con dorados tejidos y terciopelos y afolladas telas, tabardos de bandas, diademas, collares, guanteles, yelmos de hermosos lambrequines, armaduras, cotas, escarcelas y numerosos paramentos de original composición y atavío.

Adquiridos durante su larga carrera del arte, fueron fielmente trasladados al lienzo en sus creaciones de: *Los Carvajales*, *El Gran Capitán*, *Giorgionni*, *La Visita*, *La leyenda del Rey Monje*, *Clavijo*, *Tentudía* y otros.

Cuando Casado regresó á España, se decidió, sin duda, no á descansar, porque no descansó jamás, sino á reconcentrarse en su estudio cómodo y confortable, donde iba á encerrarse con los recuerdos de su familia y con el trato ameno y deseado de pocos pero excelentes amigos, para dedicarse en él á un arte más reposado que el de las grandes apoteosis históricas, en el que había llegado á la meta de sus aspiraciones y para el que eran necesarios esfuerzos gigantescos de estudio y de trabajo. Podía hacer maravillas, como las hizo, en el culto pictórico de la belleza femenina, en esa labor placentera, serena y reposada, donde de nuevo lució con tanto poder sus magistrales condiciones de colorista; podía

continuar sin gran cansancio sus tareas en el cultivo de los asuntos de género, que sabía realizar con tanta originalidad como sorprendente delicadeza, y podía, en fin, ser el más solicitado de los retratistas de la sociedad distinguida, del talento, del dinero y de la corte, en cuya empresa difícilísima tanto hizo, que él mismo se convenció de que aunque alguno pudiera igualarle, nadie, en este género, le aventajaba.

Para vivir así en el descanso, trabajando sin cesar, para rendir culto á sus recuerdos é inspirarse en la copia de la belleza, y componer preciosas escenas de costumbres, y hacer retratos admirables y avanzar en el cuidado su salud decaída, para gozar con la compañía de los que como él rinden escogido culto á la inspiración y á la cultura, abrió su estudio de Madrid, un tanto reducido, confortablemente preparado, y en sus atavíos y ornamentación de tal modo dispuesto, que bien pronto se comprendía al contemplarlo, que en él no había de pintarse otro Rey Monje, pero que era á propósito para que de allí brotaran *El regalo de la moña*, *Flora y Tentación*, *La Poesía*, tantos retratos de relevante mérito (entre ellos el de Alfonso XII, los de Cánovas y Sagasta y el de la niña de Portilla), y para que allí, el que vivió en su juventud rodeado de los suyos, bajo el amante techo de la familia, volviera en la madurez decadente de la existencia á gozar en su contemplación, teniendo á la vista los de D. Pedro y D.^a Casilda Casado, sus venerables padres, y los de D.^a Filomena, doña Casilda, D. Carlos y D. Angel, sus hermanos, que él mismo pintara cuando empezó su envidiable carrera.

Y doquiera que por el estudio se tendía la vista, multiplicábanse los recuerdos relacionados con la vida del pintor; sus propios recuerdos y los de sus compañeros de arte. Era este centro de su existencia, no un arsenal preparado para las futuras campañas, sino un templo consagrado á las victorias pasadas y bastante á las necesidades de la lucha presente. Y era, en todos sus detalles, un reflejo de aquel espíritu altivo, severo, pulcro, radicalmente cuidadoso de la forma, brillante, fino y compuesto, con que apareció siempre en el mundo D. José Casado del Alisal.

En este centro de trabajo, que aún se conserva, se nota,

contemplándolo despacio, que apesar de la diversidad de elementos que le constituyen, hay especial arte y cuidado en la distribución. Componen el muro del testero, frente á la puerta, un tapiz gótico de hojas y pájaros, orillado por dos columnas imitadas de terciopelo del siglo XVII, figurando los frisos varias telas de la misma materia con caprichosos sobrepuestos. Álzase en su centro un armario italiano del Renacimiento, labrado en madera oscura, en cuyos diversos estantes se encuentran multitud de objetos, de los que utilizó sin duda en su cuadro *El regalo de la moña*, como son: un traje de torero, color blanco con pasamanería celeste; varios trozos de seda bordada en colores é hilillo de oro; botas y guantes de ante; toquillas, monteras de lidia; preciosas chaquetas de fondo rosa, moradas con oro; chalecos de rico gusto; elegantes taleguillas; chaquetas y chalecos de picador; capas bordadas; pañuelos rameados, y trozos de ricos paños de vivos colores y caprichosos adornos.

En uno de los estantes se ve, en una hoja de un álbum, un dibujo al lápiz, copia de la cabeza de su íntimo amigo don Ángel Avilés, que bosquejó en el mismo día de su muerte, para reformar el busto de Shakspeare, en el cuadro que estaba pintando. A los lados del armario se hallan los retratos de sus hermanas Filomena y Casilda, que constantemente conservó en su estudio, desde los primeros años de sus artísticas campañas.

En el muro de la derecha, donde se abre la gran ventana, cubren toda su extensión telas venecianas del siglo XVII; otras de seda estilo Luis XV y una gran piel americana; imitan y encuadran estos fondos, franjas de tonos amarillo y rosa; preciosas telas grises y azules, rayadas y floreadas, tiras de terciopelo, listas de fondo azul con bordados de seda y oro, y algunos tapices pequeños. En el ángulo que esta pared forma con la anterior, hay un gran espejo; entre las preciosidades, una admirable Verónica, del Greco, con marco antiguo; y, entre los muebles, una papelera italiana del Renacimiento, con pie español de la misma época.

Llena la pared en que se abre la puerta, un tapiz grande en seda, entre primorosas tiras floreadas, delante del cual hay

un gran bargueño borrominesco de oro y colores, con fustes salmónicos y mesa sostén del mismo gusto. En la pared de la izquierda extiéndese un tapiz, que representa á Baco, coronando á una ninfa, encuadrado por dos columnas de labrado terciopelo y por hermosas tiras de sedas y gasas bordadas, y se ven además, otro tapiz indio con fondo de guata; una tela japonesa con bordados; varios trozos de sedas de diferentes matices con ricos sobrepuestos, estilo Luis XIV, y haciendo de zócalos, diversos ejemplares de cuero de Córdoba.

Esmaltan y decoran más aún este rico fondo del estudio, varios platos árabes antiguos y algunos curiosos escudos de armas. Hay entre éstos dos, de idéntico tamaño y disposición, que ostentan los timbres de Mendoza y Garcilaso, reunidos en la forma de sotuer en que los usara la casa de Santillana, y los lises, castillos y leones de La Cerda y Medinaceli. Pertenecieron á las casas de D. Diego Hurtado de Mendoza y de D.^a Ana de la Cerda, que se fundieron en la casa de Galves, que hoy posee el Duque de Alba. En una tela blanca de seda vese otro escudo, sostenido por un grifo, con el lema *Veritas vincit*, que debió ser de la casa de Vera, ó de los Riberas y Córdovas. En el hueco de las paredes de la alta lucera hay también varios escudos religiosos, bordados en damasco y terciopelo.

En sencillas panoplias, ó sueltas, se distinguen algunas armas, y entre ellas, una espiñarga con culata de marfil, una cota de malla, un bacinete repujado, dos verduguetes, diversas espadas antiguas y modernas, machetes, carabinas, escopetas y un mandoble imitado.

Al parecer sin orden alguno, hay en la línea de las paredes y en el centro, divanes, un baúl del Renacimiento español con frentes de talla y cubierta de terciopelo; papeleras, catrecillos, sillas de cuero estampado con clavetería dorada, antiguas unas y modernas otras; un velador del mismo gusto sobre el que á última hora dejó el pintor un tomo de los dramas de Shakspeare, varias publicaciones ilustradas, fotografías, su portalápiz, una bandejita con varios cigarros y el *Roman-cero alavés*; sillas de Viena; sillas portuguesas claveteadas, y

sobre un escabeau veneciano, y sobre el diván y butacas, almohadones de terciopelo y seda con cifras y álbums, y paletas y cajas de colores de mano, de campaña y de estudio.

Hay en otra mesita de cuero numerosos libros, medallas de bronce y yeso; unos quevedos de présbita, un montón de tarjetas en un plato de barro dorado, y cuatro preciosos abanicos. Sobre el escritorio italiano quedaron: un cofrecillo con incrustaciones, una edición del *Quijote* un relicario en plata, bronces romanos, una labor de talla morisca en madera y varios paños artísticos, bordados en sedas. En la pared donde el escritorio se apoya, y á poca distancia de éste, se ve un recuerdo curioso: una medalla en yeso con el busto de Castelar, que Casado esculpió, para que sirviera de modelo al que había de figurar en el plato artístico, que el cuerpo de Artillería regaló al gran orador, Presidente de la República en aquellos días. Tenía Casado en especial estima esta curiosa obrita suya, hecha en obsequio á un amigo á quien tanto quería y admiraba, y de quien recibiera el nombramiento de director de la Academia de Roma.

Dentro de este escritorio hay, entre otras curiosidades, un bijou romano en oro, una medalla romana en hueso, fotografías, tablitas pintadas, pinceles, una pistola de aguja y un legajo de papeles, en que están las cuentas de la edición de las obras del inspirado y admirable Gustavo Bécquer, que se hizo bajo su dirección y amparo, y en cuya tarea demostró el acendrado cariño que su gran corazón guardó para aquel tiernísimo poeta y para su hermano el insigne dibujante Valeriano.

Entre los muebles, sobre ellos y en delicioso desorden, telas de los siglos XVI y XVII, rasos bordados con lentejuelas y piedras, damascos y terciopelos, babuchas árabes y japonesas, zapatos antiguos con labores, preciosas telas rameadas de plata, artísticos delanteros de altar y tapetes con bellos fondos y lujosos flecos. En la arquita del Renacimiento trajes de sus personajes históricos, artísticos pañuelos rameados de vivos matices, damascos, sedas y telas curiosas, el birrete y la túnica del Rey Monje, el tabardo del Gran Capitán, faldas, chales, chupas, guarda-malletas, casacones, y

una interminable serie de *trapos* característicos de muy distintas épocas, que ha distribuído en sus composiciones, reproduciéndolos con la magia de su maravillosa intuición de colorista.

Sobre el bargueño, en deliciosa confusión, yacen la obra de Tubino *Pablo de Céspedes*, la historia de la Creación de Bourmeister, dos bustos romanos, dos tibores chinos, una cenicera japonesa, varios caracoles nacarados de la India y algunas cajas sencillas ó incrustadas con flores. En el interior del curioso mueble hay un verdadero archivo de delicadezas, tejidos finos, bordados esquisitos, joyas imitadas, primorosos zapatitos de labores, toquillas y mantillas de seda, volantes, flores, pipas y zapatillas árabes, una peineta de carey repujada, un abanico de plumas americanas y periódicos de diversas épocas y localidades, que contienen juicios críticos ó descripciones de sus cuadros.

Otros objetos se conservan allí también que recuerdan, no al Casado pintor, sino á su hermano D. Carlos Casado, el inteligente colonizador americano. Había éste alzado en el centro de la república argentina un pueblo entero, al que dió el nombre de su querida madre, denominándole *Villa-Casilda*, y había construído en brevísimo tiempo un ferrocarril desde este punto al Rosario. Su terminación se adelantó para que el gran pintor español asistiera á la inauguración. D. José Casado, apesar de sus dolencias, impulsado por el idolátrico cariño que á todos sus hermanos tuvo siempre, atravesó el Atlántico, se trasladó á Buenos Aires, remontó el gran río y llegó á *Villa-Casilda* cuando el pueblo entero se engalanaba de fiesta para recibirle. De aquella notable expedición conservaba vivos recuerdos, en efecto, y en el estudio se ven, entre otros, la carretilla de caoba y la pala y pico de plata con que las obras de la vía férrea se inauguraron. En un cuadro-caja de gran tamaño vense también numerosos y admirables ejemplares de mariposas del Brasil, que Casado adquirió en una excursión realizada desde Río Janeiro al interior, en su viaje de regreso á Europa.

Todo esto constituye, puede decirse, el fondo del estudio, la parte consagrada á los recuerdos y á los elementos de an-

tiguos trabajos. Ahora bien; en el centro de la estancia, sobre los caballetes de la labor constante, destácanse las últimas obras del gran maestro, la *Apoteosis de Shakspeare*, ligeramente tocada tan sólo, y los paneaux decorativos, que debían hacer juego con ella. Fué encargo esta obra de un acaudalado personaje norte-americano, que la destinaba á su biblioteca, y puso en ella Casado todo su empeño y la suma de sus últimos esfuerzos. Desgraciadamente, apenas hizo otra cosa que bosquejarla con el colorido y con el carbón.

La gloria del gran escritor dramático inglés difícilmente puede compendiarse en una alegoría, en un poema ó en un cuadro. Ha sido empresa diversas veces intentada y por muy pocos resuelta. El gran Víctor Hugo no halló medio mejor para glorificarle, que hacerle formar en el grandioso coro de los genios poetas Homero, Esquilo, Job, Isaías, Lucrecio, Juvenal, Tácito, San Juan, Dante, Rabelais y Cervantes.

En sentidos artículos y notables estudios han hecho su apoteosis Disraeli, Heine, Lamennais, Chateaubriand, Guizot, Taine y Villemain. Pero en el arte pictórico, prescindiendo de las grandes composiciones que lucen la Academia y algunos palacios y coliseos de Londres y que parecen de suyo calcadas en el mismo molde rutinario de todos los trabajos de este género, el asunto era nuevo entre nosotros.

Casado lo estudió con todo amor y detenimiento, y después de muchos tanteos trazó decididamente su obra. El gran Shakspeare aparece sentado en el centro del cuadro, como detenido en sus tareas ante las ráfagas de la inspiración. No es su aspecto el del poeta alegre y revoltoso de los primeros tiempos, el del ameno autor de *Romeo y Julieta*, del *Mercader de Venecia* y de *Ricardo III*; es el genio ya transformado; el sombrío y melancólico soñador, que apenado y sarcástico, siempre profundo y siempre grande, creó aquellos colosales poemas escénicos, en que bullen tormentosas las pasiones y en que aparecen de relieve, con todo su colorido, los celos, la ira, la locura, la venganza y el crimen. No es el Shakspeare de Casado el que, pobre de recursos, pero riquísimo de imaginación, escribiera el dulce *Midsummer night's dream*; es el poderoso autor, que en la cúspide de su renom-

bre hizo del cuento viejo de Saxo Gramaticus un *Hamlet* prodigioso, y de las tradiciones vulgares de Holinshed, un *Macbet* inolvidable.

Allí está en el cuadro, rodeado de sus principales héroes y coronado por la inspiración y por la fama. A sus pies y delante de él bailan en corro fantástico las horrendas brujas de *Macbet* rodeando la pira, de entre cuyas llamaradas brota el genio del mal. *Otelò y Desdémona* avanzan por un lado; el *Rey Ricardo* aparece bien determinado entre el grupo; *Hamlet* contempla el cráneo que el sepulturero desenterrara; *Romeo y Julieta* se destacan entre un horizonte de luz; la desventurada *ady Macbet* aparece sufriendo horrible desesperación, y en último término se dibujan, entre otros personajes, las figuras del *Mercader de Venecia* y de *Ofelia*.

No está todo ello más que indicado con el color, sin que la hábil mano del maestro llegara á fijarse con cariño en la determinación del verdadero carácter y entonación que iba á tener el cuadro, en su factura total. De lo que hoy aparece hecho á lo que hubiera sido esta creación, una vez terminada, hay la gran distancia que existe siempre entre uno y otro de los pasos con que el genio avanza. La gloria de Shakspeare oscurecida durante tanto tiempo en su mismo país, hasta que Garrik la hizo radiar de esplendores en la escena, hasta que Ducis la dió á conocer en Francia y hasta que Julián Romea, Matilde Díez y García Luna crearon aquí los personajes del *Macbet*, traducido por Villalta, la gloria del gran dramático inglés, multiplicada y difundida por las ediciones de sus obras y por los estudios críticos de su teatro, hubiera radiado entre el pueblo norte-americano con una brillante ráfaga más, al recibirse allí concluído este hermoso trabajo de Casado. Refrescaba el pintor la memoria de los personajes y situaciones descritos por Shakspeare repasando algunas de sus obras, y últimamente leía la magistral traducción de ellas hecha por el insigne gran trabajador, por el sabio y modesto D. Marcellino Menéndez Pelayo.

Mientras estudiaba la prosecución del cuadro principal empezó la tarea de pintar el panneau de *La poesía*, dejando á un lado, casi bosquejada al carbón, la figura de *La Prosa*. Es

aquella una de esas figuras arrogantes, características, de lleno y expresivo rostro, amante mirada y grandes formas, con que el artista representó siempre la belleza. Tiene fijo el suave destello de sus ojos en el espectador y pulsa la lira de la inspiración entre sus manos. Hermoso manto rojo cubre parte de su falda, y en el elegante trazado de sus pliegues, suspendió la tarea el insigne maestro, en una triste tarde de principios de este otoño, para no volver á tocar, ni á ver más, ni aquella figura, ni su estudio querido. La muerte le sorprendió pocas horas después, y así, el que fué toda su vida poeta verdadero en sus obras pictóricas, el que como poeta, productor, voló en alas de su fantasía y de su inspiración buscando el lado bello de la naturaleza y de la historia, cayó rendido por la dolencia, ante la poesía, ante el ídolo de su cultivado y elegante espíritu.

Sobre un almohadón rojo quedaron el tiento, su paleta y sus pinceles, y allí están, esperando en vano á que el maestro vuelva á cogerlos, y se alce arrogante ante el lienzo, y departa en cariñosas pláticas, mientras pinta, con aquellos excelentes amigos, que en los últimos días le visitaban, con su querido discípulo el laureado y habilísimo pintor Mejía, con el inspirado escritor y artista Ángel Avilés y con el simpático y bizarro General Sr. Blanco, entusiasta también de la pintura y de los grandes maestros.

Sobre otro caballete admírase otra de sus obras más primorosas y celebradas, *el regalo de la moña*, que pertenece á su hermano D. Carlos. La fotografía ha hecho ya popular este delicadísimo lienzo de Casado, después que la crítica inteligente aquilató su extraordinario valor; y es lo cierto, que hoy y siempre, mientras la curiosidad lo contempla, se escapa espontáneamente de los labios de los amantes de la pintura la confesión de que su autor, al llegar á hacer cuadros como éste, bien merecía que se le aclamara como una de nuestras más grandes y legítimas glorias en el arte.

Allí se admira, sin concluir, el precioso *retrato de una niña* (del Sr. Portilla, de Sevilla), tomado de una fotografía y magistralmente interpretado en la figura y en sus prodigiosos detalles.

Sobre una silla, al lado de su paleta, hay una primorosa tablita, que es una *alegoría de España*, y que Casado bosquejó para la portada del álbum ofrecido al Príncipe Imperial de Alemania.

En las paredes, en los estantes, sobre los muebles, ó apoyados en éstos, desde el suelo, se ven:

Un boceto, *Las glorias de España*, proyecto para la cúpula de San Francisco el Grande.

Estudios del *Salón del Trono*, al óleo y lápiz.

Un *Interior de San Pablo de Palencia*, con sus viejas y curiosas capillas, con un fantástico grupo de figuras en el aire, que hubieran completado el atrevido pensamiento de un asunto místico-soñador.

Un patio de Palencia.

El boceto de la *Batalla de Tentudía*, para San Francisco el Grande, que hace admirable juego con el de *Clavijo*.

Una *Copia de Delacroix*, de los primeros tiempos del artista.

Estudio de nubes.—*Estudios de paisajes y cabezas de caballo.*

La góndola que usó Casado en Venecia, durante sus estudios en aquella población.

Estudio del Coloseo.—*Alrededores de Roma.*—*Capilla ardiente de Pío IX.*—*Una vista de Venecia.*—*El parque de Monceaux.*

Estudios de soldados del siglo XVII, de toreros y de paisajes, sin concluir.

Interior de la Catedral de Palencia.

Retratos de sus hermanos Carlos y Ramona y de sus sobrinas Genarina, Casilda y Ramoncita.

Cabeza de Santiago (probatura al óleo).

Estudio de la cabeza del Rey Monje.

Cabeza de negro.

No sólo á sus recuerdos, sino á los de sus compañeros y amigos en el arte, había otorgado un lugar en su estudio nuestro artista. Pueden, en efecto, contemplarse en él algunas curiosas y muy notables composiciones, entre las cuales están:

El boceto de Doña Juana la Loca, de Pradilla.

Retrato de Casado, por Gisbert, 1858.

Mercurio y Argos, copia de Velázquez, de Megía.

Una ciociara, de Ricardo Madrazo.

Un paisaje, de Galofre.

Un estudio, de Rosales.

Una calle de Italia y una Buñolería, de Ricardo Madrazo.

Y *Un paisaje*, de Enrique Esteban.

En el sótano-taller, al lado del estudio, existe un rico arsenal de recuerdos, y entre ellos, además de los retratos de los padres y de un hermano del pintor, los siguientes:

Vista de San Francisco de Palencia.—El pueblo de Madrid en la revolución del 68 (boceto).—Retratos antiguos de D. Carlos y D. José Casado.—Busto de D.^a Isabel II.—Joven tocando la guitarra.—Estudios del trono.—Colón, explicando sus proyectos á los Reyes Católicos (boceto).—Primera idea de la Campana de Huesca.—Coro de una catedral.—Copia de Las Meninas.—La independencia española (boceto).—El Gran Capitán (boceto).—Retrato de Echevarría.—Primera idea de la rendición de Bailén.—Estudios de varias cabezas y retratos desconocidos.—Estudio de un coche.—Boceto de los Carvajales.—Estudio del Vesubio.—Boceto de una academia; envío de pensionado.—Mancha primera de la batalla de Bailén.—Estudio de cabeza, para Bernardo del Carpio.—Estudios de Obispos, para las Cortes de Cádiz.—Y el Cartón de la batalla de Clavijo.

Abundan además curiosos ejemplares de otros estudios suyos, que son magníficos modelos de valentía de factura y de acertado colorido. También en este departamento hay amistosas reliquias de sus compañeros de profesión, como: Un boceto de una mujer, de Rosales; una calle, de Pellicer; un boceto, de Bussi; un puerto, de Whismes, y un Dux y otros caprichos de autores desconocidos.

Ocho ó diez álbums de apuntes contienen interesantes dibujos y fotografías, que forman como un índice de notas tomadas en España, en Italia y en Francia, y que demuestran la extraordinaria facilidad que Casado tenía en el manejo del lápiz, y el exquisito gusto con que sabía buscar el lado artístico de los más sencillos modelos de la naturaleza, de la figura humana y de los restos arquitectónicos.

En la numerosa y curiosísima colección de sus carpetas,

hay contenido un verdadero museo de dibujos, la obra entera de una existencia dedicada al culto del divino arte del diseño. En ellas están: el origen y planteamiento de muchas de sus creaciones; la historia gráfica de algunas de ellas; la tarea analítica de los modelos, y el abrumador trabajo de la preparación y del desarrollo de sus cuadros. Al examinarlas, se encuentran:

En una, venticinco dibujos al lápiz del cuadro del Gran Capitán; otros muchos del de la Batalla de Bailén; magistrales academias al lápiz y al carbón, y notables fotografías, grabados y aguas fuertes.

En otras, varios estudios al lápiz para la Campana de Huesca; un retrato de Genara Casado; dos acuarelas de Villegas; otra de Aznar y más fotografías y grabados.

En otra, varias acuarelas para el cuadro de la Jura de don Amadeo; y una riquísima colección de dibujos originales de *Bécquer*, como son: Las segadoras.—Paisajes de Soria.—Las lavanderas.—Alegoría cómica de la muerte.—Vista de Algorita.—Aldeano de Soria.—Un pastor.—Un pozo.—Campesinos.—La vuelta del ganado.—Una calle de Ocaña.—Rocas de Ocaña.—Paisaje.—Interior de un patio.—Muchachas del campo.—Y otros numerosos croquis más de aquel asombroso y típico dibujante. También esta carpeta guarda algunos dibujos y acuarelas de Casado relativos á Palencia, por ejemplo: La procesión de Viernes Santo.—Una rogativa y una calle.

En otra, se ven numerosas acuarelas suyas, como: Un soldado de Flandes; un trovador florentino; un Cardenal; estudios de un tapiz turco; de un árabe en oración; una dama del Imperio; una mancha bosquejo de la Jura del Rey Amadeo; la sala capitular de la catedral de Palencia; detalles de la Campana de Huesca; apuntes para el cuadro de Los toreros, y varios estudios del desnudo. También en esta carpeta se conservan hermosos originales de *Bécquer*, y entre ellos: Un sepulcro gótico, Tipos de sorianos y El sastre de aldea. Entre las acuarelas hay: Una portada de Toledo, de Pradilla.

Otra, guarda diez y seis magníficos estudios del cuadro, la Batalla de Clavijo.

En otra, entre multitud de fotografías y grabados, se halla

un dibujo á la pluma de Fortuny, regalo de la testamentaria, por la señora viuda del gran artista.

Y en otra, además de varias acuarelas del desnudo y de paisajes y croquis al carbón, existen, con un estudio á la tinta, *El Rey David*, de Ferrán, y una colección de los últimos trabajos á dos lápices, que el malogrado pintor diseñó para su obra postrera, para la Apoteosis de Shakspeare.

Estas carpetas guardan, entre otros curiosísimos recuerdos, que Casado estimaba sobremanera, muchas fotografías de obras de sus compañeros; y entre las que consagran sus amistades de Italia, se leen las firmas de artistas tan eminentes como Müller, Monteverde, Costa, Morelli, D'Epina, Vertunni y Sgambatti.

No es dado á los que revisan hoy tales reliquias, conservadas por el ilustre pintor, apreciar el interés especial que tenían á sus ojos, como íntimos testimonios de sus gloriosas campañas artísticas; y sería preciso para conocerlo profundizar acertadamente, en la investigación de su procedencia y en la historia de su ejecución, por muchos de sus más cercanos amigos, para descifrar la relación que toda esta serie de objetos, apuntes y amistosas memorias guardan con los pormenores y fases de su vida. Fotografías hay, por ejemplo, que son un capítulo elocuente de ella, como la que representa el grupo de pintores, que vivían en Roma, en el período animado y alegre de la generación joven de 1857, en que figuran con Casado, Palmaroli, Gisbert, Rosales, Vallés, Valldeperas, Luis Álvarez, Collados, Castillo, Aznar, Molíns, Arbós, Boneo, Rebull, González Jiménez, Elorriaga, Acosta y Bellver. Pero estos y otros recuerdos no bastan, en el intrincado catálogo de sus estudios, obras y objetos, para reconstituir por completo la historia detallada de Casado, que formaría de seguro un libro interesante, si, á no haberle sorprendido súbitamente la muerte, hubiera podido explicar él mismo la significación de aquéllos.

Aun con este defecto y todo, ha de ser por demás interesante el libro, que algún artista inteligente pueda escribir algún día, con el título de *Casado y sus obras*.

Bien lo merece por cierto el gran maestro, que en la his-

toria de la pintura española de nuestro siglo, deja lienzos tan celebrados como: *La muerte del Conde de Saldaña, Fernando IV, Los dos caudillos, La batalla de Bailén, La Catedral de Palencia*, los retratos de *Isabel II* y de *Alfonso XII*, *La jura del Rey Amadeo, Las Cortes de Cádiz, Las dos olas, Espartero, Goya pintando una maja, La Cigarra, La Favorita, Ofelia, Un napolitano, Giorgionni retratando al Gran Capitán, La visita, El budoir, Un aniversario, La visita, La siesta, La maja, Flora, Laura, Tentación, El regalo de la moña, La leyenda del Rey Monje* y la *Apoteosis de Shakspeare*.

Abundante motivo de estudio, de crítica y de lucimiento encontrará el que intente tan interesante trabajo. Si alguno lo realiza un día, no olvide que debe acompañar á la obra la reproducción de un magnífico retrato de Casado, obra del gran Bonat, que conserva en Palencia, entre otros diversos recuerdos cariñosos de nuestro artista, su hermano don Eduardo Gallán.

Hoy por hoy, tal es lo que queda en pie, puede decirse, de su taller tan querido para él, de su hermoso y confortable estudio, aquí en conjunto, bien á la ligera bosquejado.

Al penetrar en la desierta estancia en que trabajara, un gran dolor apena al curioso, si es amante de las artes. Allí está íntegro, completo el campo de batalla, el teatro de sus victorias; allí están las armas de la pelea, los trofeos, la historia entera de su vida; allí parece que revolotea la esperanza de nuevos triunfos, porque parece también que el arte le aguarda impaciente. ¡Pero, le aguarda en vano! El gran pintor, coronado de laureles, admirado y solicitado á porfía, querido por los suyos, respetado por todos, se fué, llevándose consigo la inspiración y la fuerza creadora de tantas bellezas.

Artista correctísimo desde niño; guardador de un gran respeto para cuanto al arte se refería; dibujante magistral; colorista brillante, incomparable; gran pintor de historia; copista sin rival de la belleza; cumplido y severo hombre de mundo; gran protector de los artistas, amigos suyos; carácter de hierro; trabajador invencible; idólatra de la familia; personalidad típica, saliente y distinguida de nuestra sociedad, ha cumplido como bueno en su carrera, y sin dejar una mancha en ella,

envuelto en los resplandores de su genio, ha doblegado con entereza su espíritu, cuando Dios le llamó para sí, sorprendiéndole en medio de sus tareas.

Honró á su patria con su genio y su laboriosidad; justo es, pues, que se le honre y se le enaltezca, como la opinión, los artistas, la prensa, su provincia y el país entero le han honrado en los días de su fallecimiento, y como lo harán siempre, en tanto que se recuerde su popular renombre ó se contemplan sus magistrales obras.

RICARDO BECERRO DE BENGOA.





MIS MEMORIAS ⁽¹⁾

1846-1850

SECCIÓN SEGUNDA

Literatura sin pretensiones.—Genio y escribideras.—El literato de seso.—Ticknor y Schlegel.—Las ediciones de Tauchnitz.—Mi Tácito, el mío.—De Quintiliano, *uncias tres*.—Roma, *côté du cœur*.—Problema de la prosa castellana.—Puristas en brecha.—De cómo se puede perder una rica lengua.—Nuestros clásicos: los historiadores; los místicos; los picarescos.—Gloria á Quevedo.—De maestro el gran Quintana.—Libros olvidados y libros inolvidables.—¡Byron!—Fruta prohibida.—A la defensiva.

I

DARA obtener una educación literaria, seguí el mismo sistema que en Historia. Dije qué clase de horizontes me había abierto el *Curso de Literatura* del Dr. Monlau: era llegada la ocasión de ensancharlos con la lectura de los clásicos, preceptistas, críticos y otros escritores de nota.

Nada de pretensiones á literato. ¿Literato yo? ¡Jesús mil veces! Un francés puede decir impunemente *je suis un homme*

(1) Véase la pág. 243 de este tomo.

de lettres: un español que se llame á sí propio literato, cae para mí en el más espantoso ridículo. Pudores ó eufemismos de idioma, que es preciso respetar á todo trance.

Mas aquí no es cuestión de pudor, sino de propiedad de lenguaje. Yo no puedo llamarme literato, porque no tengo la honra de pertenecer á tan esclarecido gremio. No soy poeta, no he escrito dramas, comedias ni novelas: tampoco he sido periodista de pelea, ni revistero de teatros, ni cronista del mundo grande ó pequeño, ni prologuista, ni siquiera censor dulce ó amargo de lo que otros escribieron. Decidme si fuera de estas categorías podéis, en España, calificar á nadie de literato. Fuera de estas categorías. ¿Hay otras? Sí debe de haberlas, tomando por base, no la calidad del escrito, sino la de los escritores. Veamos, ajustándonos á esta medida, cuántas maneras de ellos hay, y en qué concuerdan.

En primer lugar, los literatos *de escribideras* que, apenas les apunta el bozo, se sueltan como cohetes y empiezan á emprenderla, á plumazo limpio, con todo lo imaginable: versos largos y cortos, lo meloso, lo horripilante, teatro, folletín, y el tan socorrido recurso de lo pintoresco. ¿Estudios previos? ¿una carrera? ¿base científica ó literaria? ¿conocimiento del mundo real, de la sociedad, de la Historia? Mucho pedir es, cuando les sobra con dos condiciones: la facundia y la osadía. ¡Ah! y el público. El público gusta mucho de sus platitos, porque son de una digestión facilísima, con salsa y aderezo dulces ó picantes, según los casos; y decir público que lee, es decir editor que paga, tirando más ó menos de la cuerda, según la trastienda del personaje. De estos hay en España abundantísima cosecha. Ó con zapatos rotos, ó de uniforme. Aire de milores, ó estómagos aventureros. Si sois amigos de coleccionar, daos una vuelta por esos trigos de la política.

Sólo tienen bueno estos hombres el contraste con otro linaje de literatos, los *de ingenio*. Más á la francesa, los *genios*, la *mens diviniior atque os magna sonaturum*, como decía Horacio, que era de la familia. Estos tales escasean bastante, como todo lo bueno, como todo lo superior, como todo lo que esté fuera de límite. Son hombres de inspiración que do-

minan alturas. Supremos delegados de arriba, adiestrados en el arte de la maravilla. Creadores ó reveladores que no imitan, ni son continuación de serie; marcan, con el profundo sello de su personalidad, una nación, un período, un género literario. Por ejemplo, en el teatro, Lope, Calderón ayer; hoy... Echegaray, ¿por qué no? Unas veces son toscos y desnudos de conocimientos, como Shakespeare; otras, versadísimos en muchas ramas del saber, como Víctor Hugo; acaso un brote instantáneo, Byron, Schiller, Juan Pablo; acaso un lánguido arrastre, Lamartine; unas veces forman escuela, otras no llegan á formarla, tan superiores son y tan privilegiados. ¡Dichoso el país que los posea, porque sobre él refluye gran parte de su gloria, y de su honra vivirá la patria en una larga serie de generaciones!

Aquí entran los de un tercer linaje, los literatos *de estudio*, término medio entre la aristocracia de los ingenios y la calderilla de los *escribidores*. Entiendo que esos de estudio son el nervio de la clase por su seriedad, laboriosidad, provecho que dan y por sus variedades infinitas. Los hay, á estilo benedictino y alemán, que, sepultados en los archivos y bibliotecas, preparan los andamiajes para grandes trabajos históricos; otros cultivan con esmero el idioma patrio, ó son filólogos, ú orientalistas ó profundos conocedores de las literaturas clásicas; unos eruditos, filósofos otros, y otros estilistas; quizás buenos poetas, buenos articulistas, elegantes oradores, chispeantes é ingeniosos en el cuadro de costumbres, discretísimos en la tarea de confeccionar un libro, un trabajo de Revista, una novela delicada. Tipo, Juan Valera.

Impresiones mías en aquella época, sobre estos tres matices de la familia literaria: los de escribideras me divertían ó aburrían; á los ingenios los admiraba; envidiaba á los de estudio. Sí: mucho los envidiaba en mi primera juventud. De buena gana hubiera sentado plaza de poeta, novelista ó autor dramático. Entendámonos: con base, con extensa base. Pero nunca me ha dado el naípe por los versos, y aquí en confianza, con mucha reserva, de manera que nadie nos oiga, diré que los detesto. Los versos, no la poesía, que son cosas muy distintas. ¿Concebís eso de recortar el pensamien-

to, y más que el pensamiento, la imaginación, en trozos perfectamente iguales ó proporcionalmente desiguales, con sus cadencias arregladas en consonante ó asonante y sus agrupaciones en estrofa, soneto ó redondilla? ¡Vive Dios que el tal artificio de tijera es realmente inconcebible! Mas ¡ah! que el mundo de lo inconcebible es muy extenso: y diré, estropeando una frase de no sé quién: en lo inconcebible vivimos, en lo inconcebible nos movemos y por lo inconcebible *somos*. A ver, si no: yo mismo, con ser tan opuesto y refractario á los versos, me sorprendo á veces en punible intimidad con el Romancero, ó entusiasmado de veras con una tirada de robustos endecasílabos. Trozos escriben Pepe Echegaray y Gaspar Arce, que me enloquecen. Claro que me enloquecen: si estuviera en sano juicio, yo, enemigo de los versos, no los aplaudiría. Mas ¿dónde está el sano juicio? Los poetas dirán que, no en mí, sino en el mundo entero que de tan antiguo acepta los versos y teje coronas á sus autores. El verso *es*, luego *debe ser*: consolémonos con esta regla del positivismo.

Escribir un drama ó una novela de efecto: ¡qué ambición tan natural á los veinte años! Túvela yo; pero me dije: alto. Nada más fácil que concebir un asunto cómico ó dramático para libro ó para las tablas: el *quid* está en desarrollarlo. Mis ideas sobre este particular eran de un rigorismo de cuáquero. Así en la novela como en el teatro exigía ante todo el interés: dármelo en la forma que quisierais, pero dármelo. ¿Qué es el interés? Una resultante. *Resulta* de lo pequeño y de lo grande, de lo sencillo y de lo complejo: de una descripción realista de la vida, de un diálogo animado, de un toque de costumbres, de un retrato feliz, de una punzada que os penetre el alma. *Puede resultar* de una situación vulgar ó de una extraordinaria que raye en lo maravilloso: de una trama bien urdida, de un enredo tan discretamente sostenido, que os tengan en constante espectación, con la sonrisa en los labios ó la amargura en el alma. Y *siempre resultará* del desenlace, si es de los imprevistos, si es de los que os sobrecogen, de los que os *zarandean*, de los que os dejan huella al tirar el libro ó al dejar la escena. Todo género es bueno, ya lo sabéis, menos el fastidioso. También *resulta* el fastidioso; ¡oh! y ¡cuántas ve-

ces resulta! Por eso nunca quise meterme en tales resbaladeros. Pues qué, ¿no se concibe el estudio sólo por el estudio? Para conocer las joyas literarias, ¿es menester hacer oficio de joyero? ¿de literato para saber literatura? ¿No basta la satisfacción de haber cultivado el espíritu, recreándose en la belleza, midiendo alturas con la vista, acaso con el deseo, pero sin la torpe pretensión de alcanzarlas?

II

Cuatro libros me sirvieron de introducción al estudio de los clásicos: uno bastante primitivo, la *Storia generale d'ogni Letteratura*, del abate Andrés; otros tres excelentes: la *Historia de la Literatura*, de Schlegel; la *Historia de la Literatura española*, de Ticknor, y el *Curso de Literatura francesa*, de M. de Villemain.

Tuve la mala ocurrencia de abandonar el cultivo del griego, quedándome en las lecciones de Bergnes. Después lo sentí, como he sentido no aprender el alemán. De éste no tomé más que los rudimentos: unos doce duros de alemán, como dice un amigo mío muy querido. Limitéme, pues, á los clásicos latinos y españoles, á los franceses, ingleses é italianos. Los alemanes en traducciones francesas. Compré los clásicos latinos de la colección de Tauchnitz, edición de Leipzick: tomos chiquitos, letra redonda y clarísima. Ni un comentario, ni una aclaración, ni una importunidad de escoliasta. Por esto preferí la edición de Tauchnitz á la de Nisard, que va acompañada de la versión francesa. Necesitaba hacerme yo mismo la traducción al vuelo, en curso de lectura, á mis anchas. Así me fuí enterando de Suetonio, Salustio, Julio César, Tito Livio, Tácito, Quinto Curcio y Quintiliano. De poetas, Persio, Juvenal, Tibulo, Catulo y Propercio. Ahí están, en un rincón de mis estantes, en compañía de antiguos conocidos, caballeros Cicerón, Horacio, Virgilio y Ovidio; los textos de Retórica, juntos en una pieza. Ahí están los otros con sus cubier-

tas holandesas, lomito rojo con cuatro nudillos, sus cantos de colorines y guías de cinta estrecha. Puestos en línea de batalla, parece que me miran apenados del olvido en que los tengo. Por puro respeto á su ancianidad, les quito el polvo de vez en cuando. Ilusiones con aquellos libros; ya pasaron. Déles Dios descanso y buena ventura.

Tenía mis antipatías. Verbigracia: antipáticos Suetonio, Livio y Persio. ¿Por qué? ¡Vaya V. á saberlo! Mis amores eran los *Anales* de Tácito, los *Comentarios* de César, la *Institución oratoria* de Quintiliano, las *Sátiras* de Juvenal y las *Elegías* de Tibulo. Ya no me preocupaba la idea de ser más ó menos latinista: el latín me tenía sin cuidado. Lo esencial era admirar valentías de pluma, y desentrañar entre páginas el sentido de la civilización romana.

Menos agradable me era César que Tácito; más el historiador político que el historiador guerrero; preferencias que debían obedecer á secretos instintos; siendo natural que para mí tuviesen más atractivo la finura y la desnudez con que Tácito descubre los resortes del corazón humano, que las habilidades estratégicas del gran dictador y sus maravillosas descripciones de batallas y campamentos. Mi afición á Tácito vino á rayar casi en manía. Un año entero anduvieron los *Anales* por mis bolsillos; Tácito al despertar, Tácito al conciliar el sueño; Tácito en el *Jardín del General* las mañanas de primavera; mi Tácito abierto por las tardes en la *Riba*, viendo estrellarse las olas á mis pies, como veía, entre líneas, estrellarse las libertades romanas contra el despotismo de los Césares. De esta suerte llegué á formarme una verdadera opinión sobre Tácito; un Tácito *mío*, apreciado á mi manera. Sobrio ingenio, alma severa, pluma vigorosa, espíritu centelleante ó espíritu acerado, descompuesto en ideas personalísimas que cruzan la narración como un relámpago ó cortan como una cuchilla. Esto decían los críticos; mas yo añadía en Tácito una calidad que han poseído pocos ingenios: el don del presentimiento. ¡Singular intuición de los hombres superiores! Veía á Plinio con el Cristianismo y veía á Tácito con el Imperio. La carta de Plinio es la de un talento miope, que no acierta á descubrir el alcance de las primeras propa-

gandas cristianas. Ved qué ciegos. Él y los de su estilo no distinguen las nuevas fórmulas morales, ni el camino que llevan hasta acabar con la sociedad antigua; á dejar reducido el paganismo á sus templos, como pudo decir Tertuliano. Mas lo de Tácito fué de notar, porque vió muy claro en la cuestión del Imperio. No es de los que se hacen ilusiones con los grandes tamaños, de los que juzgan de la solidez y duración de las instituciones por lo que tengan de voluminosas. No cree en los cetros inmortales; y, con sólo pintarnos la decadencia moral de *sus* romanos, predice la caída del Imperio, hasta señalando con el dedo aquellos pueblos que han de ser instrumento material de su ruina.

Mucho hay que bajar desde Tácito á Quintiliano; pero á cada escritor le asignaba yo su casilla. Juzgado con las ideas modernas, Quintiliano me parecía un fósil; juzgado con las de su tiempo, parecíame un revolucionario: Un revolucionario contra los desmanes de la retórica, contra el gusto ciceroniano que el gran preceptista vapulea de firme en más de una página. Aquel *esse videatur* es la mejor caricatura de las redondeces de Marco Tulio.

Tiempo y ocasión tendremos de volver al capítulo de la oratoria: como la entiendo yo, como otros la entienden; quién es el abundante de lengua, quién el disertado, quién orador verdadero. Entretanto, no despreciemos á Quintiliano, que tan buenos preceptos nos dió, de que hoy sacamos gran provecho. Cuidado con las exageraciones. La oratoria es ante todo vaso de elección: vuelos, espontaneidad, inspiración, personalismo; es una forma del Arte, y está dicho todo. Quintilianizar un discurso de maestro es tan ridículo como medir las grutas de Ellora con el compás de Vignola. Diga V. á Castelar ó á Moret que tengan la bondad de ajustarse á las reglas de Quintiliano. Pero si Quintiliano no es falsilla, es linterna que alumbra fuerte; y el que tiene el hábito de hablar en público ha de confesar amenudo que aquel hombre acertó en muchas de las cosas que dijo; sobre todo, en la manera de preparar al auditorio y en el manejo de lo patético; donde es excelente guía. Cuidadito, repito, con las exageraciones. Ni tanto ni tan calvo. ¡Vaya si sirven de algo los pre-

ceptistas antiguos! Por tener á mengua consultarlos, suelen dar soberbias calabazadas muchos realistas de cogote tieso. Con tanto y tanto renegar de lo clásico podemos llegar á ridículos extremos en todas las manifestaciones del Arte. Y llegamos á ellos—¿pues no hemos de llegar?—porque, excepto cuando se trata de algún numen privilegiado de esos que crean género, diariamente hay que armarse de paciencia con una turba de gigantuelos que nos dan pomada ó vinagrillo por discursos, lagrimazos ó pucheritos por dramas, por toda música bombo y pandereta y chafarrinones por pintura.

Embebecido me tenían en su música Juvenal y Tibulo. El perfumado Tibulo, fino, elegante, de un aticismo incomparable y poeta más cadencioso que Ovidio, perdóneme la fama del ilustre Publio. ¡Juvenal! ¿Cómo no había de adorarle? Con él veía al desnudo gran parte de la sociedad romana; y quien dice sociedad romana dice historia de Roma según yo entiendo y dejo explicado. La fantasmagoría militar, política ó córtesana de los Livios, Suetonios y Salustios tenía para mí, en las *Sátiras* de Juvenal, un contrapeso admirable. Allí palpitaba la Roma antigua con sus flacos, sus calaveradas, sus malos olores; principalmente en aquella sátira 6.^a en que el autor describe los vicios de las damas de su tiempo: la Roma *côté du cœur*, como dice P. Véron, hablando del París moderno.

III

Cuestión más grave era la de los clásicos españoles. En los latinos podía haber eliminaciones; en los patrios todo me parecía aprovechable, no por la calidad, sino por la lengua. ¡Quién hubiera tenido entonces la colección completa de Rivadeneyra! Aunque hubiera ya salido á luz, había un obstáculo serio: 3.000 reales y encuadernación aparte. Explicaos un estudiante con 3.000 reales disponibles.

Hubo que andar arañando y pellizcando, con lo cual y con incesantes ahorrillos logré reunir una biblioteca española de-

centita: mis dos ejemplares de Cervantes, uno mondo, otro ilustrado, un Mateo Alemán, Quevedo, los dos Luises, Saavedra Fajardo, el P. Isla, y Quintana, con el Romancero, Lope, Calderón y Tirso, Herrera, Moratín, Espronceda, el Duque de Rivas y Zorrilla.

Manos á la obra. Primera dificultad: elección de prosistas. ¿Para qué? Toma: para aprender el castellano. ¿No saben ustedes que los catalanes, fuera de los ratos oficiales, no hablamos en castellano más que los días que repican gordo?

Ahí es un grano de anís lo de los prosistas. ¿Tomaría por modelo, y sin ningún reparo, nuestra prosa de los siglos XVI y XVII? La tentación era grande; el peligro, enorme. Aquel pastoso hablar se pega al oído como una lapa. Dejaos llevar, y os sorprenderéis *platicando* como los judíos de Tánger, ó como un secretario de las católicas Majestades austriacas. Un lenguaje rancio, pedantesco y erizado de arcaísmos. Siquiera en Madrid hay la ventaja de que la pluma se corrige por el oído: lo corriente de la conversación familiar enmienda lo retrógrado de un purismo exagerado. Aun así, por ahí se pierden muchos egregios académicos. Tengo entre ellos apreciables amigos, á quienes si yo no fuera catalán y ellos inmortales, aconsejaría que, cuando escriban, procuren ser más castellanos de su tiempo. Pero en Cataluña es una desdicha caer en el vicio del lenguaje purista. No hay más criterio que el buen gusto de la persona; y la que de él carezca, andará por esos libros haciendo la triste figura, á puro querer emparejar con Granada ó con Cervantes.

¿Cervantes y Granada? Y á León y á Quevedo y á Mariana y á Solís y á todos aquellos escritores sagrados ó profanos, y á todos aquellos novelistas, y á todos aquellos historiadores y á los de sucesos de Indias, hubiera imitado yo: tan cautivado me tenían y tan prendado estoy de aquella rica y galana frase. Sí señor: indudablemente nos daría gran carácter y parecería más español escribir como la gente del siglo de oro. Por poco que me apuren, añadiré: tanto carácter como andar por ahí luciendo el garbo con calza de seda, sombrero con pluma, ferreruelo forrado en felpa, gregüescos, cuello azulado y abierto, guante de ámbar, ligas de roseta, la larga espada

de gavilanes, y en los hombros una vuelta de cadena de oro. ¿Por qué razón los más apegados á lo antiguo no se dan este inocente pasatiempo de indumentaria? Por la misma razón que os impide, aun profesando las ideas de Felipe II, convertir el salón de vuestra casa en un estrado aderezado de guardamaciles, con doce sillas de baqueta, cuatro taburetes, dos bufetes y una alfombra mediada con seis cojines de terciopelo carmesí. Al día siguiente, de puro corridos, mandaríais más que á escape vuestro rancio atavío á una prendería.

Y pues hablamos de indumentaria, haced cuenta que también la hay del pensamiento, que es el lenguaje. Toda indumentaria sufre por la ley de los tiempos serias transformaciones; mas en esta del idioma, no hay sólo exigencia de la moda, como en el vestir, ó imperio de nuevos gustos y comodidades, como en el mobiliario.

A otras leyes de más sustancia se subordinan las mudanzas del lenguaje. Empiezo por ir más allá que los que se quejan de la decadencia de nuestra lengua. ¿Decaer, dicen? ¿No será mejor confesar que la hemos perdido? Antonio Segovia, el inolvidable *Estudiante*, hizo una vez, delante de mí, la prueba. Puso en una columna dos trozos de Cervantes, y en otra los vertió en jerga moderna. Como español puesto en ruso. Ni la madre que lo parió hubiera dicho que aquello era un mismo idioma. ¿Es esto casualidad, ó mera acción de los siglos, ó torpe desidia nuestra, ó como más generalmente se cree, ridículo prurito de vestirnos á la francesa? Más hondo, señor, más hondo. Nuestro idioma se ha ido extraviando por motivos idénticos á los que nos hacen seguir, como de reata, el movimiento contemporáneo. ¿Cómo en tan pocas cosas tenemos nota de originales? ¿Dónde está lo que tanteamos, lo que inventamos, lo que descubrimos? ¿Qué otra cosa veis sino vestirnos generalmente de ropa hecha? Tomamos ó copiamos, con fortuna á veces, otras con escaso acierto. Perezosamente nos arrastramos por la senda de la imitación, donde va desapareciendo la flor de nuestra celebrada originalidad de antaño; no es de extrañar que la lengua, corriendo penosamente tras de la idea nueva, vaya dejándose, entre matas y zarzales,

sus antiguas galas y atavíos. ¿No habéis notado cuán rebelde es nuestro idioma á los modernos conceptos filosóficos, á la nomenclatura política, administrativa, rentística (¡financiera!) ó económica en boga, y sobre todo al tecnicismo industrial? Para hablar en sabio, tenemos que tomar prestado del extranjero. En filosofía, venga el vocabulario tudésco: pedid los libros de nuestros krausistas y hegelianos. En artes, el italiano; no llaméis á un cuadro malo un mal cuadro; es más *chic* decir *pasticcio*. Para revistas de ópera, la cáfila de términos musicales almacenados por los *dilettanti*. De gorra en ciencias, y más en mecánica, donde el diccionario inglés es nuestro árbitro soberano. En fin, ¿cómo olvidarnos del francés, sin cuyo auxilio ya no podemos hablar de nada; ni de modas, ni de salones, ni de industrias elegantes, ni de costumbres del día, y casi, casi ni de intimidades de la sociedad alta ó baja? ¡Y se empeñan en resucitar nuestro lenguaje de marras, atándonos las manos ante esta invasión de nuevos elementos tan extraños á la índole de aquel elegante fraseo y tan fuera de sus copiosísimos caudales!

Copiosos—¿quién lo duda?—pero en los terrenos y en las direcciones que nuestros grandes escritores tuvieron á bien escoger para sus usos. Por no dejar la costumbre de las clasificaciones, antojóseme, en aquella mi edad florida, distribuirlos en tres grupos: historiadores, místicos y picarescos.

IV

¿Cómo abundan tanto nuestros historiadores? ¿Pues no habían de abundar en un pueblo que *hacía* de verdad casi toda aquella historia? Nosotros peleábamos, vencíamos, adicionábamos la tierra, dábamos la vuelta al mundo, vertíamos sobre Europa el caudal de América, hacíamos esclavos, quemábamos herejes, y, poco ó mucho, se dejaba sentir en todas partes nuestra mano de plomo. Grandeza llamaban las gentes á aquel ruido, y todavía es muy común así denominarlo:

pase la palabrilla, que no quiero ahora fatigarme el seso con cuestiones de motes. Sea grandeza, pues así lo han decidido en junta de rabadanes. Grandeza ó no, confesemos que *ello* resultaba espontáneamente de los hechos. Con sólo tomarles el hilo, salían airosos nuestros historiadores, sin necesidad de meterse en metafísicas, ni de encumbrarse á altas filosofías. Referían por referir, contaban por el gusto de contar, *ad narrandum*; así, como cosa sin malicia, natural, traída por la mano de la Providencia. *Gesta Dei per Hispanos*. Cuando se fatigaban de ir convoyando á los demás, se hacían á un lado del camino, plantaban sus reales, tendían el paño y lucían sus prendas literarias con gallardas descripciones de sitios, lugares, cortejos y personajes: ó bien se recreaban escuchándose á sí mismos, y ponían, en bocas ajenas, largas arengas de su invención, á ejemplo de lo que habían hecho Tito Livio y otros de sus colegas romanos. Este concepto que formé de nuestros historiadores del gran siglo, no ha variado ni un ápice con mis maduros años.

Sí ha variado el que formé de nuestros escritores místicos. De joven no los podía digerir: ahora los comprendo mejor, y los leo con ánimo reposado. Es porque entonces el repertorio místico de nuestra literatura me hacía el efecto de ejercicios de devoción agregados á los de casa: miel sobre hojuelas. Después lo he visto bajo su verdadero aspecto: ideal, encarnación de aquella sociedad española de su tiempo, mezclada de ascetismo y gloria mundana, de perfecta humildad y sin par fiereza. Aquellas batallas espirituales de nuestros ascéticos contra las tentaciones del maligno, debían traer involuntariamente á mi memoria las otras batallas de sangre en que aniquilábamos á los descendientes de los Incas y de los Aztecas, al calvinista, al luterano, al pordiosero de mar, réprobos todos, todos hijos del mal y engendrados en las tinieblas, según las ideas de la época. Satanás era combatido en toda la línea.

En una sola cosa no he cambiado de parecer, con relación á los místicos. Creía, y sigo creyendo, que es difícil formarse con ellos un mediano estilo. Sería menester pensar como ellos pensaban, vivir su vida, respirar convento, celda, cili-

cio, maceraciones. Probad escribir de aquella manera, aunque sea para las beatas. Las marearíais con la frase ampulosa de San Juan de la Cruz ó con los períodos secos y laberínticos de Santa Teresa. En todo caso, y si sois piadosos de verdad, cosa muy problemática en estos pícaros tiempos, os recomiendo Fray Luis de León, el Padre Malón de Chaide ó el gallardo y majestuoso Fray Luis de Granada, cuyo espíritu flota sobre las páginas, desplegándose como velo de sutilísima gasa que sube, lentamente sube hasta que al cabo le perdéis de vista allá en las últimas alturas.

Heráclito junto á Demócrito; al lado de los místicos lagrimeros la risa de los picarescos. ¡Dios mío!—exclamaba yo—¿qué hubiera sido de la pobrecita sociedad española sin la gente de buen humor? ¿De nuestros abuelos, á solas con el Escorial, con las capuchinadas, las chamusquinas de la Plaza Mayor y los exorcismos, sin el Buen Retiro, sin Quevedo, sin los galanteos y tapadillos de aquella corte de los Felipes? Aquí entraba una reflexión que podría elevarse á la categoría de axioma. Un niño de alegre temperamento, á quien eduquen con la nota melancólica, os saldrá hipócrita, enredador, y andando el tiempo, burlador y deshecho calavera. Un pueblo meridional, vivo y de sangre ardiente, si lo sujetáis á régimen monacal, se os hará malicioso, bullidor, dado á meter cizaña, y cuando no pueda con el palo por delante, os sacudirá por detrás con el epigrama. Protestas de instintos mal contenidos entre apretadas ligaduras. Por esta razón lo burlesco ha sido y es nuestro género nacional por excelencia. Jamás se ha interrumpido entre nosotros la *Visita de los chistes*. Mayores y más estupendas carcajadas cuanto más nos aflige la desdicha. Canta que te canta en rabiando ó no teniendo blanca; desde la *Celestina* y el *Lazarillo* cuando empezábamos á vernos zurrados en Europa, hasta Larra y Fray Gerundio, cuando empezábamos á zurrarnos unos á otros en la primera guerra civil, y hasta llegar á nuestros innumerables é inimitables caricaturistas, ahora que vamos tan cómodos en el machito.

Volviendo á los picarescos, recuerdo cómo me engolfaba allí, nadando deliciosamente en aquel mar de discreteo. Todo

me lo engullí, todo, de la cruz á la fecha; Celestina, Lazari-
llo, pícaro Guzmán, Quijote y Novelas ejemplares, Gil Blas,
Diablo Cojuelo, Garduña de Sevilla y Estebanillo González.
Al fin llegué á cansarme; no me cansé de Quevedo. No me
lo comparéis con nada ni con nadie, ni en España ni en el
extranjero, ni en lo espontáneo, ni en lo peregrino. Quevedo,
otro de mis cultos, otra de mis manías. Tanto llegué á que-
rerle, que me impuse la obligación de administrarme diaria-
mente una ligera dosis de sus *Discursos satíricos*. Un *pande-*
monium aquello. Pasado, presente, porvenir, humanidad
grande y humanidad chica, continua revelación, continua
vena. Imitar á Quevedo ni en la frase, ni en el concepto; ¡ya!
Siempre me estoy preguntando: ¿cómo intentarían traducirle
los extranjeros?

V

Vino el momento de escoger Autor preferente; quiero decir,
una especie de maestro ó consejero que me adiestrase en el
lenguaje para presentarme decentemente en público, si por
ventura se me antojaba algún día borrar cuartillas. Me
decidí por Quintana. ¿Por qué no Feijóo? ¿por qué no el P. Isla?
¿por qué no Jovellanos? ¿por qué no Martínez de la Rosa?
Modernos son todos ellos; el último, vivía; excelentes ha-
blistas, corrientes en la dicción y en el período. ¿Por qué no
tomarlos todos juntos? Diré, diré; comparados unos con
otros, tienen sus más y sus menos. Feijóo es descuidadí-
simo, como buen articulista (su *Teatro crítico* es una colec-
ción de artículos); el P. Isla muy desigual, á veces Cervan-
tes puro, á lo mejor un trozo de pacotilla; Jovellanos algo
tocado de galicismos; Martínez de la Rosa, lo mismo que
Alcalá Galiano, untados de clasicismo, con aquella pomadi-
lla del siglo XVII, lustrosa sí, pero empalagosa para el toca-
do moderno. A Quintana le encontraba intachable. Escribe á
la moderna con un escogido fraseo y un delicado corte antiguo,
tan florido, tan seguido, tan espontáneamente castellano; lo

mismo en sus *Vidas de Españoles célebres* que en sus *Cartas á Lord Holland*. Así concebía yo nuestros buenos escritores de hoy, y la experiencia me lo ha acreditado. Así escribían siempre Segovia, Escosura, Lorenzana y Rafael Baralt; así Alejandro Oliván y Paco Canalejas cuando les daba la real gana; así hablaba Pacheco, así hablaba Olózaga, así habla Martos, así escriben ahora mismo Juan Valera, Federico Balart, Quadrado, Pí Margall y Fernando González.

Yo quería, en mis hervores juveniles, una cosa que cada vez se va haciendo más difícil: el castellano limpio de toda mácula extranjera; huir de ese escollo del galicismo en que forzosamente tropieza todo aquel que en España gasta tinta por afición ú oficio. Tiene esto sus razones, tristísimas razones. En Francia, en Inglaterra, en Alemania, rara es la persona culta que no escribe bien su respectiva lengua: apenas se distinguen en esto el literato y el hombre de ciencia. Flammarrion, Figuiet y Juan Reynaud manejan tan hábilmente su idioma como Feuillet, Máximo du Camp, Mérimée ó el hijo de Dumas. En España, el literato de veras escribe regular, porque está acostumbrado á frecuentar los clásicos: los hombres científicos... ¡Cuánto no porfiaba yo y aún porfío con ellos, por el desenfado con que tratan la Gramática! De cada tajo y mandoble se llevan la mitad de la sintaxis. No es suya la culpa. Para sus especialidades, tienen que estar siempre encima de libros extranjeros que leen en el original ó mal traducidos. De manera que, en nuestro país, toda persona que se dedique á escribir para el público, tiene por precisión que hacer constantemente dos estudios paralelos: el de su ciencia y el de su lengua. Tras ser ésta muy larga faena, todavía le hallo el inconveniente de que retrae á los más, porque exige una dosis de paciencia inverosímil para nuestros temperamentos.

Del mío, según he dicho, poco dado á la métrica, no podía esperarse un asiduo cultivo de los poetas. Los leía como esparcimiento, no como estudio ó consulta. Calderón, Rojas, Alarcón, Tirso, á veces Lope de Vega. Moratín pasaba en mi círculo por lánguido y relamido. El teatro contemporáneo iba á saborearlo en las tablas. Si había, entre mis amigos, algún

aprendiz de vate, poníale yo en la banqueta para hacerle recitar, alternando con sus versos, algo del Conde Claros, el *Moro expósito*, el *Diablo Mundo* ó las primicias de Zorrilla.

VI

Si en general no puedo con el verso español, considere el compasivo lector lo que me sucedería con el alejandrino francés, que me suena como una matraca. Por esta causa, ó tal vez por el género en sí, me costó gran trabajo deglutir el *Cid* de Corneille y la *Atalía* de Racine. Me atraía poco la tragedia clásica: heroica, oriental ó greco-romana. Bastante tiene uno con la ordinaria farsa de la escena para echarse todavía al cuerpo las sublimidades de alto coturno. Vistas de telescopio ó megaloscopio desvanecidas de puro agrandadas. Más me cautivaba la nota cómica de Molière con sus tipos imperecederos; y no fueron ratos perdidos los que me pasé con el *Tartuffe*, las *Preciosas*, el *Misántropo*, las *Marisabidillas* y el *Bourgeois gentilhomme*.

El prosaico Boileau me interesaba, no por su *Arte poética*, sino por sus incisivas sátiras quinta y décima: Rabelais y Montaigne, por su ingeniosa cháchara; Mad. de Sévigné, por su ingenuidad; Fénélon, por sus estocadas de maestro en el *Diálogo de los muertos*; Montesquieu por aquella envidiable flexibilidad que le permitía descubrir *l'esprit* de las leyes y prodigar *de l'esprit* en las *Cartas persas*; Voltaire y Rousseau, por ser... ellos. A renglón seguido venía la larga lista de los contemporáneos; Mad. de Staël y su *Corina*; Chateaubriand, con los *Mártires* y el *Genio del Cristianismo*; Víctor Hugo, Dumas, Lamartine, cuyo *Rafael* fué objeto de una serie de epístolas cruzadas con un amigo.

Italianos: *I quattro poeti*, con Maquiavelo, el campanudo Metastasio y el deslenguado Casti; pero naturalmente con más entusiasmo por Alfieri, Monti, Manzoni, Fóscolo, Leopardi y aquel tiernísimo Silvio Pellico, que me hizo derra-

mar más de una dulce lágrima con la lectura de *Mie prigionieri*.

De ingleses, Milton, Shakespeare y Byron; de alemanes, Schiller y Goëthe. ¿Por qué en Schiller me gustaría más el papel del Marqués de Posa que toda la trilogía del Wallenstein? Lo mismo me sucedía con Goëthe, entre el *Fausto* y el *Werther*. El *Werther* no lo soltaba de la mano. El *Fausto*, ¿para qué en aquella edad mía? Mefisto no es para los mozos, sino para los remozados; y hubiera dado cien Margaritas por una sola Ofelia. Pero el *Werther*... ¡oh! ¡el *Werther*!...

En Byron me seducía todo, hasta el retrato suyo de la edición que poseo: Baer, Francfort, 1846. Diez y ocho años, cabello descuidado, corbata suelta, garganta al aire y enteros en la mirada los poemas del inmortal misántropo. Fantasma desprendido de entre las brumas del Norte, que viene deshaciéndose sobre el Mediodía, en lluvia de colores, hasta ocultarse en la tumba de Missolonghi. Loco con centellas de visionario; inmensos resplandores sobre fondos de noche tormentosa; hierro candente aplicado al alma; cantor de dolores y trovador de la hiel; eterna amargura que se cierne sobre todas las risas y todas las orgías. Tal fué Byron en vida; tal se ha legado él mismo á la inmortalidad. Dibujóse en *Don Juan*: más el *Don Juan* se lo prestaron. ¿Quién le dió las notas de *Childe Harold*?

¡Divino *Childe Harold*! Con él hice mi primer viaje por fantásticos espacios; con él soñé Oriente, con él, huríes y bayaderas, con él amores insensatos, con él Cintra, con él Grecia, con él Nápoles, con él la hermosa Andalucía. Extraño escepticismo que os hace creer en todo. Si Schiller engendró bandoleros, y Goëthe suicidas, Byron os hará peregrinos, aventureros, fervientes apóstoles de una idea. Alejará de vosotros las desnudeces de la vida y existireis de estela en la frente y de blanca túnica á raíz de las carnes, mecidos en un eterno poema; el poema del cielo español, el poema del sol de Italia, el poema de las lágrimas que desarman, de las congojas que exaltan, de los delirios heroicos, de los ojos que fascinan, de los alientos que abrasan, de los besos que enloquecen; el poema de las libertades que, en ya olvidados suelos, resucitan por el solo esfuerzo de una generación de gigantes.

VII

Novelas que leíamos, ¿quién será capaz de contarlas? Delirio por ellas, como todo muchacho. Walter Scott había pasado de moda; d'Arlincourt se iba anticuando; Sue, Dumas y Paul de Kock eran los amos del cotarro. Un poco menos, Féval y Soulié. Fruto prohibido y perseguida la importación por dos instituciones serias: la aduana de mi casa y la policía de confesonario. Así iba tomando el contrabando proporciones colosales; los forros de los gabanes y el fondo de los colchones nos servían de almacenes. De casa en casa y de mano en mano nos pasábamos aquellas abominaciones. Debajo de un Kempis, el *Gustavo*; cubierto por el P. Ribadeneyra, el *Hijo del diablo*. Para curarnos las *sequedades del alma* era de ver cómo mordíamos la sabrosa manzana. ¡Lo de velas que llevaba gastadas en secreto! ¡Las que apagaba y volvía á encender para ir sorteando las sorpresas! Otro que yo se hubiera rendido, porque aquello era un no vivir; pero, dale que enciende, dale que apaga, y el veneno colaba. Veneno sería: nunca me he sentido más sano de espíritu y de cuerpo.

Paul de Kock me gustaba sobremanera; ¿qué digo? me gusta siempre. De una chispa saladísima, pintor inimitable, precursor de Flaubert y de Zola, maestros en el arte de describir. Libre, muy libre: ¿no lo eran de sobra nuestros *clásicos* novelistas? Tiene Kock sobre ellos la ventaja del pudor de la frase. Otra ventaja: el fin moral que no abandona nunca. Sé que es muy discutible lo de llegar á fines morales por ciertos caminos; pero Kock contestaría con su tupé de costumbre: ¿no están ahí los libros de medicina y las escabrosidades de los casuistas?

Para libros de caballerías nadie como el viejo Dumas. Monte Cristo es un D. Quijote con billetes de Banco; d'Artagnan, un Rolando con lechuguilla; Bragelona, un Amadis de Gaula con guantes de cabrito. La ocurrencia de presentar la his-

toria de Francia en cuadros novelescos vale por sí sola un mundo. ¿Quién sabe dónde hay más realidad, si en la Historia efectiva de Enrique Martín, en la *Historia de los Girondinos*, de Lamartine, ó en las novelas históricas de Dumas? Contesté Aristóteles que, al hablar de la tragedia, hallaba más verdad en la poesía que en la historia. Desde luego tiene Dumas dos cualidades superiores: la narración y el colorido. En esto es incomparable. No se ha hecho *cursi* ni anticuado. Hoy le leéis con el mismo interés que ayer. El año pasado en Biárritz, no sabiendo en qué ocuparme, volví á hojear los *Mohicanos*, después de treinta años. No se me caía el libro de las manos. Exactamente como cuando, hace cerca de cuarenta, me pasaban por debajo la capa las *Memorias de un médico*, y siempre me parecía que terminaban demasiado pronto aquellas páginas interminables.

Sorprendíame el prodigioso ingenio de Balzac: imitador de Boccacio y Rabeláis en los *Contes drolatiques*, profundo filósofo en la *Piel de zapa*. Mas yo tenía especial predilección por otro novelista de su escuela, Carlos Bernard, el autor de *Gerfaut*, del *Homme sérieux* y del *Gentilhomme campagnard*. Ahora le comparo con Víctor Cherbuliez. ¡Cómo me encantaba la bella Clemencia de Bergenheim! Rica y simpática en todo; hasta en sus debilidades. ¡Ah! si aquella mujer divina hubiera pestañeado, ¡en cuántas y cuántas locuras no hiciera caer á esta carne maldecida!

Eugenio Sue era, en aquel tiempo, el gigante de la novela. Con pensamiento, con sistema, con miras de reformador: tal vez un poco estirados sus comentarios filosófico-sociales. *Misterios de París*, *Martín el expósito*, manjares que se devoraron en el acto. Sobre todo, el *Judío errante*. Digan lo que quieran, tampoco ha pasado el *Judío errante*. Allí, allí está el jesuita en fotografía inalterable. Rodín, d'Aigrigny, la princesa de Saint Didier viven entre nosotros. Prueba de que no acabaron, me diréis: prueba, contestaré, de que hay que tenerlos en jaque.

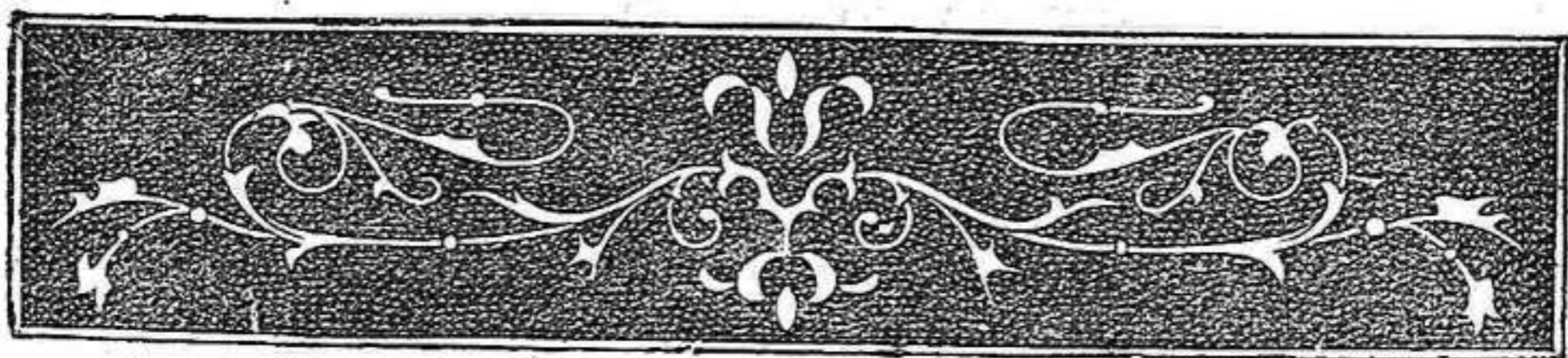
Cuando apareció el *Judío errante*, los jóvenes de sentido liberal estábamos profundamente alarmados. ¡Qué avalancha se nos venía encima de libros ultramontanos! También los leía

yo, porque me gustaba enterarme de todo. Bonald, Augusto Nicolás, el *Papa*, de De Maistre; la *Historia de los Jesuitas*, por Crétineau Joly; el *Ensayo*, de Donoso; el *Protestantismo*, de Balme, y aquel honradísimo esfuerzo de Wiseman para conciliar la ciencia con el Génesis.

Creedme: Michelet, Quinet y Eugenio Sue hubieran hecho suma falta. Nos dieron la voz de alerta para estar á la defensiva de los RR. PP. que trataban de tragarse aquella generación, como quieren tragarse la presente, como se tragarán, si no se les va á la mano, todas las posibles.

JOAQUÍN MARÍA SANROMÁ.





CARTAS DE PARÍS

Señor director de la REVISTA CONTEMPORÁNEA:

MI muy querido amigo: En los *Apuntes autobiográficos* que Emilia Pardo Bazán pone á guisa de pòrtico á su novela *Los Pazos de Ulloa*, y de los que me ocuparé en mi próxima carta, confiesa la co-ruñesa ilustre que allá por los años de 74 y 75 ignoraba hasta la existencia de Galdós y Pereda. Muchos son los que en España se encuentran hoy en el mismo caso respecto de la filosofía francesa contemporánea, y una persona de grandísima inteligencia y cultura me preguntó una vez, con adorable sinceridad, quién había en Francia que á Marcelino Menéndez y Pelayo pudiera compararse. No sé si por efecto de mi cabal salud, padezco la dolencia del *entusiasmo*, y aunque no comparta las ideas de Menéndez Pelayo, le quiero, le admiro, y si de defenderle se tratase, le defendería hasta que me mataran, así como suena, pues los que *saben querer* no dan sólo su vida por una idea, la dan también por los seres amados. Pero, sin entrar en comparaciones que á nada conducen, fuerza es reconocer que hay por acá pensadores de tanto valor como aquél, y uno de ellos es Mr. Guyau, que ha publicado estos días, en la librería de Félix Alcán, su *Irreligión del Porvenir*.

Sean cuales fueren las creencias del lector, tendrá que reconocer en este libro sinceridad absoluta, inmensa tolerancia, respeto profundo por todo cuanto fué y cuanto queda; crítica sagaz y robusta, brillantez y claridad, estilo elegante y sencillo, y, lo que no es de menospreciar, amor infinito. Considérello en la verdad ó júzguelo cual descarriada oveja, todo hombre encontrará en Guyau un corazón hermano que con el suyo late y sufre. El libro merece que uno de los pocos que en España saben el francés y el castellano, como mi excelente amigo Daniel López, se entretenga en traducirlo para provecho y deleite de los que de filosofía se ocupan. Si, por fortuna, esto sucede, las líneas que al examen de la obra voy á dedicar serán sólo incentivo para leerla; y si no sucede—al fin lo más probable,—tranquila quedará mi conciencia de lector, que cree deber suyo señalar lo bueno y lo bello do quiera lo descubre. Téngase presente una sola cosa, y es, que extracto un volumen de cerca de 500 páginas (algo como 20.000 líneas), y necesariamente, no haré más que indicar á grandes rasgos la fisonomía de la obra de Guyau.

Comencemos por el título, *Irreligión del Porvenir*, que el autor ha querido oponer á los trabajos recientes sobre la *religión del porvenir*, trabajos en los que se confunde la religión propiamente dicha con la metafísica ó la moral, ó con las dos á un tiempo, sosteniendo, merced á tal confusión, la necesaria perennidad de la religión. Para Guyau, los elementos que distinguen la religión de la metafísica ó la moral, son esencialmente caducos y transitorios, y no acepta la *religión del porvenir*, como no aceptaría la *alquimia* ó la *astrología del porvenir*. Pero no debe deducirse que la irreligión, es decir, la negación de cualquier dogma, autoridad tradicional y sobrenatural, de toda revelación, milagro y rito erigido en deber, sea sinónimo de impiedad, de desprecio, respecto del fondo metafísico y moral de las antiguas creencias. Ser *irreligioso* no es ser *antireligioso*. La irreligión, como Guyau la entiende, es un grado superior de la religión y aun de la civilización, que puede designarse con el nombre de *anomía* religiosa, de individualismo religioso.

Casi ninguna de las diferentes definiciones de la religión se

ha hecho desde el punto de vista social, y sin embargo, la idea de un *vínculo social* entre el hombre y las potencias superiores, pero más ó menos semejantes á él, es precisamente lo que constituye la unidad de todas las concepciones religiosas. El hombre es verdaderamente religioso cuando, á la sociedad humana en la que vive, sobrepone otra sociedad más elevada, una sociedad universal, cósmica, por decirlo así. Ese vínculo social se ha concebido *ex analogía societatis humanæ*, lo que viene á afirmar que la religión es un *sociomorfismo* universal. La sociedad con los animales, con los muertos, con los espíritus, con las fuerzas de la naturaleza y el principio supremo de la naturaleza, no son sino formas diversas de esa sociología universal en la que las religiones han buscado la razón de todas las cosas, ya de los hechos físicos —el trueno, la enfermedad, la muerte,—ya de las relaciones metafísicas—origen y destino,—ya de las relaciones morales —virtudes, vicios, ley y sanción.—La teoría de Guyau sería, pues, de encerrarla en los límites de una definición, que: la religión es una *explicación física, metafísica y moral* de todas las cosas en analogía con la sociedad humana, bajo una forma imaginativa y simbólica.

Esta es la tesis que Guyau desenvuelve en el primer libro de su obra—*Génesis de las religiones en las sociedades primitivas*,—estudiando el origen y la evolución de la mitología sociológica. Analizando la teoría de Max Müller—*henoteísmo*,—señala su defecto capital, que es colocar el origen de las religiones en una de las ideas metafísicas más vagas y modernas, la del infinito. Igual defecto ofrece el *instinto religioso* de Renán, que confunde sus sentimientos de pensador refinado con la fe robusta y grosera de los pueblos primitivos basada en hechos palpables. La ansiedad de lo infinito, el vértigo de lo divino no son compatibles con la sencillez de los primeros moradores de la tierra. No es menos contestable la doctrina de Héber Spéncer que atribuye al culto á los muertos el nacimiento de todos los otros cultos. La concepción más sencilla que el hombre puede formarse de la naturaleza, es ver en ella voluntades poderosas que ejercen directa influencia en el mundo. El huracán es malo, el sol es bueno. Esas voluntades

son, pues, buenas ó malas, irritables, prontas á la venganza, como el hombre, y ellas son los dioses. La *sociedad* con esos dioses será la religión. Para crearla bastará con agregar á las ya expresadas, la idea de la posibilidad de modificar con ofrendas, súplicas, actos propiciatorios, la cólera de las voluntades superiores.

Así se explica sin necesidad, de introducir las ideas posteriores de *alma, espíritu é infinito*, el origen de las religiones. La concepción de almas separadas, de espíritus susceptibles de abandonar su morada, ó *animismo*, nace luego, llevando en germen la oposición del cuerpo y del alma, y nace lentamente, basada en analogías sencillísimas, en el *soplo* animador de los seres que se escapa con el último suspiro; en la *sombra* que produce el cuerpo, y muda de lugar aunque los cuerpos permanezcan inmóviles; en las sombras, que han tenido importancia suma en la parafísica de los pueblos primitivos y han poblado los infiernos. El animismo sigue, pues, al naturismo concreto y es el origen del sistema metafísico más refinado, que se denomina *espiritualismo*. El animismo debía convertirse forzosamente en teísmo. De la idea de un espíritu á la divinidad, media un paso; basta con atribuir al espíritu fuerza suficiente para tenernos bajo su dependencia. Los espíritus son *videntes y previsores, benévolos ú hostiles*, y esos elementos temidos, conducirán más tarde á la idea de divinidad *providencial*, pues como todas las otras ideas religiosas, la *providencia* no fué, en un principio, más que una superstición. En pos de la idea de *providencia*, viene la del Dios *creador*. Los hombres han concebido, en un principio, á un dios que fabricaba un mundo más ó menos independiente de él, una materia preexistente. Posteriormente se produce la idea de creación *ex nihilo*, la cual, de una unidad primitiva, saca de nuevo el dualismo tradicional.—Dios y un mundo en un todo diferente á él. En fin, más ulterior aún es la idea de *moralidad divina* bajo su doble forma de justicia y bondad. La teoría de la sanción es una *sistematización* de la de providencia; se reconoce un sér providencial en que premia ó castiga; en que es posible merecer su enojo ó evitarlo, con tal ó cual conducta; así, pues, si el hombre admite una potencia divina que le do-

mina, no tardará en considerarla como verificando sus actos, sancionándolos. «Paulatinamente la sanción divina se confundió con la sanción moral, y los hombres comprendieron que los dioses deseaban reinase la justicia, no sólo en el seno de la tribu, sino en el seno de la humanidad.» El hombre, animal esencialmente sociable, no puede resignarse al triunfo definitivo de actos antisociales, y cuando parece que esos actos han triunfado *humanamente*, se torna hacia lo sobrehumano para pedir reparación y compensación. Como la sociedad de los dioses correspondía á la de los mortales, no podía dejar de tener seres antisociales como Satanás, pero siempre el *principio del bien* debía quedar victorioso del *principio del mal*. Y aquí detendremos este ligerísimo análisis exento de las *pruebas* que el autor amontona y de las críticas de las doctrinas de Strauss, Hartmann y Augusto Comte, para ocuparnos de la segunda parte: *Disolución de las religiones en las sociedades presentes*.

El autor reconoce que hay todavía en el mundo seres que profesan la fe dogmática austera, *literal*, que es una necesidad de *suspender el vuelo del espíritu*, de limitar la esfera del pensamiento. El creyente no debe notar el punto en que cesa la explicación, sino repetirse indefinidamente el pensamiento incompleto que le dan sin atreverse á comprender que está incompleto. La fe literal convierte á la verdad desnuda en objeto de pudor, de manera que no es posible mirarla cara á cara, ni levantar el velo sagrado que encubre su belleza. Tenéis el dogma enclavado en el alma y paraliza vuestro cerebro, y acarrea la intolerancia que es la extensión exterior de la dominación exclusiva que la fe dogmática ejerce interiormente. Esto lo había ya dicho de otro modo Benjamín Constant, pero sin explicarlo con los felices argumentos de Guyau. Examinando luego la fe dogmática relajada, que constituye el protestantismo, reconoce que al introducir cierta dosis de libertad en la fe, el protestantismo ha introducido á una el espíritu de inconsecuencia. En efecto, si acepta el sentido literal de ciertos textos, ¿cómo ó por qué no ha de aceptar el sentido literal de otros? Los libres pensadores pueden sonreír—*si tienen ese valor*—del sacerdote convencido que cree á Dios presente en la hostia que alza, pero un verdade-

ro creyente no. Lutero quiso conservar la fe limitándola, y esos límites son artificiales. De creer un milagro hay que creerlos todos, y con razón se burla Pascal de los protestantes que no creen en la Eucaristía, creyendo en el Evangelio, en Jesús, en Dios. ¿Puede subsistir indefinidamente la fe dogmática literal ó relajada, ante la ciencia moderna? Guyau no lo cree.

La ciencia se compone de dos partes, constructiva la una, destructiva la otra. La parte constructiva está ya bastante adelantada para llenar ciertos deseos del espíritu humano que el dogma tenía misión de satisfacer; por ejemplo, sobre el génesis del mundo, sobre todos los fenómenos celestes y terrestres. La influencia disolvente de la ciencia no es menos importante. Todas las antiguas supersticiones sobre los terremotos, los eclipses, etc., ocasión constante de exaltación religiosa, han quedado destruídas ó poco le falta. La geología ha derrocado las tradiciones de casi todas las religiones. La física ha anulado los milagros. Las ciencias fisiológicas y psicológicas nos explican de un modo natural numerosos fenómenos del sistema nervioso en los que, anteriormente, había que suponer una influencia maravillosa ó una superchería. En fin, las ciencias históricas, la crítica religiosa es el arma más temible, empleada contra el dogmatismo religioso. Existe un fanatismo antirreligioso tan peligroso como el de las religiones. El siglo XVIII atacaba las religiones, las odiaba y quería destruirlas; el nuestro, las estudia, las explica y va deshaciéndolas. La multiplicación de las vías de comunicación es otro de los grandes obstáculos al mantenimiento de las creencias dogmáticas, pues nada abriga tanto la fe como la profundidad de un valle ó las sinuosidades de un río no navegable. Entre las otras causas que eliminarán en las sociedades venideras el antiguo dogma de la providencia especial, debe notarse el desarrollo de todas las artes, la industria y el comercio. Hoy día, el industrial se acostumbra á no contar más que con su propia iniciativa, con su ingenio; sabe que trabajar es orar, no en el sentido de que sea el trabajo una especie de valor místico, sino porque es el valor real y á nuestro alcance, y así adquiere el

hombre un vivísimo sentimiento de responsabilidad. La creencia en los oráculos y las predicciones ha desaparecido, ó por lo menos la ley no cree en ellos y castiga á los que los convierten en materia de especulación. No son los filósofos los que van á consultar á las pitonisas como á consultar á los oráculos iba Sócrates con sus discípulos. Si se hubiese afirmado á un pagano que un día podría pasarse el mundo sin el oráculo de Delfos, habría experimentado igual sorpresa que un cristiano á quien se le dice que un día no habrá necesidad de catedrales, de sacerdotes, de ceremonias religiosas. La religión dogmática no profetiza ya y ha renunciado á una de las porciones más importantes de la vida humana, que en otros tiempos pretendía conocer y regularizar: el porvenir; sus vagas predicciones se reducen á prometer el cielo á sus fieles. Siempre la fuerza de la creencia en el Dios personal de las religiones fué proporcionada á la fuerza de la creencia en el diablo, pues esas dos clases de fe son correlativas; son las dos fases diversas del mismo antropomorfismo. Hoy la fe en el diablo se debilita de característica manera, y no hay persona ilustrada que no sonría del demonio. En suma, la fe dogmática parece destinada á desaparecer. «El dogma, esa cristalización de la creencia, es un compuesto inestable: como ciertos cristales complejos, un rayo concentrado de luz puede hacerlo polvo cayendo sobre él, la crítica moderna despidе este rayo.» Si el catolicismo, prosiguiendo la unidad religiosa, debía llevar, lógicamente, á la doctrina de la infalibilidad, la crítica moderna, demostrando lo relativo de los conocimientos humanos y la falibilidad esencial á toda inteligencia, tiende al individualismo religioso y á la disolución de todo dogma universal ó *católico*.

Estudia á seguida Mr. Guyau la sustitución del *simbolismo metafísico* al dogma, y la sustitución del *simbolismo moral* al simbolismo metafísico, que conduce á la concepción kantiana de la *fe moral*, y deduce la conclusión lógica de que el fondo más sólido de toda religión es una moral más ó menos imperfecta; que la moral constituye la fuerza del cristianismo y del budismo, y que, de suprimirla, nada queda de las dos grandes religiones *universalistas* engendradas por la inte-

ligencia humana. Dos elementos duraderos encuentra Guyau en la moral religiosa: el *respeto*, que el cristianismo ha alterado con la idea del temor de Dios y de la venganza divina, y el *amor* (más puro todavía que el respeto y que encierra el principio superior de la Ética), alterado por las ideas de gracia, predestinación y condenación, por la rivalidad entre el amor divino y el amor humano. Según Guyau, el fin del progreso en las sociedades modernas, es suprimir el misticismo y concentrar en el universo real todos nuestros afectos; la obra de la ciencia no es sofocar la necesidad de amar que tan gran parte tiene en el sentimiento religioso, sino darle un objeto real; no estriba en paralizar los arranques del corazón, sino en justificarlos. El complemento natural y práctico del misticismo, que es el ascetismo, es otro elemento de moral religiosa que disminuye en el espíritu moderno, y felizmente, dice el autor, pues el ascetismo produce la vejez precoz, la falta de amor y entusiasmo. «Ser joven por mucho tiempo, permanecer niño por la espontaneidad y la ternura del corazón, conservar siempre, no exteriormente, sino en lo más recóndito del ser, un algo ligero, alegre, alado, es el mejor medio de dominar la vida, pues no hay fuerza más grande que la juventud.» Respecto de la oración, piensa Guyau que la manera más elevada de orar será siempre pensar. Hay en la meditación filosófica, como en la plegaria, un elemento de consuelo, pues ensancha el corazón ensanchando el pensamiento.

Señalada la amenaza de disolución que pesa sobre el dogmatismo y la moral religiosos, en las sociedades modernas, se pregunta el autor si existe verdadero peligro en la debilitación gradual de lo que, durante muchos siglos, ha parecido servir de base á las virtudes sociales ó domésticas, y estudia la religión y la irreligión en el pueblo, en el niño, en la mujer, y finalmente, en sus relaciones con la fecundidad y el porvenir de las razas. Respecto del pueblo, se concreta Guyau á Francia, de la que expone los defectos que cree se curarán, no por una especie de ascetismo religioso, sino por la comprensión más profunda de los grandes objetos de amor que siempre sedujeron al espíritu francés: ciencia, arte, derecho,

libertad y fraternidad universales. Respecto del niño y de la mujer, Guyau no opina, como otros pensadores, que están condenados á la superstición, pues ésta no depende de la naturaleza, sino de la educación; á medida que los padres no influyan en el cerebro de sus hijos desde la infancia, á medida que la instrucción se extienda, se pondrá de manifiesto que no hay verdadera incapacidad filosófica ni en el pueblo, ni en la mujer, ni en el infante. El problema de la población es inquietante en Francia, y con razón ha dicho Mr. Richet que no hay varios peligros para su país, sino uno solo, y es el desaparecer por falta de hijos. Es sabido que Malthus tiene en este pueblo muchísimos más discípulos que Rabeláis, y los que son fecundos por patriotismo y filosofía, no por el placer y la casualidad, son tan raros, que no deben contarse. Es un hecho probado que no admite réplica. Francia es infecunda. Pero ¿volverá á ser fecunda si de nuevo tiende los brazos á la religión que bendice á las familias prolíficas? Aun admitiendo que así fuese, la empresa sería inútil y sin resultado, pues no se detiene á un pueblo cuando baja la pendiente de la incredulidad. Guyau indica, por lo tanto, los remedios prácticos que á su entender detendrían y curarían el mal, y consisten, enumerados rápidamente, en la reforma de la ley sobre los deberes filiales (manutención de los padres por los hijos), en la reforma de la ley militar, en favorecer la emigración á las colonias, etc., y termina apuntando la influencia de la educación pública y su necesidad para reemplazar el sentimiento religioso, pues la ciencia debe hacer lo que la religión hizo en otro tiempo, y es asegurar, con la fecundidad de la raza, su buena educación física, moral y económica.

La tercera y última parte de la obra de Guyau, trata de la *Irreligión del porvenir*, y es la más metafísica y no la menos interesante. Atravesamos en estos momentos un período de disolución religiosa, es innegable; pero ¿no seguirá en pos otro de renovación religiosa? Sólo podría conseguirse semejante resultado de dos maneras: ya por la unificación de las religiones, ya por una nueva religión. Respecto de la unificación es inútil extenderse; pues ninguna de las religiones existentes [puede asimilarse las otras. En cuanto á una

nueva religión, la ciencia moderna es incompatible con las revelaciones sobrenaturales y los milagros que fundan las religiones. Es indispensable que un Mesías pertenezca ya á la leyenda antes de morir, y esto sin superchería alguna, ni por parte suya ni por parte de cuantos le rodean y respiran su divinidad. ¿Es esto posible hoy día en que los hombres extraordinarios caen inmediatamente bajo el dominio de la historia, y se publican hasta sus cartas? Un elemento de inmensa fecundidad religiosa, el genio poético y metafísico, desaparece de las religiones; leed el milagro de Lourdes y comparadlo con la vida de los santos y el Evangelio. Si la Biblia y el Evangelio no fuesen dos poemas sublimes no habrían conquistado el mundo. En fin, y además de un hombre de genio como San Pablo, para el éxito de una religión nueva sería indispensable que trajese al espíritu humano una *idea*, y entre las miserables tentativas religiosas que hemos presenciado en nuestros días, no hay nada original. El mormonismo, que es la más seria, se reduce á un retroceso á las ideas y á las costumbres hebreas; es un anacronismo en nuestra época. El cristianismo se apoyaba en las dos grandes epopeyas mencionadas (los Evangelios y la Biblia), traía una moral admirable, y la gran idea metafísica de la resurrección, debía vencer, tenía que dar con San Pablo. Hoy puede demostrarse, casi *à priori*, la imposibilidad de encontrar nada nuevo en el dominio estrictamente *religioso* y místico. Nada será más atractivo como mito metafísico que la suprema felicidad lograda en esta vida por el *nirvana* budista ó conseguida en la otra por la *inmortalidad* cristiana. Y en moral, ¿es posible ir más allá del cristianismo y budismo, que predicán el altruismo exclusivo, la total abnegación? Guyau no lo cree y critica el culto de los *comtistas*, la *religión de la ética* de Adler, el socialismo, que es otro retroceso, aunque al pronto parezca original, y llega á su proposición de ideal moral, consistente (como ya queda dicho) en la *anomía* moral, la carencia de regla apodíctica, fija y universal. A su juicio el ideal de toda religión debe tender á la *anomía religiosa*, á la liberación del individuo, á la redención de su pensamiento, más preciosa que la de su vida, á la supresión de toda fe dogmática. ¿Con-

sistirá la anomalía religiosa en el escepticismo? No, seguramente; pues el escepticismo, que se compone de ligereza é ignorancia, depende de las mismas causas que las preocupaciones religiosas, la falta de educación filosófica sólida y de disciplina mental. La consecuencia natural de la supresión del dogma religioso, será la duda que Guyau supone el más religioso de los actos del pensamiento humano. Lo que reemplazará á los dogmas serán las hipótesis metafísicas; pues el *instinto metafísico* podrá modificarse, pero no desaparecer, respondiendo á una tendencia invencible del espíritu, la necesidad de ideal, la necesidad de traspasar los límites de la naturaleza visible y tangible.

La idea práctica más duradera que se halla en el fondo del espíritu religioso, es la idea de asociación, y lo que subsistirá de las religiones en la irreligión del porvenir, es la idea de que el ideal supremo de la humanidad, y aun de la naturaleza, estriba en el establecimiento de relaciones sociales entre los seres. Las tres formas esenciales de asociación libre serán: la de las inteligencias, la de las voluntades, la de las sensibilidades. Solo apuntaré, de paso, que Guyau sostiene la necesidad de que el arte se fortifique y eleve á medida que las religiones dogmáticas se debilitan, para llegar al *culto de la naturaleza*, superior al del arte humano. Entre las principales hipótesis metafísicas que se sustituirán á los dogmas, Guyau concede el primer lugar al teísmo, pues si el ideal que propone es la supresión de toda *revelación* exterior, no excluye á los que creen tener la *intuición* interior y personal de lo divino. En el individualismo religioso del porvenir, queda espacio hasta para los místicos. Estudia á seguida el *panteísmo optimista* y el *panteísmo pesimista* que explica perfectamente, y es uno de los capítulos que me parecen más provechosos para la juventud española, que mis amigos me pintan como minados por Schopenhauer. Para Guyau, el pesimismo de Hartmann, que es el otro polo del optimismo de Spinoza, tiene su razón de ser, pues «en este siglo de crisis, de ruina religiosa, moral y social, de reflexión y de análisis disolvente, abundan los motivos de sufrir, y acaban por parecer motivos de desesperación.» Pero lo cree curable y no admite que sea el pesimis-

mo la religión del porvenir. El hombre—ha dicho el poeta inglés Wordsworth—*vive de admiración, de amor y de esperanza*; pero quien posee la admiración y el amor, tiene también la esperanza; siempre el que ama y admira tendrá la ligereza de corazón que permite andar sin sentir el cansancio, y andar sonriendo á todas las visiones de la ruta, que parece os sonríen igualmente. El amor y la admiración son los grandes remedios de la desesperación: amad, y querréis vivir. La hipótesis que, según Guyau, será la más general, consiste en el *naturalismo*, sea *idealista, materialista ó monista*, y especialmente el último. La inmortalidad en la que cree, será la del espíritu que residirá en los seres que le amaron y pasará á los hijos de sus hijos; más claro, que el hombre será inmortal por sus acciones y por sus obras. Pero, y los que no crean en eso, ¿qué consuelo tendrán en el momento crítico de la muerte? Solo se les puede decir lo que aconsejaban los antiguos estoicos: «No seáis cobardes.» Los estoicos andaban equivocados cuando, en presencia de un cadáver, no comprendían el dolor del amor, condición de su fuerza y de su progreso en las sociedades humanas; pero estaban en lo cierto cuando recomendaban al hombre elevarse por encima de su propia muerte. Para el filósofo, la muerte, que es nuestro último dolor, es también la última curiosidad, y conserva el sabio la vaga esperanza de que al triturarlo, le revele su secreto. Es la antigua idea de la visión luminosa de la verdad, que los antiguos atribuían á los moribundos.

Tal es, mi querido amigo, la sustancia del libro de Guyau, obra consoladora, grande y elevada, que no me cansaré de recomendar, lo que no quiere decir que esté en un todo conforme con su doctrina; pero mis objeciones no estarían aquí en su lugar, y además, ocuparían muchas más páginas de las que van impresas, castigo que no puedo imponer á la atención de V. En fin, ¿por qué ocultarlo? Desde que comencé esta carta, tengo encima de la mesa *Los Pazos de Ulloa*, que sólo he podido hojear, y la tentación de leer, saboreando como es debido tan delicadísimo manjar, no me deja escribir una línea más. Todo esfuerzo merece recompensa, y el que acabo de hacer extractando á Guyau, va á recibirla cumplida

con la admirable y pintoresca prosa de la autora de *San Francisco*.

Mi única excusa es que V., y todo el mundo, harían otro tanto de encontrarse en mi caso.

LEOPOLDO GARCÍA RAMÓN.

París 20 de Noviembre de 1886.



MINISTERIO
CULTURA



REVISTA DE TEATROS

Añ no ser porque nuestro deber, nuestra palabra empeñada en el número anterior de esta publicación y la imparcialidad que nos lo exige, nada diríamos, porque muy poco podríamos añadir á lo que ya expusimos cuando se verificó el estreno del drama del Sr. D. José Echegaray, titulado *De mala raza*, respecto á esta producción; pero la circunstancia favorable de haberse encargado de los papeles, que estuvieron á cargo de la señora Gambardela, otra actriz que no recordamos y el Sr. Cira, las Sras. Contreras, Guillén y el Sr. D. Donato Jiménez, nos ponen en el caso de manifestar, sin ambajes y rodeos, y sin ánimo de perjudicar á los aplaudidos actores mencionados, que la obra ha ganado, y no poco, con tan acertada sustitución.

El personaje de Adelina encomendado á la Contreras, tuvo un realce digno de tan aplaudida actriz, rayando á la misma altura que rayó en las escenas culminantes del drama.

La Srta. Guillén, muy acertada y discreta en la interpretación del difícil y poco simpático papel de Paquita; dió á conocer que no fueron infundadas las esperanzas que concebimos respecto á su porvenir en la escena, cuando la vimos en el Teatro de Novedades durante la temporada anterior; venció

las dificultades y escollos de que su poco definido carácter está sembrado, y procuró transmitir al personaje la intención que el autor concibió en su imaginación, pero que no desarrolló su pluma.

Pero á decir verdad, después de Vico, que hizo prodigios en toda la obra, los honores de la representación pertenecen á Donato Jiménez, que cambió y transformó por completo el personaje de D. Lorenzo, dándole un alcance y un colorido tal, que consiguió cubrir las inverosimilitudes y contradicciones que el autor le imprimió al escribirlo, pero que indudablemente no pudo concebir al idearlo.

Con razón dijimos, al emitir nuestro juicio, que se notaba un gran vacío en la interpretación de este carácter, que el señor Echegaray no delineó siquiera, y que Donato Jiménez ha pintado de mano maestra, dando al drama una consistencia que no tenía, á más de naturalidad, verdad, intención, todo lo que el arte enseña y exige y que ha empleado Jiménez para dar vida y sér á un personaje, que siendo uno de los más firmes fundamentos del drama, se hundía, por inexperiencia ó exceso de imaginación del autor, y exceso de buen deseo y falta de intuición del actor que en el estreno le tuvo á su cargo.

Jiménez, identificándose con la idea primordial del autor, ha dicho con el arte lo que éste no supo decir con su inspiración.

Mucho nos complacemos en rendir este tributo de justicia al joven actor tan querido del público.

Lo confesamos paladinamente sin ambajes ni reticencias de ningún género; con verdadero entusiasmo nos vamos á ocupar de la comedia, ó por mejor decir, del molde de escribir comedias que con el título de *Bola de nieve* escribió hace muchos años D. Manuel Tamayo y Baus, y que hoy ha reaparecido en el clásico Teatro Español, para reverdecer los inmarcesibles laureles de los inolvidables dramaturgos, que si-

guiendo las huellas de aquellos que aún viven y vivirán eternamente en los anales de la historia dramático-española, dieron días de gloria á la patria escena, en unión de los actores cuyos nombres han hecho recordar con entusiasmo Calvo, la Sra. Contreras, Calderón y Calvo (D. Ricardo).

Como si no hubiera pasado tiempo alguno desde la fecha de su estreno, la comedia se presenta con las mismas tintas de novedad y los mismos timbres de belleza, de interés creciente, de verdad y de frescura que entonces. Fenómeno extraordinario que sólo se explica por el mérito intrínseco de la obra, escrita con arreglo á los moldes propios y peculiares del género que rechaza los arrestos ilusorios de la fantasía; los atrevimientos de la acalorada imaginación y la sujeción á escuelas, fundadas más por el deseo de hacer notable á poca costa y á poco trabajo, dando al mundo no lo que es suyo, sino lo que se quiere que suyo sea, y escribiendo, por lo tanto, bajo una impresión hija de un deseo temerario de variar lo inmutable y deshacer lo hecho por poderosa y absoluta mano, en vez de seguir el cauce marcado por hechos inmutables y eternos, actos constantes de la vida humana, producto natural del modo de ser del hombre y de la sociedad que cambia de rumbo y de tendencias, pero no se separa del fundamento estable que regula sus acciones, sus pensamientos y sus obras, sujetas primordialmente á lo que debe ser, porque así está escrito en los caracteres de los individuos que componen el conjunto social, y está impreso en el corazón de la humanidad como reglas constantes que normalizan su existencia.

Sin acudir á los extremos de una idea germinada en el cerebro de hombres más ilusos que pensadores, que imaginando descender al terreno material de los hechos, se remontan con esos mismos hechos á los espacios imaginarios y los funden en el crisol de su fantasía, creyendo de buena fe que los modelan con el buril de la verdad, el Sr. Tamayo, siguiendo la senda opuesta, concibe el pensamiento tan profundo como moral de combatir los arrebatos de los celos, y demostrar que, siendo hijos de suposiciones gratuitas desenvueltas en imaginaciones poco armonizadas con la razón, pueden conducir á los mismos terribles y funestos resultados que el adul-

terio, la ambición, el robo y el crimen, con la única y marcada diferencia que allí resulta de hechos, si no inconcebibles y absurdos las más veces, rebuscados al menos entre los hediondos rincoñes del vicio, y aquí surgen de un hecho insignificante y baladí, desarrollando un principio moral que enseña, corrige y consuela, como vamos á verlo.

Clara y Luis son hermanos, y ambos se resienten de una educación poco sólida que engendra frivolidad en sus acciones y en su modo de ser, efecto del cariño exagerado de una madre anciana, que si bien comprende los defectos de sus hijos, los oscurece su maternal amor.

Fernando y María, sobrino el primero de ésta, y huérfana la segunda, reúnen cualidades diametralmente opuestas á Clara y Luis, resultado de lo mucho que ilustran la razón, perfeccionan el juicio y neutralizan el conocimiento del mundo, las lecciones de la desgracia y las vicisitudes de la vida. Carlos, neófito doctor en medicina, amigo de Fernando, con entendimiento claro que hace compatible la ligereza de los pocos años con la seriedad que imprime el saber, y dos criados casados y andaluces que son el reflejo en tosco de Clara y de Luis, constituyen los personajes que intervienen en la acción.

Caracteres perfectamente y por mano maestra trazados, que se desarrollan; acción lenta y natural y que da unos celos infundados, y si algún fundamento tienen, es el que Luis y Clara, enamorados de Fernando y María, les imprime, viene á resultar la herida grave que en desafío causa Luis á Fernando, y la mortal que éste y María causan en el corazón de aquél y Clara, al mirar que se unen en el eterno lazo del matrimonio, en el que nunca pensaron, impulsados por tan celosa é infundada manía.

De la contraposición de los caracteres nace la catástrofe, sin más medios que los que la razón natural indica y que emplea el autor, con grandes recursos y talento para vencer los casi invencibles obstáculos que el desenvolvimiento de la idea produce.

Pasando al desempeño de la obra, cuanto digamos será pálido, puesto que también confesaremos claramente que hace muchos años no habíamos presenciado un conjunto

tan igual y armónico como ahora en la escena española.

Los que dicen que Rafael Calvo no podría hacer una comedia, habrán salido de su error, y tanto él como la señora Contreras, han demostrado todo lo que vale el talento artístico, pasando desde los límites de la comedia al terreno del drama, de una manera que excede á toda ponderación.

Vico, admirable en el papel de Fernando, demostrando una vez más lo que vale la práctica y el conocimiento de la escena.

La Sra. Calderón, muy bien en el suyo de María, y Ricardo Calvo haciendo maravillas en el insignificante personaje del joven doctor. ¡Qué bien dice una frase en el tercer acto!

Los demás actores, completando el cuadro de un modo inmejorable.

Como nada en el mundo está exento de defectos, hemos notado uno, ó sea el descuido en presentar la obra, sobre todo en el tercer acto, resultando pobre la escena para lo que hoy se acostumbra.

Con el título de *Felipe Derblay* se ha puesto en escena en el escondido teatro de la Princesa el drama de Jorge Onhet, titulado *Le maitre des Forges*, que con el nombre de *Il padrone de la Ferriere* interpretó en el teatro de la Comedia Italiana, dirigida por Emanuel, y en la que figuraba la señora Glech.

La obra ha perdido mucho en la versión castellana, si versión y castellano puede llamarse el diálogo impropio de un chico que empezase á conocer las reglas gramaticales, porque tal imberbe mancebo no lo hubiera hecho peor, y dado el caso de que así hubiera sucedido, podía decirsele, con razón, que nadie debe meterse en camisa de once varas, y que para traducir un idioma es requisito indispensable saber el español.

La interpretación fué buena en general, aunque en nuestro concepto no resulta un conjunto tan perfecto como en otras obras desempeñadas por la compañía que dirige Emilio Mario.

Se ha dicho, creemos que sin fundamento, que la traducción del drama en cuestión era debida á la *fecunda* pluma de un editor de obras dramáticas; esto tendría mucha gracia, y se le podría aplicar á los autores aquel refrán de *qué amigos tienes, Benito*.

La presentación de Julián Gayarre en la *Africana* colmó todos los deseos de los amantes del *bell canto* que asisten al regio coliseo.

Inútil es repetir la manera con que el tenor español interpreta la parte de Vasco de Gama, y ni tampoco el relieve que da á la de Selika la Sra. Kupfer; para los dos fué la ovación en la primera noche, que se extendió en las sucesivas al señor *Mancinelli*, que dirigió la orquesta con la precisión y maestría que le son características, y de la que se dudó por algunos intransigentes en la primera audición del spartetto de *Meyerveer*.

No falta tampoco quien nota en Gayarre variación en la voz, y le augura será barítono pronto; si mal estamos de tenores, no estamos muy bien de barítonos, y Gayarre lo sería admirable: los demás que en la citada ópera tomaron parte, merecen el silencio; no así la Sra. Kupfer y Pasqua en *Mefistófele* y *Mignon*, que añadieron un lauro más á los que tan justamente llevan conquistados.

Cádiz es un episodio histórico, ó por lo menos así lo titula su autor, D. Javier Burgos, escrito sin duda alguna sin otro objeto que el de que el maestro Chueca luzca una vez más su inspiración, y el maestro Valverde una instrumentación artística y maestra, y así se ha verificado, con el aditamento digno de tenerse en cuenta de unas preciosas decoraciones pintadas por los Sres. Ferre, Bonardi, el malogrado Limones y Candellac, que terminó la obra que aquel vió interrumpida por una inesperada y prematura muerte.

Quitadas éstas y los preciosos y chispeantes números musicales, que son el coro de introducción, un tango, unas caleseras, la jota final, que excede á toda ponderación, y una canción de un ciego, lindísima; de lo demás, ó sea el atrezo, el libro y el argumento, puede decirse lo que con referencia á un álbum dice Bretón en el *Poeta y la Beneficiada*:

Si todo escritor severo
del libro arranca una hoja
y en el forro se le antoja
poner el nombre al librero,
¿qué le queda al buen Pantoja?
fuera de los nueve, cero.

RAMIRO.





EL MOSÉN⁽¹⁾

CONTINUACIÓN

GNTONCES hacía un movimiento convulsivo; se apretaba los ojos con las manos, como si cegar quisiera, y, sí,... aquel cuadro se borraba; desaparecía... Pero venía otro... como el segundo acto de una tragedia... Una tenebrosa noche, en que el aire no hacía más que retemblar por las detonaciones que sin parar se sucedían, y abrir paso á proyectiles candentes, que agujereaban el techo de su tranquilo hogar... y luego muchedumbre de soldados que asaltaban la casa robando y blasfemando... y su anciana madre que gritaba dolorida al sentir atravesar el hierro de mohosas bayonetas los pechos con que alimentó á sus hijos... ¡á él y á Paz!... ¡Era el premio del cielo, que la arrancaba del mundo!... Y mientras, él, moribundo, herido, sobre un charco de propia sangre, viendo, imposibilitado de levantarse, el modo soez y brutal con que un hombre se atracaba de carne, devorando insaciable la pureza y el honor de su hermana María... Y que después huía hastiado de tanta lascivia, y rendido de bracear con una débil mujer que mientras conservó el sentido, gritó y golpeó á bo-

(1) Véase el número anterior.

fetadas el rostro del ladrón... Y al día siguiente, cuando el pueblo volvió á quedar en poder de los carlistas, la voz pública diciendo que el que había mandado el asalto, era un hijo del Monpavón á quien ya odiaba...

—¡Sólo faltaba—se decía horrorizado hasta de pensarlo— que el que robó á mi hermana el único tesoro que poseía, fuese éste también!...

Y el drama estaba incompleto: sus padres en la tumba clamando desde el otro mundo por una venganza... que su hijo no les daba, ocupado en cuidar, agasajar y acostar en su mismo lecho al que tanta desdicha les había traído... ¡y los Monpavón olvidados de todo, ricos, felices, y ostentando en sus pechos las cruces de guerra que sus crímenes con los Parolla les habían valido!... ¡No!: si él vivía era para vengarlo todo: si de su cinto pendía un sable y un revólver, era para mellar su corte y reventar sus cañones, matando gente que llevase el maldito apellido; y si fama de valiente tenía entre los suyos, era porque el rencor que inmortal palpitaba en su pecho, convertía el asesinato en placer horrible... gota deleitosa de agua entre los tormentos abrasadores del infierno.

¡Venganza!... oía sonar; pero se acordaba de los consejos de Fray Salvador, y temblaba, porque aquellos consejos, significaban perdón. Y nuevo Dante, iba con el espíritu al cielo y saludaba á su padre que le miraba como si no le conociese... ¡él no era su hijo! ¡su hijo le hubiese vengado ya!... ¡Fray Salvador!... Santo, sí, muy santo era Fray Salvador... Y Dios en la cruz perdonó á sus verdugos... pero Jaime no era Dios... Además, Fray Salvador no tenía un padre asesinado, ni una hermana deshonrada, ni una madre cosida á bayonetazos... Y Jaime en su delirio veía á su padre triste, enojado contra él, con el sudario manchado de sangre, los huesos cascados por el martirio, llorando al ingrato hijo que tenía miedo de vengarle... ¡Qué cobardía más estúpida!

—¡Padre mío!... ¡Padre mío!...—murmuraban sus labios pálidos de emoción, mientras respiraba agitado porque se ahogaba en un mar de sangre...

—¡Se irá... eso sí: se irá! ¡Pero me vengaré en él!... La

piedad me ha ido estrujando el corazón hasta el último límite... ¡no puedo más!—decía angustiado y terrible.

Y sus palabras eran como sus propósitos, inmutables; como de bronce; y al mismo tiempo tan fúnebres y sombrías, que más que palabras, eran doble mortuorio de campanas rotas.

—¡Sí!... ¡Le vengaré!...—repetía.

Y se separó de la ventana, y fué hacia la mesa.

Tendió la mirada perdida, sin ver nada, y cogió un papel en que iba á escribir algo, cuando paró sus ojos ante una carta.

Estaba dirigida á él.

La desdobló sacándola del sobre, y miró la firma.

El nombre de Augusto Monpavón escoció á sus ojos cual un puñado de sal... ¡Un Monpavón le escribía!... Repitió el nombre su boca, y á sus oídos sonó como un trueno que estallara súbitamente.

Ni el reo que escucha su sentencia, ni el verdugo que amarra al poste del cadalso lo que pronto no va á ser más que un estrangulado cadáver, esperan con más avidez que Jaime cuando leyó la carta de Augusto.

Hubo un momento de indecisión espantoso. La cara del Mosén se contrajo no una, sino mil veces; cada palabra de la carta era un gesto distinto en el alterado rostro de Jaime... Por fin acabó: sus manos estrujaron el manuscrito hasta convertirlo en menuda plasta, que hecha una bolilla arrojó por la ventana; y aquel hombre tétrico, de demudada faz, que segundos antes era viva imagen de la amargura, se echó á reír; pero de modo ruidoso, tan extraño, tan sarcástico, para decirlo de una vez, que parecía un loco en el instante del acceso... Y reía; y sus carcajadas homéricas resonaban como bofetadas de piedra; y estuvo un gran rato sin cesar de sonreír ruidosamente, hasta que su faz se fué cambiando por completo; la entreabierta boca fué cerrándose, y las mejillas rojas de aquel momento de irónica alegría, se tornaron cárdenas...

—¿Habrá necio?—se preguntaba.—¿Es posible que en cabeza de hombre quepa un proyecto tan descabellado?....

¡Estúpido, asesino!... Tiene valor para proponerme... ¡Bah! Estos Monpavones creen que no hay sino matar y matar, y luego insultar á las víctimas de sus delitos, altivos, orgullosos y aspirando á la felicidad de un amor que no merecen... ¡O será tal vez el medio de que se quiera valer para embotar el puñal de mi venganza, que su conciencia le dice tiene como espada de Damocles sobre la nuca?... ¡Que ama á... María!... Y que ella... le ama también... ¡Será necio y vanidoso!... Aunque así fuera, la sangre del asesino y la de la víctima nunca debieran confundirse en la hoguera del amor... ¡Amor!... Nunca lo habrá sentido: no sabrá lo que es: el amor es para las almas nobles, no para las que están prostituidas y enfangadas en crímenes... ¡como la suya!... ¡Oh!... ¡que se marche! ¡que se marche!... Dios me pondrá frente á él, de modo que mi revólver tenga buen blanco en su pecho... Quiere interponer el amor de mi hermana entre el tigre y su presa... ¡Ca!... Sus días están ya contados... Ahora resulta que va á morir mucho antes de lo que yo me había imaginado.

Paróse á pensar, y dijo:

—O tal vez... tal vez... quiera pagarme los beneficios que le he hecho, salvando su vida... casándose con ella... ¡Pero si eso es imposible! ¡Si él va á morir!... ¡Y muy pronto!... Si ya no tiene vida... El corazón se me dilata de pensarlo... ¡Voy á decírselo á Paz! ¡Cómo va á reírse! ¡Como me río yo!... Lo mismo... sí, lo mismo...

Y poniéndose en pie, atravesando el despacho y asomándose á la escalera, gritó más que llamó:

—¡María Paz!... ¡María!...

Y trascurridos unos segundos, la hermana del Mosén, febril, exaltada, loca de alegría, subía la escalera, creyendo ¡desdichada! que su hermano accedía á consentir sus amores con Augusto.

Jaime volvió á reír; la cogió de la mano; la arrastró tras de sí, y entre carcajadas huecas y sonoras que helaron de espanto á la huérfana, la dijo:

—¡Oye!... ¡has de saber!... que Augusto... el que asesinó á nuestra santa madre... ¿te acuerdas de ella, Paz?... ¿te

acuerdas cuando juntaba nuestras cabezas en su regazo... y cuando nos contaba la muerte de nuestro padre haciéndonos llorar y unir nuestras manitas para pedir al cielo por él?... Pues bien, Augusto... quizá el que clavó la primera puñalada en el pecho de la que nos dió el sér... te ama, y aun asegura en una carta que me ha escrito... ¡ríete, mujer!... ¿no te ríes?... pues dice muy formal, como si por eso fuera yo á creerle... ¡que tú le amas á él también!... ¡Mentira!... ¡Mentira!... Tú le odias como yo... tú deseas su muerte; tú tienes sed de lo que ya comienza... ¡La venganza para los asesinos de nuestros padres!..

Paz cayó desplomada, derrumbada como una estatua á que de pronto faltase el pedestal.

—¡María!—exclamó Mosén sosteniéndola.—¡María!... ¿qué te pasa?... ¿estás loca? ¿por qué me mirás así?... ¡tus ojos son puñales!... ¡Habla, mujer!... Dime que miente Augusto...

María de la Paz, con los ojos desencajados, la vista fija en su hermano, caída en el suelo, no hablaba una palabra.

—¡Qué!... ¿Seré tan desdichado... que tú le ames?... ¡Tú, María!... ¿La hija del viejo Parolla arrastrado y escupido por un Monpavón?... ¡Oh, no, no me hagas señas; te comprendo; inútil es que hables; sé lo que quieres decir con eso; dices que miento, y dices bien!... ¡No era posible!... Mi pensamiento te ha calumniado... Perdona, Paz... ¡perdóname... que no sé lo que dije!... ¡Ganas de llorar me dan al pensar que tú... mi hermana de mi alma... mi María... dame un beso... no, tuyo, tuyo... ¡yo quiero que me lo des tú... así... gracias... María!... ¡Cuando él, ni ninguno de los suyos ha sido digno de ti!... Hermana mía... Dame otro beso... que me refrescan el alma... abrasada por la osadía de ese... canalla. Cada vez que le nombro se me llena de sangre la boca... y hasta el cielo creo que hoy está... teñido de carmín...

Alzóla con cariño, sosteniéndola en sus brazos; y dándola frecuentes besos en la frente, fué á sentarla en un viejo sillón de cuero. María de la Paz seguía muda y con la cara serena en la apariencia, pero lívida, blanca y fría como el mármol..

La imaginación de Jaime volvió á arrastrar su pensamiento ante el cadáver mutilado y deshecho de su padre, con los

dientes apretados en la contracción de la agonía, y el cuerpo cruzado de hilillos de sangre coagulada y negra que iba de las heridas á las coyunturas. Desviaba los ojos, fijándolos en la hermosa cara de su hermana, pero continuaba viendo al horrible fantasma, y murmuraba golpeándose el pecho y mesándose el cabello que le caía sobre la frente:

—¡Sí!... ¡Ya te he visto!... ¡Y voy á vengarte!...

Miró á la inmóvil Paz y la dijo:

—¿Que á quién veo?... A tu padre... al mío... ¡á quien ví entonces!... ¡cuando lo mataron!... ¡después!... ¡ahora mismo!... ¡tal vez lo veré siempre!... ¡en la hora tremenda de mi agonía!

El cabecilla se separó de su hermana y rugió como un tigre, mientras se apretaba la frente con tal fuerza que crujían los huesos del cráneo.

—¡Dios mío!... ¡Dios santo!... ¡arrancadme esto de aquí!

Cerróse entonces la ventana del despacho con tal violencia, que los vidrios saltaron hechos polvo; y el bramar del viento huracanado ahogó sus últimas palabras.

Un nuevo personaje penetró en la estancia.

María lanzó un grito, y trató de ponerse en pie; las fuerzas la faltaron. En cambio Jaime retrocedió unos pasos mirando á Augusto, como el león antes de arrojarse sobre la víctima que ha de devorar. Los ojos eran constantes relámpagos de ira que lanzaban centellas de fuego.

—¡Baja... baja las escaleras y... partamos ahora mismo!...

Monpavón vaciló.

—Te digo que salgas, necio... porque vamos á partir ahora mismo...

—¿Yo?—preguntó Augusto asombrado, viendo con temor la figura siniestra de Jaime que se le venía encima como una avalancha.

—¡Sí... tú!...

—¿No ha leído V. una carta mía?...—le dijo deteniéndole.

—Sí—respondió Jaime abriendo desmesuradamente los desencajados ojos.

—Entonces...

—¡Pues por eso!... ¡te arrojó de mi casa, porque quiero

dejar de tener pronto el obstáculo que me impide deshacerte entre mis brazos!...

—¿A mí?...

—Sí, á ti, ¿qué te extraña?... ¿Esperabas otra cosa de tus víctimas?... ¿Creías que íbamos á premiar tus crímenes admitiéndote en nuestra familia?... ¡qué quimeras forjas en tu disparatado cerebro! Lo que más me ha chocado de tu papel, es....

—¿Dónde está?...

—Lo he tirado... me apestaba y me manchaba los dedos... Monpavón temblaba, víctima también de la ira.

—Lo que más despreciable he encontrado en ella, es la afirmación de que Paz te quiere...

—La verdad...

—¿Verdad?...

Y Jaime se adelantó hasta tocar el cuerpo de Augusto; su garganta rugió una exclamación que casi era una blasfemia; al mismo tiempo alzó una mano con el puño cerrado, pronto á descargarla sobre la cabeza de Augusto.

Monpavón le cogió los brazos deteniéndole.

—¡Suelta!... ¡Suéltame!—gritaba Jaime en el paroxismo de su furor.

Y Augusto le dejó libre.

—¡Baja esas escaleras que nunca debiste pisar!... Obedéceme; que aunque tu sentencia de muerte ya está firmada, no es este aún el momento de llevarla á cabo... Sal, y marchemos.... Adiós, Paz...

Y Augusto sin responder palabra, fijó su vista en María, que sin sentido yacía en el suelo.

—Por bien suyo la amaba—dijo Monpavón.

—¿Serás aún tan miserable—clamó el Mosén,—que quieras darnos de limosna un amor que nadie te ha pedido?...

—Pues marchemos... ya que V. ignora á quién echa de su casa...

—No lo ignoro, no... Al asesino de mi madre...

Y á un tiempo mismo, como dos desafiados bajaron la escalera y llegaron al portal...

Dos caballos esperaban ensillados.

La Caspia iba de un lado á otro atemorizada por la tempestad de aire que rugía imponente fuera de la casa.

El ruido borraba las palabras haciendo que nadie se entendiera allí...

Sonaban los portazos, y por las rendijas de las ventanas se colaban rachas de viento que llevaban el desconcierto, hasta el punto de que la Caspia no cesaba de murmurar:

—¡La Berlia... la Berlia!...

CAPÍTULO XXII

¡LA BERLIA!....

Los astrónomos de Cristierna, es decir, los viejos que distraían las tristezas de sus achaques estudiando el mudo lenguaje del cielo, estaban desde que se habían levantado preocupados y temerosos del cariz que aquel día presentaba el firmamento. Parecía que habían descubierto en su inmensidad no sé qué signos y anuncios de borrasca de aire; pero no de esas borrascas que en Castilla duran diez minutos, y luego de haber hecho dar un paseo á nubecillas de polvo y hojas secas, concluyen por un chaparrón que se va en el mismo tiempo que tardó en venir, sino á la del huracanado ciclón que ellos designaban con el nombre de la *Berlia*.

¡La *Berlia*!.... Era este nombre toda una leyenda que por auténtica y verídica constaba apuntada en pergaminos en el archivo del Ayuntamiento cristerniense. No había chico que no la supiera de memoria; ni tertulia de viejas donde no se comentase lo menos seis veces al año; ni forastero que á los dos días de pernoctar en el pueblo no tuviese de ella extensa y pintoresca noticia. Y ¡ay! del que mostrara la más somera duda, respecto de su verosimilitud: la *Berlia* en la primera visita que á la aldea hiciese, se encargaría personalmente de convencerle, más aún de lo que para seguridad de su conciencia necesitase, de todo lo contrario.

Fué la *Berlia* una hermosa doncella que vivió en tiempos muy antiguos, y á quien la fatalidad de las circunstancias hizo morir á manos del pueblo. Se la tachó primero de mancha de un caballero hidalgo, que marchó á la guerra dejándola deshonrada y sola, en medio de la mayor miseria. Luego, de que se dedicaba á fabricar unguentos y filtros de endemoniada composición, con los cuales comerciaba, causando más de dos desastres en quienes los compraron. Después, de que el hijo que tuvo con el hidalgo, lo despeñó al abismo de las canteras de Agurrio. Y finalmente, tanto y tanto crimen, que sin duda alguna atrajo la maldición de Dios, haciendo que casi seguidas vinieran al pueblo dos epidemias y tres malas cosechas. Entonces, Cristierna en masa acordó mandar á los diablos á la ya vieja y horrible *Berlia*, y una noche yendo á la casa, que en las afueras de la aldea tenía implantada, la rodearon de leña, y pronto fué armadura de brasas rojas, en que como sobre pentágrama de fuego, corrieron llamas blancas y amarillas. Bailotearon al resplandor de las hogueras hombres y mujeres; oyéronse algunos gritos ahogados de la abrasada hechicera; nubes de plomo y chispas revolaron entre las sombras, y á poco el embrujado antro no era más que un conjunto tétrico de cuatro denegridas tapias, desconchada la cal, y con los quicios sin puertas, en medio de las que, casi enterrada en cenizas humeantes, había una cama de piedra negra, sobre la cual dormía un carbón de forma humana: el tostado cadáver de la bruja.

Era complemento de esta narración, la noticia de que la tachada de bruja era una inocente é inofensiva mujer, que agraviada por la injusticia que con ella se había cometido, pidió á Dios licencia para que su alma se vengase siempre que pudiera de Cristierna. Y así, era tradición que el alma de la *Berlia* andaba por los cielos robando aire de todos lados para luego, de improviso y en conjunto, arrojarle en formidable torbellino sobre el desgraciado pueblo, constituyendo el temible ciclón, que como ya hemos dicho, preveían para aquella tarde los padres graves de Cristierna.

Claro es que todo esto era una fábula, y que cada día iba siendo mayor el número de los que no creían en ella; pero el

caso es que al oír la *Berlia*, todos atrancaban los portones con gruesas vigas, cerraban las ventanas, y atemorizados y con susto, escuchaban al viento, que bufando sordamente como una fiera, se descolgaba por las chimeneas, aplastando las llamas de los encendidos hogares y silbando por las rendijas de los balcones, constituía al fin un concierto de desastres en los chopales y huertos, y un diluvio de ruidos que atemorizaban á los espíritus, haciendo retemblar de frío los cuerpos.

Fuera lo que fuera, aquella mañana había salido el sol embozado en crespones de escarlata, como rey que de mal grado va á revistar á sus vasallos; y asomó el incandescente rostro sobre las lomas de Oriente, haciendo fulgurar el revuelto celaje como si fuera un mar con olas de cristal fundido, islotes de nácar, grumos de oro, ondas purpúreas, blancas vedijas y sobrenadantes boyas. Por playa y costa de tan accidentado océano, fueron naciendo del Norte moles inmensas de negras y plumizas nubes amontonadas; y entre unas y otras densas brumas cenicientas, valles fantásticos de aquellas raras sierras que se prolongaban en contrapuestos sentidos, en forma y á manera de cordillera áspera y pedregosa... Y allá en lo más alto, en el zénit del cielo, tenues voladuras rotas y desgajadas, como tapiz deshilachado, dejando ver por sus rendijas el puro azul.

El aire en la madrugada fué tibio; mas pesaba tanto en el ánimo como en el cuerpo; luego cesó; ni una hoja se movía en las sensibles copas de los chopos; ni una menuda hierba en los extensos campos; flotó el paisaje en un ambiente seco y carminoso que acortando distancias engrandecía las moles; y á las diez, todo el que alzaba la frente al cielo y veía el celaje del Norte, cárdeno, mate y estirado como una inmensa lámina de acero sin bruñir, no la bajaba y reponía á su natural y ordinaria posición sin murmurar para sí con desaliento: *La Berlia...*

Y en efecto, á eso de las tres, salió el alma vengativa de la bruja, blanda, apacible, sosegada, como paseando recreada por el atemorizado campo de sus feroces hazañas, y relamiéndose de antemano con la catástrofe con que iba á casti-

gar al pueblo; jugueteando con los espesos trigos que aún estaban en pie; haciéndose saludar de los siseadores álamos; barriendo de pajas las calles; moviendo un par de puertas entornadas; desliando los pliegues de algún tendido refajo... ¡nada!...

Pasó media hora, y la fiera se acordó de su martirio: vinieron á su memoria los insultos que los de Cristierna la dirigían mientras se retorció abrasada por las llamas que habían sorprendido su inocente sueño; y enardecida por el rencor, trabó primer combate con las ramas tenaces de las duras encinas, los matorrales espesos y los setos de espino que se tronchaban clavando sus púas en el polvo del suelo. La resistencia de los cerrados postigos la enfureció doblemente, embraveciendo más á cada minuto que pasaba; y forcejeando con las atrancadas puertas, y dando bufidos de coraje, amarró las ramas de los frutales para servirse de ellas cual de látigos, y golpear los vidrios de las ventanas, que hechos pedazos, caían con estruendo chocando en las repisas. Sordos mugidos la acompañaban, mientras las más erguidas y tiesas copas de los árboles se humillaban, entre remolinos de sucio polvo; las puertas se estremecían en sus umbrales; y fallebas y visagras hacían el último esfuerzo de suprema fortaleza, convirtiendo cada clavo en un garfio que amarraba las temblonas maderas. Troncháronse las chimeneas; crujieron los aleros deshaciendo en pulverulento serrín que volaba hasta lo más alto de los remolinos, la blanda carcoma de su vejez; las vigas más firmes lanzaban gritos de agonía; vetustas ramas arrastrando por el suelo, iban tremolando las verdes hojuelas con que la primavera las vistió, y á las pocas calles que andaban, caminaban desnudas entre un montón de muérdago desarraigado, como rota bandera de desmantelado buque que perdido el timón arrastrara hacia el abismo el viento.

Al mismo tiempo, y entre los chasquidos de la leña y el rodar de los escombros, se libraba en el aire reñida batalla de pajas, tierra, plantas, trapos y papeles: las hojas que dispersas yacían en socarreñas y calles, daban vertiginosas vueltas hasta hacerse un montón que volaba del suelo, se cernía

en el viento, describiendo espirales sonoras y rápidas, subía muy alto, y allí se deshacía dispersando las hojas, que desaparecían en los fosos, los regueros y detrás de los bardales y setos. Y era aún más de ver cómo la *Berlia* arrancaba de los viejos muros la secular hiedra y cómo á los nuevos los arrojaba golpetones de estiércol, y cómo á ardientes pajas las encauzaba hacia los repletos pajares para regalarse con el espectáculo de un incendio; y cual divertida y rara agitaba las campanas pequeñas de Santa Inés que lanzaban desacordes y quejumbrosos sonidos...

Luego descansaba breve rato; tomaba alientos, y se oía lejano rumor como el del mar que en noche de marea viva, gruñe al no distinguir entre las sombras las rocas en que há de estrellar la espuma de sus olas; pero volvía pronto, con doble empuje, haciendo oscilar lo firme; caer lo vacilante; encrespando las tejas, que se levantaban en los tejados, como burbujas de vapor en superficie hirviente; bramando, silbando, y haciendo crugir á los troncos quebrados; zumbar á los bardales que desesperadamente extendían sus espinosas greñas para no ser arrancados del suelo donde tenían sus raíces... y todo sucediendo á la luz de una claridad tétrica y sulfúrea; todo en movimiento; en vertiginosa danza gnómica; las casas con los ojos cerrados, y los árboles encogidos, tiritando y con gran porción de miembros rotos.

Iba ya para una hora que el fragor de este aéreo pugilato rodeaba á Cristierna, cuando una puerta se abrió, y... ¡válgame Dios qué modo de acurrucarse y precipitarse en la ancha portalada, la de aquellas rebañaduras de callejas, polvo y hojas!...

Todos los que al cancel asomaron, cegaron por un momento.

—¡Cerrar!—se oyó gritar á uno.

—¡No! ¡Abrir!—se escuchó replicar á otro.

Y sin duda debiera tener más autoridad el segundo que habló, pues fué obedecido como por ensalmo; y subsiguiente á su orden, distinguióse entre la pulverulenta atmósfera salir de la casa dos caballos, que pronto tuvieron jinetes.

Uno de ellos al montar, se vió que cojeaba un poco.

Y el otro cuando ya estaba montado, volvió la cara atrás y así la llevó hasta que se perdió de vista.

Que fué bien pronto, pues lo denso del aire borraba las siluetas de los más cercanos bultos.

Y con ellos pareció que se iba la horrible *Berlia*, pues tal vez por propio cansancio, el silencio y la inmovilidad reemplazaban al fragoso desconcierto y cataclismo.

Pero no: no era que se iba ni que se cansaba. Era que estaba admirada y suspensa ante los vidrios de una ventana que al fin concluyó por abrirse, y en la que vió dos caras muy juntas, tan juntas como distintas.

Joven y divinamente hermosa la una, lloraba con la mayor expresión de amargura; y la otra vieja, fea y soez, sonreía... Diciendo la muchacha, con la vista fija en el camino que seguían los animosos jinetes:

—¡Vuelve!...

Y la anciana haciendo ademanes con el huesudo brazo, como si las jurara á alguien:

—¡Así te maten!... ¡Hereje!

Mientras que las corraladas cubiertas de menudo escombro, ramas, casco y hojarasca; los árboles quebrados, y con cien cicatrices en cada tronco; los que no estaban arrancados de cuajo, lacios, desgñados y con el follaje casi en esqueleto, recobraban la inmovilidad; y el aire, el silencio; y el cielo, la calma. Que la *Berlia* huía con sus nubes por el Norte, replegándolas, doblándolas y haciéndolas desaparecer del horizonte.

¿Volverá?...

FIN DE LA PRIMERA PARTE

ANTONIO VASCÁNO.

(*Se continuará.*)



CRÓNICA POLÍTICA

BEANUDADAS las tareas del Parlamento pocos días antes del aniversario de la muerte del Rey Alfonso XII, bien puede decirse que la conmemoración de aquella fecha aciaga ha venido de repente á enmudecer á los oradores más briosos de la oposición, concediendo unos días más de tregua á los ataques políticos, y dando lugar á las manifestaciones del más legítimo y profundo de los sentimientos.

La emoción vivísima, las fundadas inquietudes que nacieron en los ánimos á la noticia de la catástrofe que llenó de estupor á España, desaparecen, pero no pueden fácilmente olvidarse, ni aun después de un año de Regencia, confiada á una Reina, cuyas altas virtudes admira Europa.

Es que la malograda y briosa juventud de un Monarca lleno de nobilísimos arranques, de una voluntad de hierro y de una iniciativa fértil en halagüeñas esperanzas, supo echar hondas raíces en los pechos españoles. Es que once años de prosperidad y de calma, después de la anarquía que siguió á la revolución que había arrancado la corona de las sienes de Isabel II, después de las encarnizadas luchas de los tiempos del triunvirato de Prim, Serrano y Topete, del efímero reinado de Amadeo I y de la república, de los Figueras, Pí,

Castelar y Salmerón con su negro séquito de sublevaciones diarias y guerras civiles, son casi un milagro en España. Once años de Gobierno regular y tranquilo no pueden ser en nuestros días sino el admirable fruto de un genio, son la incógnita de una ecuación complicada y únicamente resuelta por el feliz concurso de grandísimas dotes en las elevadas esferas del Estado, de instituciones armonizadas con la índole del pueblo español y del talento que no pierde de vista las encontradas corrientes que en nuestro país á todas horas se desatan.

Los políticos y los que no lo son, perfectamente de acuerdo en estas circunstancias, han pagado, en general hablando y de una manera muy elocuente, el tributo por todos conceptos debido á la imperecedera memoria del que tan joven ha dejado esta vida con la veneración, agradecimiento y sincera simpatía que sólo alcanza un gran Rey.

Un año ha trascurrido desde que los espíritus inquietos y los timoratos creyeron abierta de nuevo la era de las enconadas divisiones y de los continuos pronunciamientos; pero el patriotismo ha sabido conjurar hasta aquí los peligros, y es de presumir que la prudencia y la energía sabrán conjurarlos en adelante. Es unánime la confianza en las grandes cualidades de la augusta viuda que fué proclamada Regente, y cada día son más íntimos los lazos que unen con el pueblo á la que fué llamada á reinar, por ministerio de la ley, en las más aflictivas y temerosas circunstancias. Dos tentativas aisladas, en Cartagena y en Madrid, se han dirigido contra el sosiego público por oscuros agentes de los que en el extranjero pretenden desmentir la hidalguía castellana; pero esas miserables tentativas, que han costado la vida á pundonorosos jefes de ejército, han excitado también un vivo movimiento de reprobación en todas las clases sociales, y es seguro que los agitadores tendrán en lo sucesivo el terrible castigo que merecen. Ni la clemencia puede confundirse con la debilidad, ni es justo que nadie vuelva á tratar impunemente de oponerse á la obra de la paz y de engrandecimiento de la patria.

*
* *

Era natural que, al reanudar el Parlamento sus tareas, se fijase definitivamente la situación de los distintos elementos que dentro de la mayoría pugnaban, y también de los grupos que constituyen las minorías. Este trabajo de deslinde y su alcance, no han de tardar en conocerse del todo.

En primer lugar, el jefe del partido conservador expuso ya el día 17 en el Círculo que preside su actitud patriótica; trajo de nuevo y de una manera clarísima á la memoria el programa de su partido, y precisó la misión que, en su concepto, tienen que llenar los conservadores en el Congreso y en el Senado.

«Nosotros hemos dicho desde el primer día—repitió en elocuente discurso el Sr. Cánovas del Castillo;—nosotros hemos dicho desde el día de la pérdida dolorosísima de nuestro amado Rey D. Alfonso XII, que estábamos dispuestos á no reñir, á no dar grandes batallas sino en pro de nuestros principios: que podíamos y debíamos, mientras creyéramos que no había peligros para las instituciones del país, prescindir de lo que fuera mero interés de fracción ó de partido; pero que por lo mismo que nuestra conducta en esta parte no tenía entre nosotros antecedente, y por lo mismo que esta política era generosa y desinteresada, eso mismo nos obligaba á mantener la inflexibilidad de nuestros principios, que nunca como ahora se ha demostrado que son absolutamente necesarios para la conservación de los intereses políticos y permanentes del país.

»Las minorías, pues, del Congreso y del Senado no transigirán con ningún proyecto de ley de los anunciados por el Gobierno ó de los que prepare, que estén en manifiesta contradicción con nuestras convicciones; no abandonarán en estas circunstancias difíciles para la Hacienda, ninguna cuestión que á la Hacienda ó al crédito público se refiera directa ó indirectamente: las minorías, por último, estarán en su puesto en la discusión de toda ley ó de todo proyecto que pueda venir al debate, y llevarán á las Cortes las legítimas quejas de sus representados cuando éstos hayan podido ser víctimas del error ó de la arbitrariedad de las autoridades provinciales.

»Tocante á la cuestión que preocupa á todos en este instante; que es la de orden público, las minorías del partido liberal-conservador en el Congreso y en el Senado no podrán menos de prestar al Gobierno un apoyo tan desinteresado como completo respecto á las necesidades actuales y á los remedios verdaderamente eficaces que el Gobierno proponga; y cuanto á lo que se refiere á la conducta observada por el Gobierno, en la cuestión de orden público ó por lo que hace á la disciplina militar, sin apresuramientos, en la hora que nos toque, que nos tocará, la defensa de nuestros principios y convicciones, levantaremos la voz amplia y enérgicamente, y como merece la conducta del Gobierno en esas circunstancias.»

Y luego, con profunda convicción, añadía:

«No sé si dije exactamente, que dentro del partido liberal, el mejor Gobierno que podía formarse era el que actualmente rige los destinos del país; pero si no lo dije, debí decirlo. Claro está que dentro de mis convicciones, creo que es nuestro partido, el partido liberal conservador, el que tiene aquellos principios y aquellas soluciones que mejor pueden hacer el bien público en todos tiempos; pero los partidos no son solamente escuelas políticas, son también instrumentos de gobierno, aglomeraciones disciplinadas de fuerzas políticas, y toda la teoría del sistema constitucional reposa sobre que estas acumulaciones de fuerzas políticas alternen en el poder y se ayuden en la defensa de las instituciones de la patria.

No importa, pues, la preferencia que concedo á nuestras opiniones sobre todas las demás, para que yo crea que la monarquía constitucional no puede vivir con un solo organismo político, sino que hay otro que es nuestro adversario, pero que es nuestro hermano en la defensa de las instituciones, y que dentro de la lucha que hemos de sostener con él; conviene que contribuyamos á que cuando esté en el poder tenga aquella constitución que le convenga y aquella jefatura que más le convenga también, ya que existe y es necesaria su existencia para hacer con nosotros el bien de la patria.»

Respetable y plausible es la actitud franca y sincera de un partido que así sabe llegar hasta el sacrificio en aras del bien

común y del patriotismo. No extrañamos que fuesen muchos los aplausos de los exministros, prohombres y simples adeptos que oyeron la levantada peroración del Sr. Cánovas del Castillo.

*
* *

Conocidos son ya los varios incidentes á que ha dado ocasión el debate político planteado entre los senadores acerca de la conducta del Gobierno durante el interregno parlamentario y acerca de su actual programa.

El izquierdista Sr. Rojo Arias formula enérgicas protestas contra la personalidad del Sr. Sagasta por sus puntos de vista estrechos, porque los encierra en los límites de los intereses de partido; habla en nombre de su partido; renuncia á exponer los principios que constituyen el credo izquierdista; censura la política del Gobierno, que consiste en *no hacer*, menospreciando los más arduos problemas y la fórmula de fusionistas y demócratas; elogia las altas dotes del Rey D. Alfonso XII, y califica de triste su fallecimiento, afirmando que las instituciones no perecen con la persona; que en esta hidalga tierra española nada hay que seduzca tanto como un Rey niño y una señora esclarecida, cuyos días de regencia son otras tantas pruebas de entendimiento y cordura. Increpa con calor al Sr. Sagasta, porque no ha cumplido ni cumplirá el programa de su partido; cree más profundos de lo que se supone los motivos de la última crisis, y achaca únicamente á la inercia del Gobierno los sucesos del 19 de Setiembre, afirmando que el motín fracasó por la cordura de la opinión y por la sensatez del ejército. Examina en sus detalles el discurso-programa del Presidente del Consejo de Ministros; pide explicación acerca de los motivos que hicieron salir del Gabinete al Sr. Montero Ríos, verdadera garantía de los elementos democráticos; dirige sus tiros á los conservadores, afirmando que su benevolencia responde al deseo de suceder en el poder á los actuales gobernantes; pide un proyecto de ley de garantías, y concluye exhortando al Sr. Sagasta para que abandone su inercia y descargue su conciencia con reformas democráticas.

El conservador Sr. Fabié censura, teniendo á la vista textos legales, que en vez de uno se constituyeran tres consejos de guerra con motivo de los sucesos del 19 de Setiembre, y que, apesar de las prescripciones de la ordenanza, durara más de tres días la sustanciación de los procesos. Expone varios razonamientos para demostrar que al ocurrir los sucesos del 19 de Setiembre estaba en vigor el procedimiento sumarísimo, llamado vulgarmente verbal, descansando su argumentación en la unidad del poder y en lo prescrito en el art. 41 del capítulo 10 del tratado octavo de las ordenanzas del Sr. Rey D. Carlos III, vigente hasta la publicación de la nueva ley de procedimiento militar. Afirma que el Gobierno, á raíz de dichos sucesos, pudo determinar los tribunales y el procedimiento que debía seguirse, porque dichos tribunales accidentales, *ex post facto*, los crea el poder. Dice que no atenúan la responsabilidad del Gobierno las llamadas manifestaciones de la opinión pública en favor del indulto; no lo pidió el episcopado, toda vez que sólo 10 prelados lo solicitaron, de los 50 y tantos que existen, ni el Ateneo, que no se reunió al efecto; puso de manifiesto la injusticia que resulta de moverse la opinión en favor de oficiales generales y no de los oscuros sargentos que se sublevan; lee un suelto de *El Liberal*; alude á la exposición que publicó *El Imparcial* y un suelto, que reprodujo casi toda la prensa, relativo á haber solicitado el indulto una *logia*, invocando el título de pertenecer á ella dos Sres. Ministros, que por este hecho caen de lleno en los preceptos del art. 199 del Código penal.

Las últimas palabras del Sr. Fabié, en pleno Parlamento, han producido sensación. El Ministro de Gracia y Justicia afirma, para su descargo, que no conocía hasta aquel instante la solicitud de los masones; pero que su publicación no constituía delito. El Sr. Rojo Arias añade que la masonería persigue fines lícitos. Pero, si esto es así, se preguntan los profanos, ¿por qué no renuncia dicha sociedad á su carácter de secreta? ¿Por qué no se publican sus estatutos y no se aprueban legalmente? Esta es una duda de la que sólo pueden sacarnos los iniciados; en estos tiempos en que el humanitarismo obtiene privanza, lo oculto y misterioso se impugna, y

todas las manifestaciones y tendencias legítimas caben dentro de la amplia legalidad en la que vivimos.

El Sr. Camacho nos declara que ha dimitido su cargo de Ministro de Hacienda del actual Gabinete, después de haberse convencido de la imposibilidad en que se hallaba de separar la administración de la política, como son sus deseos.

El conservador heterodoxo Sr. Bosch se dirige al Sr. Sagasta para advertirle que no puede gobernar con un retazo de la bandera del partido conservador, y que con el credo liberal sólo podía hacerlo la izquierda. Añade que el Sr. Sagasta da poca importancia á los sucesos del 19 de Setiembre, y en cambio el país se la concede extraordinaria; que la indisciplina militar es debida al desequilibrio de las fuerzas vivas del país y á los vicios de la política, que no desaparecen con reformas incompletas como la de los sargentos. Declara que es preciso servir á la Monarquía con el cumplimiento estricto de la Constitución y de las leyes; califica la crisis de incomprensible é indivisible, y censura con elocuencia la conducta del Gobierno en lo concerniente al indulto, recabando para S. M. la generosidad de la resolución. Indica que el Gobierno sustituyó la grandeza del perdón soberano por una pobre caricatura de piedad. «Parecía, dijo, que la Reina refrendaba humildemente el indulto. El Sr. Sagasta ha traído al debate frases y palabras de S. M. que, analizadas por la malicia, podrían dar á entender que aquí solo hay un hombre generoso, y ese hombre es su señoría.» Acusa al Gobierno de haber provocado la crisis económica y social, y de aspirar al título de Ministros gloriosos de una Reina responsable, y declara que la monarquía es el más alto de los intereses de la patria, y que su partido ayudará á plantear todas las soluciones que favorezcan el desarrollo de los intereses materiales.

El Sr. Abarzuza emplea su retórica elegancia para asegurar que la benevolencia de los posibilistas al Gobierno no es benevolencia; pero enaltece el programa liberal y democrático del Sr. Sagasta, y la energía y virilidad del partido dominante. Hace una distinción entre las revoluciones y los pronunciamientos, y malgasta raudales de elocuencia para

disimular las interesadas miras de los que pretenden llegar por caminos pacíficos y parlamentarios á la república unitaria, cuyo advenimiento ha celebrado ya en París el conñado patriarca Castelar en sus famosos banquetes.

El General Salamanca se coloca de una manera áspera y definitiva enfrente del Gabinete, distinguiéndose por sus incongruentes razonamientos al tratar ciertos puntos delicados relativos á determinadas sublevaciones militares.

El Sr. Conde de Valencia asegura que el partido conservador ha creído siempre que la monarquía es el más alto interés de la patria, y no sólo lo ha dicho, sino que lo ha practicado, y esto explica la benevolencia con el Gobierno en bien del país y de las altas instituciones. «Nuestra benevolencia y nuestra actitud, dice, no son desistimiento de entrar en la vida política. El partido conservador no desea el poder, pero no lo rehuye, y si se le ofrece, lo aceptará.»

El Sr. Conde se extraña, no sin fundamento, de que se haya permitido predicar el derecho de insurrección como complemento de los demás derechos. «Atrevimientos tan criminales, dice, tienen su castigo en el Código penal. Las gentes creen que los autores de los vergonzosos sucesos del 19 de Setiembre son discípulos aprovechados de los predicadores del Norte. ¿Qué convicciones tenía el Sr. Presidente del Consejo respecto al indulto, que una indicación oportuna, generosa y magnánima de S. M. bastó para destruirlas? ¡Ah, señores! Viene á mis mientes la frase de Alcalá Galiano: ¡Ay de la virtud que para ser vencida sólo necesita ser solicitada!» Pregunta al Sr. Sagasta: «¿Está resuelto S. S. á no permitir la propaganda contra la monarquía y las instituciones? Su señoría creyó en 1881 que servía bien á las instituciones dando libertad para ultrajarlas en la tribuna, en la prensa, en todas partes, hasta el extremo de reunirse en Zaragoza un congreso republicano. Recordará el Senado lo ocurrido en Badajoz, en Santo Domingo y Seo de Urgel. En esta segunda época de mando de S. S. ha permitido las funestas predicaciones referidas. Ya es tiempo de que S. S. abandone el camino que sigue.» Refiere las medidas enérgicas que en el extranjero se adoptan contra los socialistas. «Este rigor,

dice, no es política conservadora; es política gubernamental; lo contrario sería política suicida.»

Las proporciones que el debate político ha adquirido entre los sesudos miembros del Senado, es ya claro indicio de las que ha de tomar en breve en el Congreso, donde con más violencia suelen bullir las pasiones.

Fuerza es ahora reservar la síntesis de nuestras impresiones para la próxima revista.

*
**

El partido genuinamente socialista se manifiesta ya entre nosotros, exponiendo al público, y con ruda franqueza, sus conocidos ideales.

Los socialistas declaran en Madrid, y á la luz del día, guerra sin cuartel ni tregua al capital acumulado por el trabajo y el ahorro, á la industria, á la aristocracia, á la clase media, y, en una palabra, á todas las palpitaciones vivas de la actividad humana. La fuerza, sólo la fuerza, dicen, es la que restituirá al obrero lo que de derecho le corresponde. La emancipación, la salvación de la clase proletaria, estriba principalmente en la destrucción de esa otra clase privilegiada é hipócrita, que se llama burguesía.»

Hace mucho tiempo que hemos señalado el divorcio, que cada día se acentúa más en Europa, entre las verdaderas y más temibles fuerzas democráticas, en la genuina expresión de la palabra, y los partidos republicanos cuyos conocidos prohombres se disputan la influencia en esas masas inconscientes que ya no son suyas. La nota dominante en las reuniones socialistas, es precisamente ese completo deslinde de campos. En concepto de los obreros del socialismo que aspiran en último resultado á la emancipación completa, ó sea á la comunidad de bienes, los federales mismos son más peligrosos y despreciables que los demás burgueses que francamente militan en las filas de los partidarios de la monarquía.

Mientras así anda á sus anchas la revolución social, la Junta central de reformas discute sosegadamente la conveniencia de presentar en esta legislatura varios proyectos be-

neficiosos á los intereses de las clases obreras. «Si las soluciones propuestas por esta Junta, ha dicho con mucha oportunidad su presidente el Sr. Cánovas del Castillo, han de revestir un señalado carácter práctico, y no concretarse á puras teorías ó á meras conclusiones doctrinales, preciso es que dichas soluciones y dictámenes, proyectos de ley más tarde, estén basados y como contenidos en el resultado de nuestra información casi ultimada; toda cuestión, por otra parte, que se presente hoy con el carácter de problema social, es de suyo intrincada y difícil, y hace falta que la opinión nos ayude en nuestra difícil obra, dictaminando por sí misma y con ayuda de la prensa, no sin tener á la vista los copiosos datos que existen coleccionados, los cuales debe apresurarse á imprimir y publicarlos el Gobierno de S. M.»

¿Serán suficientes los medios ideados para atajar un mal que invade progresivamente á Europa y amenaza á todas las naciones del antiguo y del nuevo continente?

Somos en esta parte absolutamente incrédulos, desconfiando de la eficacia de los procedimientos gubernamentales que por desgracia á la vista tenemos y tan tristes resultados producen.

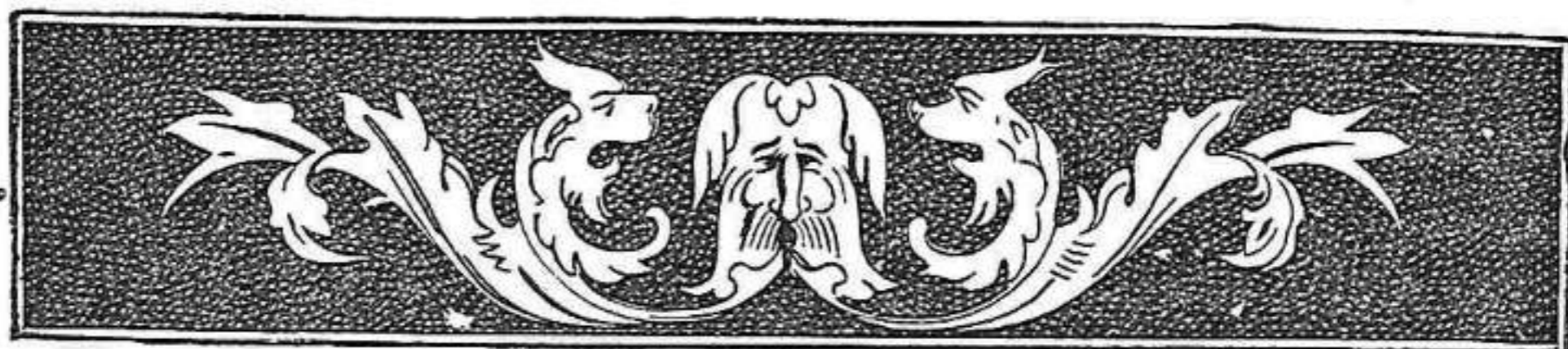
*
* *

Nos sorprenden, nos maravillan los trabajos en favor y en contra de una coalición republicana que por inexplicables contrasentidos cuenta, al parecer, con la tolerancia del Gobierno, aun después de las elocuentes lecciones del pasado.

Acerca de lo que resulte informaremos más adelante á nuestros lectores. Y también habrá de ser uno de nuestros temas predilectos en día próximo, la visita del Nuncio de Su Santidad en esta corte al Sr. Moret para pedir que España se asocie á una acción pacífica, cuya iniciativa ha tomado Austria respecto de Italia, con el fin de mejorar la comprometida situación de la Santa Sede en Roma.

Lo anunciamos en nuestro último número: larga en demasía podrá ser de aquí en adelante nuestra crónica de la quincena.

A.



REVISTA EXTRANJERA



ONTINÚA dando pábulo á contradictorias noticias y á diversos comentarios la crisis de Oriente, cuya solución parece ya muy inmediata.

El General Kaulbars se retiró de Bulgaria con todo el personal de los consulados rusos, no sin enumerar antes los agravios que había recibido de la Regencia. Declaró también que el triunvirato que allí hoy impera ha perdido completamente la confianza de Rusia, y que el Gobierno imperial se encuentra en la imposibilidad de continuar sus relaciones con el Gobierno búlgaro, mientras que éste se componga de sus actuales miembros.

Los periódicos ingleses afectaron creer que la marcha del General había de allanar todas las dificultades que á los intereses de la Gran Bretaña se oponían; pero la ilusión no pudo ser duradera. Al abandonar Rusia á Bulgaria, cesa su antiguo protectorado, devolviendo á los búlgaros aquella independencia material y moral de que se decían sedientos. Pero ¿podrán los búlgaros vivir sin el protectorado y sin el apoyo de su libertadora? No lo creyó así el Príncipe Alejandro, ni pueden tampoco creerlo los actuales Regentes. Hay en aquel ejército oficiales reñidos con la política de ahora, y no faltan descontentos en todas las clases sociales. Rusia se ha pronunciado

en favor del *statu quo* y de la paz en la península de los Balcanes; pero no ha descuidado, ni puede descuidar, el porvenir de su legítima influencia. Se asegura, y lo creemos, que sus recientes armamentos son una garantía pacífica en esta crisis. Pero bueno será no olvidar que sus propósitos pueden estar sostenidos por fuerzas terriblemente considerables.

Uno de los últimos números del órgano oficioso de la política rusa, en Bruselas, nos decía: «Nadie puede equivocarse respecto de la marcha del General Kaulbars, acompañado de todos los cónsules rusos en Bulgaria. No es una simple retirada, es una ruptura ante cuyas consecuencias se contuvo Rusia hasta durante el período revolucionario del reinado de Alejandro de Battenberg. Esta decisión no significa tampoco que Rusia trate en manera alguna de desentenderse de la cuestión búlgara, ni de ceder un ápice en la plenitud de sus derechos particulares é internacionales.» Tales palabras bastan para apreciar el giro de las soluciones que fatalmente vendrán, apesar de los incesantes esfuerzos de Inglaterra.

*
* *

En medio de las indecisiones y de los diversos criterios nacidos ante los acontecimientos actuales, ha venido á dar mucha luz el discurso del trono, leído el día 25 en el Reichstag por el Sr. de Bætticher, en ausencia del Emperador y del Canciller de Alemania. Tranquilizadoras son por demás las declaraciones contenidas en dicho documento.

«Las relaciones del Imperio alemán con todas las potencias extranjeras, dice, tienen un carácter amistoso y sumamente grato. La política del Gobierno Imperial tiene por fin permanente, no solo conservar á la nación alemana los beneficios de la paz, sino también emplear, para mantener una buena inteligencia entre todos esos Estados, el influjo que á Alemania dan su probado amor á la paz, la confianza que su política pacífica inspira á los demás Gobiernos, la ausencia de todo interés alemán en las cuestiones pendientes, y principalmente la viva amistad que une al Emperador con las dos cortes vecinas.»

No podía ser más clara esta última frase; la alusión á los sucesos de Bulgaria, aunque indirecta, resulta muy precisa. El Emperador de Alemania no tiene ningún interés en las cuestiones pendientes; la neutralidad que el Emperador Guillermo declara, ha de dejar que Rusia obre como mejor entienda en los Balkanes, habiéndose ciertamente equivocado la prensa inglesa y también parte de la prensa austriaca al indicar que eran tirantes las relaciones diplomáticas entre las Cortes de Berlín y San Petersburgo.

Pero, si las intenciones de Alemania son pacíficas, no por esto deja de manifestarse muy solícito su Emperador en todo lo que puede afirmar su poder como jefe de la primera potencia militar de Europa. El discurso del trono trata también de la gran cuestión de aumentar el ejército del Imperio.

Así, pues, el proyecto de ley que fija el efectivo del ejército para el período de siete años, desde el 1.º de Abril de 1887 á 31 de Marzo de 1894, hace ascender las fuerzas alemanas á 468.409 hombres sin contar los voluntarios de un año. La infantería contará 534 batallones; la caballería, 465 escuadrones; la artillería de campaña, 364 baterías; la artillería de á pie, 34 batallones; los ingenieros, 19, y el tren 18. Las fuerzas que nuevamente se forman consistirán en dos Estados Mayores de división, cuatro Estados Mayores de brigada de infantería, cinco regimientos y 15 batallones de infantería, un batallón de cazadores, 21 Estados Mayores y 24 baterías de artillería de campaña; tres Estados Mayores de batallón y nueve compañías de tropa de caminos de hierro con cuatro compañías del tren.

En resumen, los gastos anuales serán de 24 millones de marcos, y el aumento resulta de un 10 por 100, haciéndose constar que los presupuestos de Francia y de Rusia son mucho más subidos que los del ejército de Alemania.

Ya lo hemos dicho: *si vis pacem, para bellum*.

*
**

Los armamentos de las grandes potencias causan, sin embargo, triste impresión en el ánimo de algunos escritores de

los pequeños Estados menos favorecidos por la suerte. Europa, decía recientemente con cierta amargura un periodista belga, Europa vuelve á la edad de hierro. Enfrente del derecho se presenta la fuerza, ó más bien la violencia, porque la fuerza puede tener sus momentos de legitimidad; pero la violencia, nunca. Y aun la fuerza misma deja de ser legítima ante el derecho, que es la razón más cierta. Es triste que la fe moderna en los tratados no sea más valedera que la antigua fe púnica. La teoría de las vastas aglomeraciones de países y pueblos reunidos bajo un mismo cetro, vuelve á tomar cuerpo, no en programas quiméricos, sino en hechos reales ó en víspera de realizarse.

No existe más que un recurso supremo para las potencias neutrales que han logrado vivir hasta aquí bajo la protección de los actos internacionales. Están expuestas á servir tal vez de rehenes en las treguas entre vencedores y vencidos, y si quieren escaparse de su suerte, es preciso que se armen de manera que puedan resistir el primer choque, poniendo en línea un contingente bastante respetable para que cada uno de los beligerantes tenga que contar con ellas.

¿Quién puede prever las contingencias del porvenir? ¿Qué fuerzas tan respetables podrán nunca poner en pie de guerra Bélgica ó Dinamarca, por ejemplo, países donde en los actuales momentos se agitan, con razón ó sin ella, más vivas que nunca estas preocupaciones?

*
* *

En Francia, la situación del Gabinete Freycinet ante el obstruccionismo de las izquierdas continúa persistente, sin que logren resolverla los expedientes hábiles con que las derechas hasta ahora han ayudado tan eficazmente al Gobierno.

Dos Ministros, Sadi Carnot y Goblett, según el telégrafo, se encuentran ante la actitud de las Cámaras en inminente crisis, y Mr. Freycinet, de acuerdo con sus compañeros, se ha resuelto al cabo á plantear la cuestión de confianza. Tenemos, pues, de nuevo en estudio la situación política del

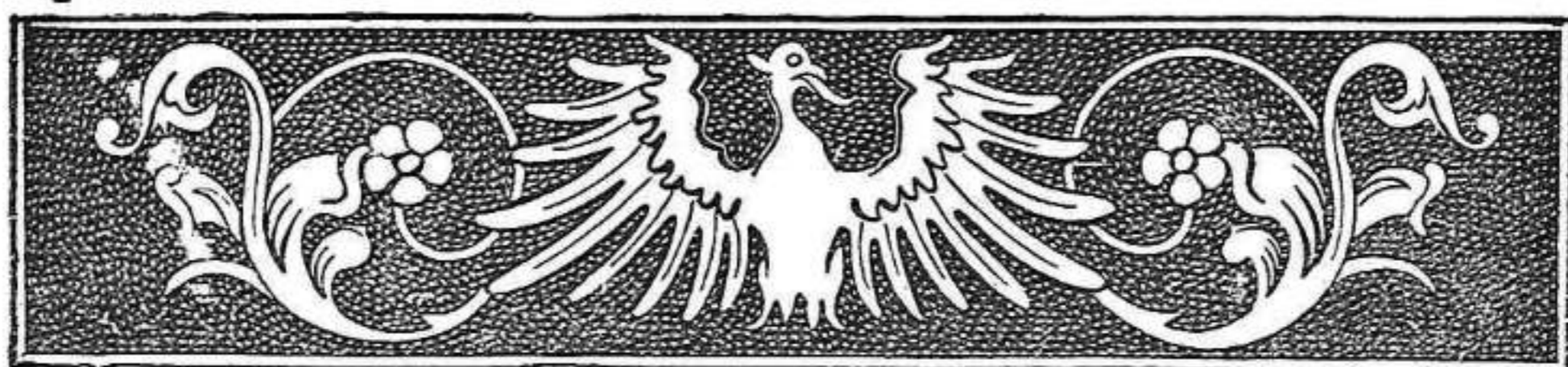
Gobierno del Sr. Freycinet, que arrastra una vida embarazosa, obligado á prolongar la existencia ministerial de algunos Ministros del Gabinete con esfuerzos que indudablemente debilitan el prestigio del poder, viviendo casi exclusivamente de benevolencias ajenas.

A las complicaciones políticas se unen también los socialistas, y los estragos causados por la inundación del Mediodía y del Este. Pero el espíritu francés tiene el don de convertir en cierto regocijo las amarguras, y ya se anuncian brillantes fiestas en favor de los inundados, y hasta ruidosas estudiantinas á la española.

Menos mal el que, por una feliz amalgama del sentimiento característico y de una filantropía innegables, encuentra siempre auxilios y tan pronto y fácil consuelo en las mayores desgracias.

S.





BOLETÍN BIBLIOGRAFICO ⁽¹⁾

Lecciones de Geometría descriptiva, por R. APARICI, capitán de E. Mayor y profesor de la Academia del Cuerpo. — Madrid. — Gutenberg, calle del Príncipe, 14. — Dos tomos en 4.º de 153 y 168 páginas respectivamente, con 61 láminas aparte. — Véndese al precio de 15 pesetas el ejemplar.

Difícil es siempre escribir una obra didáctica á la vez que rigurosamente científica: hácese necesario armonizar la concisión y claridad de las explicaciones con la exactitud de los razonamientos. Y sube de punto la dificultad cuando se pretende componer un tratado de Geometría descriptiva, ciencia tan fecunda como indispensable para el constructor, á la que gráficamente denominó el insigne Monge *idioma del ingeniero*.

Pero cuando á un talento claro se unen extraordinaria afición al estu-

dio y actividad incansable, cualidades todas que atesora el distinguido profesor D. Rafael Aparici, no solamente se evitan los escollos con hábil tino, sino que se hace más: se simplifica y perfecciona el trabajo. Por eso, respetando el mérito de las Geometrías descriptivas de que son autores Adhemar, Olivier, Leroy, de la Gournerie, Elizalde, Mannheim, Kiæl, Margerie y otros, nos atrevemos á sostener que el libro del señor Aparici gana á todos en sencillez y claridad, siendo, por añadidura, más completo aún.

Extensa en extremo resultaría esta simple noticia bibliográfica si fuéramos apuntando las razones que tenemos para haber formado aquel juicio. Nos bastará indicar alguna.

Como resultado del estudio detenido que ha hecho el Sr. Aparici, al exponer las posiciones de una recta

(1) Los autores y editores que deseen se haga de sus obras un juicio crítico, remitirán dos ejemplares al director de esta publicación.

con respecto á los planos de proyección, cita 49, es decir, cuatro más que nuestro malogrado Elizalde, correspondientes á los cuatro casos de paralelismo á los planos bisectores; demuestra sencilla y elegantemente que las trazas de un plano perpendicular al bisector del primer ángulo forman ángulos iguales con la línea de tierra, sin acudir á triedros simétricos como Margerie; llama líneas *de frente* á las rectas de un plano paralelas á su traza vertical, desechando el nombre impropio de *verticales*; estudia de una manera general la relación que hay entre una recta cualquiera y su proyección sobre un plano, punto importantísimo olvidado por muchos autores; demuestra, lo que no hace Elizalde, que la línea de máxima pendiente de un plano con respecto á otro, forma con su proyección sobre éste el ángulo mayor; abrevia atinadamente la notación aclarándola además en los cambios de plano y en los giros, y expresando de este modo $a \parallel b - a' b'$ que una recta es línea de máxima pendiente de un plano con respecto al horizontal de proyección; se cuida de exponer la relación que existe entre los problemas del espacio y los del plano, aconsejando que antes de resolver un problema se imaginen los datos y subsiguientes construcciones en el espacio, y aun, si es preciso, se pinte la figura en perspectiva caballera. Para hallar las trazas de una recta perpendicular en dirección á la línea de tierra, sin cambio de planos, da un método muy general; resuelve también fácilmente el problema de, dada una de las proyecciones de un punto contenido en una recta de perfil, hallar la otra proyección; expone los casos particulares de que un polígono esté

situado en un plano perpendicular ó paralelo á uno de los de proyección.

Al tratar del método general que debe seguirse para hallar la intersección de dos superficies cualesquiera, resume del siguiente modo las tres condiciones á que deben satisfacer las superficies secantes auxiliares:

«1.^a Que sus intersecciones sean desde luego conocidas ó más fáciles de hallar que la que se busca.

»2.^a Que sus proyecciones sobre ambos planos coordenados, ó, por lo menos, sobre uno de ellos, sean precisamente distintas y se corten, y

»3.^a Que esta última circunstancia se verifique, siempre que sea posible, bajo ángulos por lo menos de treinta grados.»

Completa el Sr. Aparici la importantísima cuestión de la intersección de planos, resolviendo los casos en que uno de éstos esté dado por su línea de máxima pendiente con respecto al horizontal y el otro por su línea de máxima pendiente con respecto al vertical, y el de que siendo las dos rectas líneas de máxima pendiente con respecto al mismo plano coordenado, sean paralelas sus proyecciones sobre este plano; halla las proyecciones de una recta que pase por un punto dado y se apoye en otras dos también dadas; demuestra que si dos rectas son perpendiculares en el espacio y una de ellas es paralela á un plano, sus proyecciones sobre este plano son paralelas...

Imposible nos es continuar. Es ya larga la enumeración y aún no hemos dicho nada de las modificaciones atinadamente introducidas por el Sr. Aparici en el cambio de planos, giros, abatimientos—pues desecha el nombre incorrecto de rebatimiento,—mínimas distancias, ángulos de rec-

tas y planos, casos del triedro é intersección de poliedros. Y luego tendríamos que examinar la *Segunda parte*, en la que el autor estudia los poliedros, superficies cilíndricas, cónicas y de revolución y los planos acotados. Tiempo y espacio nos faltan para ello. Concluyamos, pues, cumplido nuestro principal propósito de llamar la atención de los inteligentes acerca de la *Geometría descriptiva* de D. Rafael Aparici, obra notable que reúne además la favorable circunstancia de tener hermosas láminas, dibujadas y grabadas esmeradamente por el autor.

Reciba éste nuestra cordial enhorabuena, que bien la merece quien escribe un libro excelente y útil por todo extremo.

R. ALVAREZ SEREIX.

* * *

Les mammifères dans leurs rapports avec leurs ancêtres géologiques, par O. SCHMIDT.—Paris, Félix Alcán, éditeur.—Un tomo en 4.^o de 246 páginas y 51 figuras intercaladas en el texto.—Véndese al precio de seis pesetas ejemplar encuadrado á la inglesa.

¿Cuáles han sido nuestros antepasados y los de los mamíferos actuales? No hay cuestión científica que interese más al público que ésta y que se preste á descubrimientos más curiosos. Tal es el asunto del libro que el ilustre zoólogo alemán Oscar Schmidt acaba de escribir para la *Biblioteca científica internacional*, que se publica bajo la dirección de M. Emilio Alglave. Admitiendo el principio darwinista, Schmidt desenvuelve sus consecuencias y traza la genealo-

gía de los seres que en la actualidad viven al través de los tiempos geológicos, respecto á todas las categorías de mamíferos, desde los menos elevados hasta los grandes monos antropoides y hasta el hombre mismo.

«A los que dedican toda su inteligencia y toda su razón al estudio de esa sola hipótesis científica del mundo viviente, dice O. Schmidt, dirijo esta obra como un complemento, en el cual, las pruebas de la necesidad, de la realidad y del valor del darwinismo, como fundamento de la doctrina de la descendencia, se extienden á un círculo limitado y se continúan hasta la época moderna.»

Schmidt examina sucesivamente el lugar que corresponde á los mamíferos en el reino animal, los fenómenos de convergencia, caracteres distintivos de los mamíferos, extensión de los conocimientos paleontológicos desde Cuvier y la serie de depósitos de la formación terciaria. Luego, en la segunda parte, estudia los monotremas, marsupiales, desdentados, ungulados, hipopótamos, rumiantes, elefantes, sirenios, cetáceos, carnívoros, focas, insectívoros, roedores, quirópteros, primates y el hombre del porvenir.

El libro del profesor Schmidt es en extremo interesante, digno de su afamado autor, y de las anteriores obras publicadas en la *Biblioteca científico-internacional* de la que es editor M. Félix Alcán. La indisputable competencia del sabio zoólogo mencionado, y la importancia del asunto, hacen que se lea con especial atención el libro *Los mamíferos y sus antepasados geológicos*.

* * *

Miscelánea literaria: *cuentos, artículos, relaciones y versos, por DON GASPAR NÚÑEZ DE ARCE.*—*Ilustración de E. Xumatra.*—*Barcelona, 1886.*—*Un tomo en 8.º mayor de 430 páginas.*—*Véndese á tres pesetas ejemplar.*

Este precioso libro, encuadernado con lujo y perfectamente impreso, corresponde á la biblioteca *Arte y Letras* de los Sres. Daniel Cortezo y C.^a He aquí los títulos de los trabajos que contiene aquél:

Las aventuras de un muerto (cuento fantástico).

Inauguración del canal del Ebro.

Recuerdos de la guerra de África.

El primer mes del otoño.

Sancho Gil (cuento fantástico).

Discurso de recepción leído ante la Real Academia Española (21 de Mayo de 1886).

Versos perdidos.

Con sólo recordar que el autor es el mismo poeta inspirado y valiente de los *Gritos del combate*, queda hecho el más cumplido elogio del volumen que ahora nos ocupa. Pensamientos profundos, ideas atrevidas, imaginación fecunda y estilo elegante, son circunstancias que avaloran todos los escritos del Sr. Núñez de Arce.

Los cuentos fantásticos de la *Miscelánea* recuerdan á Hofmann y á Edgar Poe, por su índole especial y característica; los recuerdos de la guerra de África hacen latir de entusiasmo los corazones españoles; las poesías, tan excelentes como las demás del mismo autor. El soneto titulado *El amanecer* es magnífico.

A la «Biblioteca clásica española,» que también da á luz la casa editorial dicha, pertenece el tomo *La Diana* de Jorge de Montemayor, que es

una de las novelas que alcanzaron mayor renombre en su época, y aun hoy se lee con extraordinario deleite por lo interesante del enredo que la sirve de trama.

Se ve, pues, como ya otras veces hemos tenido ocasión de advertir, que es grande el acierto que preside á la elección de las obras que dan á la estampa los Sres. Daniel Cortezo y C.^a, quienes se proponen ante todo enriquecer la literatura española y reproducir las obras notables de los pasados siglos. Con inteligencia, actividad y desprendido carácter, no es maravilla que se triunfe de toda suerte de obstáculos y se consiga obtener el favor del público.

A.

* * *

Tierra euskara.—*Excursiones, cuadros y notas de Guipúzcoa, por ALFREDO DE LAFFITE.*—*Un tomo en 8.º*

Merece leerse con atención por el conocimiento profundo que revela en el autor de la materia que trata, los cuadros que presenta, las acertadas consideraciones que de ellos deduce y su estilo correcto y claro. Si una reunión de escritores especiales se dedicasen á publicar obras de todas las provincias de España, de igual índole que la del Sr. Laffite, resultaría un servicio verdadero para nuestro país que desvanecería muchas preocupaciones, rectificaría infinitos errores y retrataría el verdadero carácter español, sin mezcla de galicismos, ni falsificaciones de allende, de que se hallan plagadas la mayor parte de las obras que de nuestra tierra quieren tratar, sin conocerla, los que tal hacen, más que por sus viajes en línea recta de Madrid á París, y si acaso algunos

meses de veraneo en Biarritz ó San Juan de Luz. Que hay escritores muy capaces de seguir el buen camino, la experiencia lo confirma. Testimonios apreciables ofrecieron Mesonero Romanos, Fernán Caballero, etc., y actualmente Pereda, Laffite, y otros lo confirman; el daño está en que hallan pocos imitadores, ya que fuera difícil excederlos en cuanto á observar con espíritu filosófico las costumbres patrias, retratándolas cual son en sí, sin mezcla de patrañas y falsificaciones, hasta convertirlas en semillero de cuentos sandios, si á lo antiguo se aventuran, y á manera de arlequinadas con pretensiones de buen tono, cuando á lo actual quieren reducirse.

*
* *

Discurso inaugural que en la solemne apertura del curso académico de 1886 á 1887, leyó ante el claustro de la Universidad de Barcelona el DR. D. DELFÍN DONADIU Y PUIGNAU, catedrático de la Facultad de Filosofía y Letras,

Con sólo expresar el asunto de la disertación, basta para comprender su importancia, los inmensos desvelos, profundo estudio que requiere y la dificultad de tratarle con la irrefragable lógica que lo ha hecho el disertante. *Al origen del lenguaje se refiere:* asunto en verdad manoseado por los materialistas, positivistas, racionalistas, escépticos y ateos, con tanto espíritu de secta y saña contra la verdad infalible como falta de ciencia políglo-ta, algo más difícil de adquirir que la industria compiladora, para asimilarse algunos textos de mejor corte, y con ellos trazar teorías, cuando no sentar afirmaciones ilusorias.

Lástima es que haya tenido que

reducirse el Sr. Donadiu al corto espacio de una disertación, pues de no ser así, hubiera resultado una obra utilísima y filosófica acerca del lenguaje, en la que además del juicioso criterio del autor, tendríamos una refutación razonada de las principales opiniones emitidas en contra de la antigüedad más remota.

En la imposibilidad en que nos hallamos de hacer un análisis, siquiera fuese compendioso, de tal copia de razones, importantes á cual más, en términos de aventurarnos á omitir las principales, por otras de menos valer, séanos permitido estampar como el epílogo en que el señor catedrático de la Universidad de Barcelona condensa la suma de sus pensamientos.

Dice así, pues:

«Habéis visto, señores, que en el terreno *filosófico*, el hombre por sí sólo ha sido y es impotente para inventar el lenguaje, y que éste deriva de Dios, creador del cielo y de la tierra; que el origen divino del lenguaje, muy lejos de desmentirlo la ciencia *lingüística* y la *etnográfica*, está, por el contrario, confirmado en la *lingüística*, por la afinidad íntima que existe las lenguas actuales, reflejo de la primitiva unidad de lenguaje, y en la *etnográfica*, por la primitiva unidad del género humano, observándose en ambas ciencias una manifiesta influencia divina, así en la conservación de la única lengua primitiva hablada por Adán y descendientes suyos hasta la época de la torre de Babel, como en la confusión de la misma y en la formación instantánea de nuevas lenguas, que han sido las madres ó tipos de las actuales; y por último, que el origen divino del lenguaje está completamente demostrado por los datos negativos y positi-

vos que suministran la *Historia profana y la sagrada*, en armonía con las acertadas y profundas investigaciones *exegético-bíblico-contemporáneas*. De lo expuesto se deduce, de un modo evidente, que el *origen del lenguaje no es en manera alguna humano, sino divino.*»

*
*
*

Memoria sobre las obras públicas desde 1.º de Enero á 31 de Diciembre de 1883.

Comprende la parte primera asuntos generales, personal y asuntos varios, y la parte segunda, puertos, faros, boyas, valizas, ríos, canales y aprovechamientos de aguas, presentada al Excmo. Sr. Ministro de Fomento por el Director general de Obras públicas, Excmo. Sr. D. Mariano Catalina y Cobo.

Forma un tomo en gran folio de 450 páginas, perfectamente impreso.

*
*
*

Memoria sobre el estado de las carreteras en el año 1884, presentada al Excmo. Sr. Ministro de Fomento por el EXCMO. SR. D. JOSÉ GALLEGO DÍAZ; Director general de Obras públicas.

Un gran tomo de 850 páginas, de impresión esmerada, clara y correcta, y sobre todo abrazando en sí cuantos datos sobre la materia que trata pueden apetecerse, relativos á construcciones en cada provincia, así como el estado actual de las carreteras con los gastos hechos para su aumento y conservación.

Concluye la obra con una magnífica *Carta de España*, que comprende las carreteras de primero, segundo y tercer orden, concluídas, en construcción y en proyecto, aprobado hasta 31 de Diciembre de 1883.

De los respectivos cuadros se desprende que el número total de kilómetros construídos en el año, es de 1.139.185, que unidos á 355,368 que recabó el Estado en el mismo, hacen un total de 1.494.553, distribuídos en la forma siguiente:

En carreteras de primer orden.....	287.168	} 1.494.553
En ídem de segundo ídem.....	352,074	
En ídem de tercer ídem.....	865.311	

D. CH.

PIANOS BLONDEL



Paris, 53, rue de l'Echiquier, Paris
 Y EN LAS PRINCIPALES CASAS
 de ESPAÑA y AMERICA
 9 MEDALLAS de Oro y de Plata
 FABRICACION ESPECIAL
 Pianos de Estudio y de Lujo

EAU FERRUGINEUSE DE

RENLAIGUE

(PUY-DE-DOME)

ANÉMIE-CHLOROSE-DYSPEPSIE

DIGESTIONES A...ALES

VINO

BI-DIGESTIVO DE

CHASSAING

PREPARADO CON
 PEPSINA Y DIASTASIS

Agentes naturales é indispensables de la
 DIGESTION

12 años de éxito
 contra las

DIGESTIONES DIFICILES O INCOMPLETAS
 MALES DEL ESTOMAGO,
 DISPEPSIAS, GASTRALGIAS,
 PÉRDIDA DEL APETITO, DE LAS FUERZAS
 ENFLAQUECIMIENTO, CONSUNCION,
 CONVALENCIAS LENTAS,
 VOMITOS...

PARIS, 6, Avenue Victoria, 6.
 En provincia, en las principales boticas.

EXPOSICION UNIVERSAL

DE

BARCELONA

Setiembre, 1887. — Abril, 1888

ÉTABLISSEMENT DE SAINT-GALMIER (Loire)

CACHET
VERT

SOURCE BADOIT

MÉDAILLE
D'OR

EAU DE TABLE SANS RIVALE

La seule de toutes les Eaux minérales de table qui ait obtenu une Récompense à l'Exposit. univ. de 1878

La seule aussi qui ait obtenu une médaille d'Or à l'Exposition de Francfort-s-le-Mein en 1881

Diplôme d'honneur à l'Exposition de Bordeaux 1882

La consommation de cette Eau a pris des proportions considérables. C'est par millions de bouteilles qu'elle est aujourd'hui expédiée. Aussi quand un docteur distingué écrivait : « Cette Eau fera le tour du monde! » il disait vrai. Cette progression est due à sa saveur, soit pure, soit mélangée au vin, à sa limpidité inaltérable, enfin à toutes ses propriétés *hygiéniques, apéritives et digestives*, constatées par les travaux scientifiques des Docteurs **O. Henry, Durand-Fardel, Ladeveze, Gensoul, Petrequin, etc.**

10 VENTE PAR AN:
millions de bouteilles

Exiger la Signature :

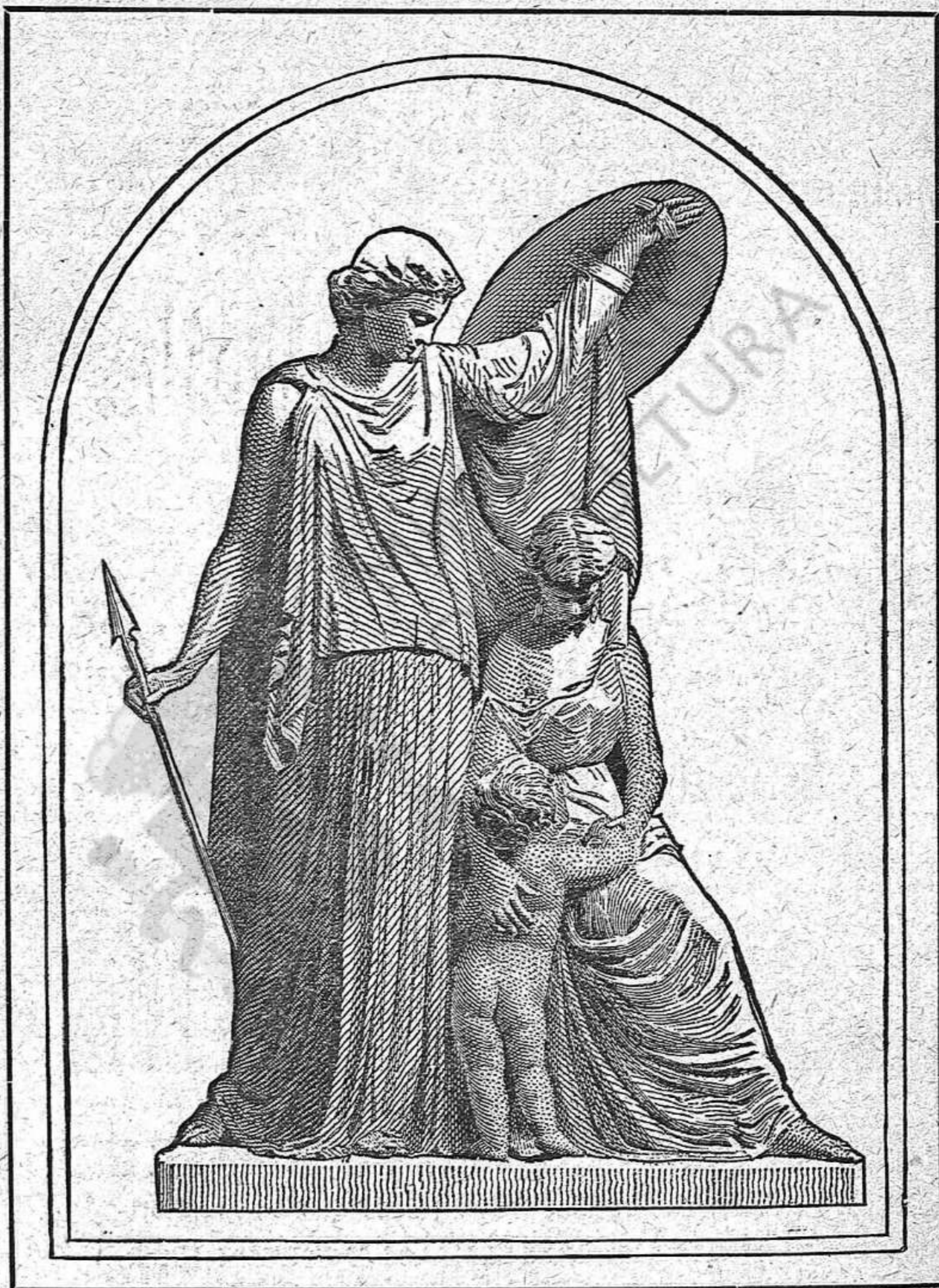
LA EQUITATIVA DE LOS ESTADOS UNIDOS

SOCIEDAD AMERICANA DE SEGUROS DE VIDA

120 BROADWAY.—NEW-YORK

Capital de garantía..... 342.274.948 pesetas.
Sobrante (evaluación al 4 por 100). 71.390.331 »

Esta Sociedad es la única que emite pólizas indisputables pagaderas á la presentación.
Los que solicitan seguros en ella no necesitan esperar la resolución de New-York.
Su Comité ejecutivo para España y Portugal está autorizado para emitir pólizas y pagarlas en Madrid.



El sobrante de esta Sociedad, al 4 1/2 por 100, tipo legal del Estado de New-York, asciende á 90.100.946 pesetas, y calculado á cualquier tipo de evaluación, es mayor que el de cualquier Compañía del mundo.

DIRECCIÓN GENERAL PARA ESPAÑA Y PORTUGAL

Y

SUCURSAL DE ESPAÑA
MADRID.—SEVILLA, 16, PRINCIPAL

(Se dan informes y prospectos.)